



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

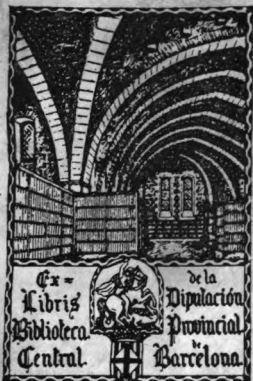
El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>



Véndese en la Librería de MARIANO OLIVERES, calle de la Rosa, N. 2 en Tortosa.

Donde se hallarán varias obritas de devocion, de primera educacion y cartapacios rayados, papel para escribir de varias clases, plumas, arenillas, tinta, ya para oficinas como para particulares, targetas y todo lo demas perteneciente al ramo de Librería, á precios cómodos.

Zita



Ex =
Libris
Biblioteca
Central.



de la
Diputación
Provincial
Barcelona.

DEL DIVINO AMOR

Y DE LOS MEDIOS

PARA ADQUIRIRLO.

PEQUEÑO TRATADO

seguido de piadosas *Meditaciones* para unos ejercicios privados de ocho dias, y de un *Coloquio con un alma desolada*, que para encender aquel sagrado fuego, principalmente en el corazon de religiosas, compuso

EL B. ALFONSO MARIA DE LIGORIO.

TRADUCIDO DEL ITALIANO

por

EL D. D. ANTONIO VALLCENDRERA, CANÓNICO DE
LA CATEDRAL DE LÉRIDA.

SEGUNDA EDICION.



Barcelona,

IMPRENTA DE PABLO RIERA.

AÑO 1839.

R.294.072

***Esta obra es propiedad de su
editor Pablo Riera.***



EL TRADUCTOR.



En la preciosa obra titulada: *La Verdadera Esposa de Jesucristo*, parto del ilustrado é infatigable celo del Santo de nuestros dias el B. Alfonso María de Liguorio, que tanto escribió á gloria del Señor y bien de las almas, se leen al fin, antes de las Reflexiones sobre la Pasion, unas piadosas meditaciones con que ejercitarse privadamente por el espacio de ocho dias, no so-

lo la religiosa que quiera hacerse santa, sino tambien cualquier persona que desee conseguir el único negocio que tenemos de importancia, la salvacion de nuestra alma. Ellas casi no son otra cosa que una reunion de verdades macizas, entremezcladas con afectos tiernos y devotos, no menos que con santas resoluciones, capaces á un mismo tiempo de desengañar y convertir á aquellas almas infelices que tienen la desgracia de seguir el camino de la iniquidad, y de inflamar siempre más el corazon de las que tienen la dicha de caminar cons-

tantes por la senda de la virtud, soplando en él la dulce llama en que arden del divino amor. No solo el ser ya demasiado abultado el segundo tomo de dicha obra, sino sobre todo el provecho que fundadamente es de esperar de que puedan leerse en un librito de poco coste, que fácilmente puedan procurarse hasta las personas de corta fortuna, ha hecho parecer prudente imprimir las por separado, no obstante lo que se lee en la página 459 de dicho tomo. Y como ellas tienen por blanco encender y aumentar siempre mas en el corazon

de los fieles aquella llama sagrada, y de otra parte no puede negarse que para impedir esta suave obra del Señor en no pocas personas espirituales se vale el demonio de escrúpulos y ansiedades, precede un pequeño tratado del *divino amor y de los medios para adquirirlo*, uno de los cuales es sin duda la meditacion de aquellas sólidas verdades, y sigue un *coloquio con un alma desolada*, capaz ciertamente, contando con los auxilios de la gracia, de ensanchar el corazon mas angustiado: obra uno y otro igualmente del mismo San-

to. Se ha añadido en fin una devota preparacion y accion de gracias para acercarse con fruto á los santos sacramentos de la Penitencia y Eucaristía, ya que á ellos debe acercarse en aquellos dias el ejercitante; y una preciosa corona de cincuenta actos de amor, breves y fervorosos, seguida de algunas bendiciones, súplicas y jaculatorias, con que expresar su corazon amante el alma enamorada, mayormente antes y despues de la sagrada comunión. El mismo B. Ligorio, que tantas almas arrancó del pecado y de la tibieza, ponderando

con su argentada y pegajosa voz aquellas santas máximas en los días de su vida mortal, se digne derramar desde la gloria sobre su obra la unción santa, para que produzcan no menos copioso fruto leídas ahora que entonces oídas.

.....

DEL

DEVENO AMOR

Y DE LOS

MEDIOS PARA ADQUIRIRLO.

—•—

1. **N**UESTRO buen Dios por lo mismo que nos ama mucho á nosotros, quiere que tambien nosotros le amemos mucho á él; y por eso, no solo nos está llamando á su santo amor, con tantas invitaciones repetidas en las sagradas escrituras, y con tantos beneficios, así comunes como particulares, que nos está dispensando continuamente, sino que ha querido tambien obligarnos á amarle con un mandato expre-

so, amenazando con el infierno á quien no le ama, y prometiendo al que le ama no menos que el paraíso. Él quiere que todos se salven, y que nadie se pierda, como nos lo enseñan muy claramente san Pablo y san Pedro: *A todos los hombres quiere salvados*, dice san Pablo ¹: y san Pedro dice ²: *Espera con paciencia por amor de vosotros; no queriendo que alguno perezca, sino que todos se conviertan á la penitencia*. Mas ya que Dios quiere que se salven todos, ¿porqué ha criado el infierno? Lo ha criado, no para vernos condenados á nosotros, sino para verse el amado de nosotros. Si no hubiese criado el infierno, ¿quién habria en el mundo que le amase? Si no obstante de tener pre-

¹ Tim. 2. 4.

² Petr. 3. 9.

parado un infierno contra los malos, la mayor parte de los hombres estiman mas condenarse que amarle á él, si no hubiese infierno, repito, ¿quién le amaria? y por eso el Señor á quien no quiere amarle, le tiene amenazada una pena eterna, buscando de esta manera que aquellos que no quieren amarle de buena voluntad, le amen á lo menos como por fuerza, excitándoles á ello el temor de caer en el infierno.

2. ¡O Dios! ¿cuán honrado y afortunado se creeria aquel hombre que oyese que le dice su rey: *Ámame, pues que yo te amo?* Un príncipe se guardaria mucho de abajarse á pedir á un vasallo su amor: con todo Dios, que es una bondad infinita, el Señor de todo, omnipotente, sapientísimo, un Dios que nos ha enriquecido

con sus dones espirituales y temporales, no se desdeña de pedirnos nuestro amor, nos exhorta á amarle, nos manda que le amemos, y ¡no obstante no lo logra! ¿Qué otra cosa nos pide á cada uno de nosotros sino que le amemos? *Que te pide el Señor Dios sino que temas á tu Señor Dios,.... y le ames?* pregunta Moises ¹. A este fin se dignó bajar á la tierra á conversar con nosotros el Hijo de Dios, como lo asegura él mismo ²: *Yo vine á pegar fuego á la tierra, ¿y qué otra cosa quiero sino que se encienda?* Nótese estas palabras, *¿y qué otra cosa quiero sino que se encienda?* como si un Dios, que en sí posee una felicidad infinita, no pudiese ser bienaventurado, sino se veia

¹ Deuter. 10. 12.

² Luc. 11. 49.

amado de nosotros, como dice santo Tomás.

3. No podemos pues dudar que Dios nos ama, y que nos ama mucho; y porque nos ama mucho, quiere por lo mismo que le amemos con todo el corazón. Por eso nos dice á cada uno de nosotros ¹: *Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón.* Y añade despues ²: *y tendrás estampadas estas palabras en tu corazón..., y en ellas meditarás sentado en tu casa, y andando de viage, y al acostarte y al levantarte; y las traerás ligadas en tu mano como por señal, y pendientes en la frente ante tus ojos; y las escribirás en el dintel y en las puertas de tu casa.* Repárese en todas estas palabras el tan vivo deseo con que

¹ Deuter. 6. 5.

² Deuter. 6. 6. y sig.

quiere Dios verse amado de cada uno de nosotros: quiere que las palabras con que nos manda amarle con todo el corazon, las tengamos esculpidas en el mismo corazon, á fin de que nunca nos olvidemos de cumplirlas: quiere que las meditemos cuando estamos sentados en casa, y cuando andamos por los caminos; cuando nos retiramos á dormir, y cuando nos despertamos: quiere que las tengamos atadas en las manos como una señal de recuerdo, paraque en cualquier lugar donde nos hallemos, las tengamos siempre á nuestra vista: y por eso los Fariseos, tomándolas al pié de la letra, las llevaban en filacterias, ó pedazos de pergamino, en la mano derecha y en la frente, como escribe san Mateo ¹.

4. Escribe san Gregorio Niceno: *¡Feliz aquella saeta que juntamente metió en el corazón á Dios que la dispara! Y quiere decir con esta expresion el santo Padre, que cuando Dios arroja alguna saeta de amor á un corazón, como alguna llamada, ó sea luz especial, que le hace conocer su bondad, y el amor que le tiene, y el deseo con que desea ser amado de aquella persona, en aquel punto viene Dios mismo junto con aquella saeta de amor; pues que él, que es el sagitario, es el mismo amor, es la misma caridad, como escribe san Juan ¹. Y así como la saeta queda fija en el corazón que ha herido, así Dios hiriendo una alma con su amor, viene á quedar siempre unido con ella. Persua-*

¹ Ep. 1. c. 4. v. 8.

dámonos, ó hombres, que solo Dios nos ama de veras. El amor de los parientes, de los amigos, y de todos los que dicen que nos aman, exceptuando aquellos que nos aman solo por respeto al mismo Dios, no es verdadero amor; es un amor interesado, un amor que nace del amor propio, por respeto del cual nos aman. Sí, Dios mío! bien lo conozco que solo Vos me amais, solo Vos me quereis bien, no por vuestro interés, sino solo por vuestra bondad, por solo el amor que me teneis: y yo, ingrato, ay! que á nadie he dado tantos disgustos, tantas amarguras, como á Vos, que así me amais, y así me habeis siempre amado! Jesus mío! no permitais que os sea más ingrato. Vos me habeis amado de veras, y tambien de veras

quiero amaros. yo en el tiempo que me queda de vida. Os digo con santa Catalina de Génova: *No mas pecados, amor mio; amor mio, no mas pecados: á Vos solamente quiero amar, y á nada mas.*

5. Dice san Bernardo que una alma que ama de veras á Dios, *no puede querer sino lo que quiere Dios.* Pidamos á Dios que nos hiera con su santo amor, ¡con tan preciosa flecha! porque un alma herida así, no puede querer sino lo que él quiere, y se despoja de todos los deseos de amor propio. Este despojo, unido con la donacion que de sí misma le hace la persona, es aquella saeta con que el Señor mismo se declara herido por el alma, como dijo á la sagrada Esposa de los Cantares ¹: *Tú has herido*

¹ Cant. 4. 9.

mi corazón, hermana mía; esposa mía, heriste mi corazón.

6. Que bella es la expresión que á este propósito usa san Bernardo: *Aprendamos de arrojar nuestros corazones hácia á Dios.* Cuando una alma se entrega sin reserva toda á Dios, entonces en cierta manera arroja como un dardo su corazón hácia el corazón de Dios, el cual se declara en este lance como preso, hecho prisionero por aquella alma que toda se ha entregado á él. Este es el ejercicio de tales almas al tiempo de sus oraciones: *arrojan sus corazones hácia á Dios:* se dan todas á Dios; á él se entregan, y vuelven á entregarse una y muchas veces, valiéndose á este fin de las siguientes jaculatorias amorosas, ú otras semejantes. Ellas dicen:

Dios mio y todas las cosas. A Vos solo quiero, Dios mio, y nada mas.

Señor, yo me entrego toda á Vos, y si no sé entregarme como debo, tened la bondad de prenderme Vos mismo.

¿Y que quiero yo amar, Jesus mio, si no os amo á Vos, que os dignásteis morir por mí?

Atraedme en pos de Vos: mi Salvador, arrañadme del lodazal de mis pecados, y tiradme toda hácia Vos.

Atadme, Señor, y apretadme con las suaves cadenas de vuestro amor, paraque no os deje jamás.

Yo quiero ser toda vuestra. Señor, ¿me habéis entendido? quiero ser toda vuestra, toda vuestra quiero ser; Vos me habéis de dispensar esta gracia.



A Y ¿á quién otro quiero yo sino á Vos, amor mio, á Vos que todo lo sois para mí?

Ya que me habeis llamado á vuestro amor, dadme gracia para saberos agradecer como deseais.

¿Y á quién quiere amar mi corazón sino á Vos, que sois bondad infinita, digna de infinito amor?

De Vos ha venido el deseo de ser toda vuestra; acabad Vos de completar la obra.

Y ¿qué otra cosa quiero yo en este mundo sino á Vos, que sois mi sumo bien?

Yo me doy á Vos sin reserva: aceptad la ofrenda que os hago, y hacedme la gracia de seros fiel hasta la muerte.

Yo quiero amaros mucho en esta vida, para amaros mucho en toda la eternidad.

Jesus mio! amado mio!
Yo no quiero á otro que á Vos:
Toda á Vos me doy, Dios mio,
Haced lo que plazca á Vos.

El que dice de corazon esta cancioncilla, alegra al paraíso.

7. Dichosa en suma aquella alma que como la sagrada Esposa puede decir en verdad ¹: *Mi amado es todo para mí, y yo soy toda para mi amado: él se me ha dado todo á mí, y yo me he dado toda á él; yo ya no soy mas mia, sino toda de mi Dios.*

El que habla así con un corazon sencillo, no con ficcion sino de veras, dice san Bernardo que está pronto en su ánimo á antes abrazar las penas del infierno, si esto fuese posible sin separarse de Dios; que verse un solo instan-

¹ Cant. 2. 16.

te separado de él: *Mas tolerable le seria sufrir el infierno que apartarse de él*, son las palabras del Santo. ¡Ó que tesoro tan precioso es el tesoro del divino amor! ¡feliz el que lo posee! Este tal ponga todo su cuidado, y vágase de todos los medios posibles, para conservarlo y aumentarlo; y el que aun no tiene la dicha de poseerlo, debe valerse de todos los medios para adquirirlo. Veamos ahora cuales son los medios mas necesarios y mas á propósito para adquirir tan rico tesoro y conservarlo.

Medios para adquirir y conservar el divino amor.

8. El primer medio es despojarse de los afectos terrenos. En un corazon que está lleno de

tierra, no halla cabida el amor de Dios, y cuanto mas hay en él de tierra, tanto menos reina en él el divino amor. Por lo mismo el que desea tener lleno el corazón de amor divino, debe procurar quitar de él toda la tierra. Para hacernos santos conviene imitemos á san Pablo, el cual para ganar el amor de Jesucristo despreciaba como estiércol todos los bienes de la tierra: *Todo lo reputo como estiércol*, decia ¹, *para ganar á Jesucristo*. Ea, pidamos al Espíritu santo nos inflame con su santo amor, pues que entonces tambien nosotros despreciaremos, y tendremos por vanidad, por humo, por lodo y basura, las riquezas, los deleites, los honores y dignidades de esta vida, que son la causa de que la

¹ Phil. 5. 8.

mayor parte de los hombres se pierden desgraciadamente.

9. *¿O qué ello es así, que cuando en un corazón entra el santo amor, ya no se hace mas caso de cuanto estima el mundo! Si para adquirir este amor diera el hombre todo el caudal de su casa, lo reputará por nada, dice el Espíritu santo ¹. Dice san Francisco de Sales que cuando se pega fuego á una casa, echan por la ventana todas las ropas y quiere decir que cuando en un corazón arde el amor divino, el hombre, sin necesitar sermones ni exhortaciones de padres espirituales, de sí mismo procura despojarse de los bienes mundanos, de los honores, de las riquezas, y de todas las cosas que saben á mundo, para no amar á otro que*

¹ Cant. 8. 7.

á Dios. Santa Catalina de Génova decia que no amaba á Dios por sus dones, pero que amaba sí los dones de Dios para mas amarle á él.

10. Escribe Giliberto que para un corazon enamorado de Dios es cosa dura é insufrible dividir su amor entre Dios y las criaturas del mundo, amando á un mismo tiempo á él y á ellas. *¡Ó cuan dura cosa es para el que ama partir su ánimo entre Cristo y el mundo* ¹! Dice san Bernardo que *el amor divino es insolente*: insolente dice, porque Dios no sufre que en un corazon que le ama á él, haya otro compañero que participe del amor, pues todo lo quiere para sí. ¿Qué por ventura pretende Dios demasiado, queriendo que una alma

¹ Gilib. serm. 11. in Cant.

no ame á otro que á él? *La suma amabilidad*, dice san Buenaventura, *debe ser amada únicamente*; una amabilidad, una bondad infinita, que merece un amor infinito, cual es Dios, justamente pretende ser solo en el goce del amor de un corazón que ha criado expresamente para que le ame á él; y mayormente cuando para lograr este fin de ser amado únicamente, ha llegado al extremo de consumirse enteramente en gracia de aquel corazón, como de sí mismo lo decía san Bernardo, hablando del amor que le habia tenido Jesucristo: *Todo se gastó á mi favor*. Y lo mismo puede decir, y bien debe decir, cada uno de nosotros, al pensar que á favor de cada uno ha sacrificado Jesucristo toda su vida y toda su sangre,

muriendo en una cruz consumido de dolores ; y que á mas de haber muerto nos tiene dejado su propio cuerpo , su misma sangre , su alma y á todo sí mismo en el adorable Sacramento del altar , para ser comida y bebida de nuestras almas , y así cada uno de nosotros está enteramente unido á él.

11. ¡ Feliz aquella alma , escribe san Gregorio ¹ , que llega á tal estado que se le hace insufrible cualquier cosa que no sea Dios , que es su único amado ! *Le es intolerable* , dice el Santo , *todo lo que no suena á Dios , á quien ama en su interior*. Por eso conviene que nos guardemos de aficionarnos á las criaturas , paraque no nos roben parte del amor que Dios quiere todo para sí. Y aunque tales afectos sean

1 S. Gregor. lib. 2. Mor. cap. 2.

honestos, como lo son los que se tienen á los parientes y amigos, conviene no obstante advertir lo que dice san Felipe Neri, á saber, que todo el amor que ponemos á las criaturas, lo quitamos á Dios.

12. Debemos por lo mismo procurar volvernos huertos cerrados, como llama el Señor á su Esposa de los Cantares ¹: *Huerto cerrado eres, hermana mia esposa*. Huerto cerrado se llama aquella alma que tiene cerrada la puerta á cualquier afecto de cosas terrenas. Cuando pues alguna criatura quiere entrar á tomar parte de nuestro corazon, conviene le neguemos la entrada desde luego; y entonces debemos volvernos á Jesucristo, y decirle: *Jesus mio, Vos solo me bas-*

¹ Cant. 4. 12.

tais: yo no quiero amar á otro que á Vos. Dios de mi corazon y porcion mia mi Dios para siempre: Dios mio, Vos habeis de ser el único dueño de mi corazon, mi único amor. Y por eso no cesemos de pedir siempre á Dios nos conceda la gracia de su puro amor; pues que escribe san Francisco de Sales: El puro amor de Dios consume todo aquello que no es Dios, para convertir todas las cosas en sí mismo.

13. El segundo medio para adquirir el amor divino es meditar la pasion de nuestro Señor Jesucristo. (Acerca este punto mi lector puede leer mi libro, impreso poco hace, titulado *Reflexiones sobre la pasion de Jesucristo* ¹, donde hallará exami-

¹ Si no son tal vez las que se hallan al fin del segundo tomo de la Verdadera Esposa,

nadas largamente las penas que en su pasión sufrió nuestro Salvador). Ello es cierto que el ser tan poco amado en el mundo Jesucristo nace del olvido y de la ingratitud de los hombres, que no quieren considerar, ni á lo menos de cuando en cuando, lo mucho que padeció por nosotros, y el amor con que lo padeció. *Ha parecido á los hombres una necedad*, escribe san Gregorio, *el morir Dios por nosotros*; les ha parecido una locura el haber querido morir para salvarnos á nosotros, miserables esclavos que somos: pero ello es de fe que Dios lo ha hecho: *Nos amó, y se entregó él mismo por nosotros*, decía ¹ san Pablo á los de

que acaba de darse á luz, á lo menos no puede negarse que estas son muy tiernas y afectuosas.

¹ Ephes. 5. 2.

Éfeso : y quiso derramar toda su sangre para limpiarnos con ella de nuestros pecados: *Nos amó, leemos en el Apocalipsis ¹, y nos lavó de nuestros pecados con su propia sangre.*

14. Dice san Buenaventura² : *Dios mio, Vos me habeis amado tanto, que parece que por mi amor habeis llegado á aborreceros á Vos mismo.* Y aun mas : ha querido que nos alimentemos de él mismo en la santa comunión. Y aquí entra santo Tomás, y hablando de este santísimo Sacramento, dice ³ que Dios se humilló para con nosotros como si él fuese nuestro esclavo, y como si cada uno de nosotros fuese su Dios.

15. Por eso añade el Após-

¹ Apoc. 1. 5.

³ Opusc. de Sacr. Euch.

² In stim. amor.

tol ¹: *La caridad de Cristo nos urge*: el amor tan grande que nos ha tenido, nos aprieta, nos fuerza en cierto modo á amarle. ¡Ay Dios! ¿y qué no hacen los hombres por amor de alguna criatura cuando llegan á enamorarse de ella? y con todo ¿un Dios de infinita bondad, de infinita belleza, un Dios que ha llegado á morir por cada uno de nosotros en una cruz, es tan poco amado? Ea! imitemos todos al Apóstol, que decía ²: *Nunca me glorie yo en otra cosa que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo*: ¿qué mayor gloria puedo yo esperar en este mundo, que haber tenido un Dios que por mi amor dió la sangre y la vida? Esto mismo debe decir cualquier hombre que tenga fe: y si tiene fe,

1 2. Gal. 5. 14. 2 Gal. 6. 14.

¿cómo será posible que ame á otro que á Dios? ¡Ay Dios! ¿cómo es posible que una alma al contemplar á Jesus crucificado, al verle clavado con tres clavos, pendiente de sus mismas llagas de las manos y piés, y que muere de puro dolor obligado del amor que nos tiene, no se vea tirada y casi forzada á amarle con todo su corazon?

16. El tercer medio para llegar al perfecto amor de Dios es el conformarse en todas las cosas con su voluntad. Dice san Bernardo ¹ que *el perfecto amante de Dios no puede querer sino lo que quiere Dios*. Muchos dicen de boca que están del todo resignados á lo que Dios quiere: con todo, cuando sobreviene alguna cosa contraria, alguna en-

1. Serm. ad Fratr.

fermedad molesta , alguna persecucion , se inquietan y pierden la paz. No lo hacen así aquellas almas que están verdaderamente resignadas: ellas dicen: *así lo quiere, ó así lo ha querido, el amado*, y luego se tranquilizan. *Al amor santo todas las cosas le son dulces*, dice san Buena-ventura. Saben estas almas que cuanto sucede en el mundo, todo viene por disposicion de Dios, que ó lo manda, ó lo permite, y persuadidas de esta verdad, suceda lo que suceda, bajan humildemente la cabeza, y viven contentas de todo lo que el Señor dispone. Y aunque Dios no quiere que los otros nos persigan ó nos hagan algun daño, quiere no obstante muchas veces por justos fines que nosotros suframos con paciencia aquella persecucion,

aquel daño que nos desagrada.

17. Decia santa Catalina de Génova: *Si Dios me hubiese puesto en el profundo del infierno, en verdad le diria: Bueno es estarnos aquí. Diria: Me basta el que si me hallo aquí, es por voluntad del amado, el cual me ama mas que todos, y sabe lo que es mejor para mí. ¡Qué descansar tan tranquilo el descansar en brazos de la divina voluntad!*

18. Dice santa Teresa: *Todo lo que debe procurar el alma que se ejercita en la oracion, es el conformar su voluntad con la divina, en lo que consiste la mas alta perfeccion.* Por eso conviene dirigir á Dios repetidas veces aquella súplica de David ¹: *Señor, enseñadme á hacer vues-*

¹ Psalm. 142. 9.

tra voluntad; ya que me quereis salvar, enseñadme á cumplirla siempre. El acto de amor mas perfecto que puede hacer una alma para con Dios, es aquel que hizo san Pablo cuando en la hora de su conversion dijo ¹ *Señor, ¿qué quereis que haga?* decidme aquello que quereis de mí, que estoy pronto á ejecutarlo: vale mas este acto que mil ayunos y mil disciplinas. Este debe ser el blanco de todas nuestras obras, deseos y oraciones, hacer la voluntad de Dios: la gracia de saber cumplir esta voluntad debemos pedir á la santísima Virgen nuestra madre, á los Santos nuestros abogados, y á nuestros Ángeles custodios nos lo alcancen con su intercesion. Y cuando uos suceden cosas que repugnan á

¹ Act. 9. 6.

nuestro amor propio, entonces con un acto de resignacion se ganan tesoros de méritos: acostumbremos en tales lances á repetir aquellas palabras que Jesucristo mismo nos enseñó con su ejemplo: *¿ No he de beber el cáliz que me da mi Padre? ó bien: Hágase, Padre: así place á Vos, así me place tambien á mí: ó en fin, como el devoto Job: se ha hecho lo que ha querido el Señor, bendito sea su santo nombre.* Decia el V. Maestro de Ávila que vale mas un *Bendito sea Dios* en medio de las adversidades, que mil acciones de gracias en las cosas prósperas. Y aquí conviene repetir: ¡ó que descansar tan suave el descansar en manos de la voluntad de Dios! pues entonces se cumple lo que dijo el Espíritu santo ¹:

¹ Prov. 12. 21.

Ningun acontecimiento, sea el que fuere, contristar  al justo.

19. El cuarto medio para enamorarse de Dios es la oracion mental. Las verdades eternas no se ven con los ojos de carne, como se miran las cosas visibles de este mundo, sino solamente con el pensamiento, con la consideracion; y por eso, si no nos detenemos por algun tiempo   considerar aquellas verdades, y con especialidad la obligacion de amar   nuestro buen Dios, que tanto lo merece, ya por tantos beneficios que nos ha hecho, ya por el amor que siempre nos ha tenido, difícilmente se despojar  el alma del afecto   las criaturas, y difícilmente pondr  todo su amor en Dios. En la oracion hace conocer el Señor la vileza de las cosas terrenas, y el aprecio que se mere-

cen las cosas celestiales; y allí inflama con el fuego de su santo amor aquellos corazones que no resisten á sus llamamientos.

20. Algunas almas, es verdad, se lamentan que van á la oración, pero que no encuentran en ella á Dios: no encuentran á Dios porque van con el corazón lleno de tierra: *Despega el corazón de las criaturas*, dice santa Teresa, *y busca á Dios y le hallarás*. El Señor es todo bondad para con el alma que lo busca: *¡Cuán bueno es Dios en gracia del alma que va en busca de él!* dijo Jeremías ¹. Para hallar pues el alma á Dios en la oración es menester que se despoje del afecto que tenga á las cosas de la tierra, y entonces él le hablará: *La llevaré á la soledad*, dice

¹ Thren. 5. 25.

por Oseas ¹, *y allí le hablaré al corazon*. Pero para hallar á Dios advierte san Gregorio que no basta la soledad del cuerpo, sino que es necesaria tambien la del corazon. Dijo un dia el Señor á santa Teresa: *Yo hablaria con gusto á muchas almas; pero como el mundo hace tanto ruido en su corazon, no puede oirse allí mi voz. ¡Ah! que cuando se pone en oracion una alma despegada, bien le habla Dios, y le hace conocer el amor que le tiene; y ella entonces, dice un autor, ardiendo de santo amor, no habla, pero ¡ó cuanto dice con aquel silencio! El silencio de la caridad dice á Dios, escribe él, mas que toda la elocuencia humana: cada suspiro descubre todo su interior*. Entonces no se

¹ Oseas. 2. 14.

sacia de repetir: *Mi amado para mí, y yo para él: yo toda para mi amado.*

21. El quinto medio para llegar á un grado eminente de amor divino es la oracion de ruegos. Nosotros somos pobres de todo; pero si pedimos, seremos ricos de todo, pues que Dios ha prometido oír al que le pida: *Pedid y se os dará*, dice por san Mateo ¹. ¿Qué mayor afecto puede demostrar un amigo á otro amigo que decirle: pídemelo lo que quieras, que te lo daré? Esto puntualmente dice el Señor á cada uno de nosotros. Dios es el dueño de todo, promete dar todo lo que se le pida: si pues somos pobres, la culpa es nuestra, porque no le pedimos las gracias que necesitamos. Por eso la oracion mental

: Math. 7. 7.

es moralmente necesaria á todos; porque fuera de ella, cuando nos hallamos enredados con los cuidados del mundo, poco pensamos en el alma: pero puestos en la meditacion, entonces es cuando vemos sus necesidades, y en vista de ellas pedimos las gracias, y las alcanzamos.

22. Toda la vida de los Santos ha sido vida de oracion y de ruegos; y con ellos han alcanzado todas las gracias con que se han hecho santos. Si queremos pues salvarnos y hacernos santos, debemos estar siempre á las puertas de la divina misericordia á llamar, á pedir por limosna todo lo que necesitamos. ¿Necesitamos humildad? pidámosla, y seremos humildes: ¿necesitamos paciencia en las tribulaciones? pidámosla, y seremos pacientes: ¿necesitamos

el divino amor? pidámoslo, y lo alcanzaremos. *Pedit, y se os dará*, es promesa de Jesucristo, el cual no puede dejar de cumplirla. Él mismo, para que tengamos mas confianza en los ruegos, nos ha prometido que cuantas gracias pediremos á su Padre en nombre suyo, ó por su amor, ó por sus méritos, el Padre todas nos las concederá ¹. Y en otro lugar dice ²: *Aquello que me pedireis á mí mismo en mi nombre, esto es, por mis méritos, yo lo haré*. Sí, pues que es de fe que todo lo que puede Dios, lo puede tambien Jesucristo, que es su Hijo.

23. Que sea un alma tan fria como se quiera en el divino amor, si ella tiene fe, no puede no verse empujada á amar á Jesucristo,

¹ Joan. 16. 25.

² Joan. 14. 14.

considerando, aunque no sea sino de paso, lo que dicen las sagradas escrituras acerca el amor que nos manifestó en su pasión, y nos manifiesta en el santísimo Sacramento del altar. En cuanto á la pasión escribió Isaías ¹: *En verdad que él tomó sobre sí nuestras dolencias, y cargó con nuestras penalidades: y añade luego: Por causa de nuestros pecados fue llagado, y despedazado por nuestras maldades:* de manera que es de fe que Jesucristo ha querido sufrir y cargar sobre sí las penas y dolores que merecíamos nosotros, para así librarnos de ellas. ¿Y que es lo que le obligó á todo esto sino el amor que nos ha tenido siempre? *Dios nos amó, y se entregó por nosotros*, dice san Pablo ²:

¹ Isa. 53. 4 y 5. ² Ephes. 5. 2.

y dice san Juan ¹: *Nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su propia sangre.* Y en cuanto al sacramento de la Eucaristía, el mismo Jesucristo nos dijo á todos cuando lo instituyó ²: *Tomad y comed: este es mi cuerpo;* y añade en otro lugar ³: *El que come mi carne, y bebe mi sangre, mora en mí, y yo en él.* Un hombre que tiene fe, ¿cómo puede leer estas tiernas expresiones y no sentirse casi forzado á amar á este Redentor, que á mas de sacrificar por su amor la sangre y la vida, le dejó su cuerpo en el Sacramento del altar, paraque sea el alimento de su alma, y se una todo con él en la santa comunión?

Se añade otra breve reflexion

¹ Apoc. 1. 5.

³ Joan. 6. 57.

² 1. Cor. 11. 25.

en cuanto á la pasion de Jesucristo. Él se deja ver en una cruz, clavado con tres clavos, manando sangre de todas sus llagas, y agonizando entre los dolores de la muerte. Pregunto: ¿porqué Jesucristo se nos deja ver en un estado tan piadoso y compasivo? ¿tal vez no mas que para que nos compadezcamos de él? no, que no tanto para ser compadecido de nosotros, como para ser de nosotros amado, se redujo á un estado tan lastimoso. Debia bastarnos á cada uno de nosotros para amarle el habernos hecho saber por Jeremías que nos ama desde la eternidad: *Con caridad perpetua te he amado* ¹. Pero viendo el Señor que esto no bastaba á nuestra tibieza para movernos á amarle como deseaba,

¹ Jerem. 31. 3.

quiso demostrarnos prácticamente con sus hechos el amor que nos tenia, dejándose ver lleno de llagas y muriendo de dolor por nuestro amor, dándonos así á conocer con sus sufrimientos el amor inmenso que conserva para con nosotros; lo que explicó bien san Pablo con aquellas palabras: *Nos amó, y se entregó él mismo por nosotros.*

ORACION

de san Buenaventura á Jesus crucificado para alcanzar su santo amor.

Herid, dulcísimo Jesus mio, las entrañas de mi alma con el dulce dardo de vuestro amor, para que yo desfallezca y me liquide por amor de Vos y por deseo

de Vos, y por eso desee salir de esta vida, para venir á unirme perfectamente con Vos en la eternidad. Haced que mi alma tenga siempre sed de Vos; que solo á Vos busque, solo á Vos hable, solo á Vos encuentre, y todo lo haga solo por gloria de Vos. Haced que mi corazon esté siempre fijo en Vos, que sois mi única esperanza, mi riqueza, mi paz, mi refugio, mi herencia y mi tesoro: Así sea.

ORACION

á María santísima paraque nos alcance el amor de Jesucristo y una buena muerte.

¡Ó María! Vos que tanto deseais ver amado á Jesus, alcanzadme la gracia de amarle mucho, y de no amar á otra cosa

que á él. ¡Señora mia! Vos alcanzais de vuestro Hijo todo lo que quereis: rogad por mí, y consoladme. Alcanzadme tambien un grande amor para con Vos, que sois la amada de Dios. Y por aquel dolor que sufrísteis en el Calvario al ver espirar á Jesus en la cruz á vuestra misma presencia, alcanzadme una buena muerte, paraque despues de haber amado á Jesus, y á Vos, Madre mia, en este mundo, venga á amaros en el paraíso por toda la eternidad: Así sea.

MEDITACIONES

PARA LOS EJERCICIOS SOBREDICHOS.

Advertencia.

1. **N**o hay duda que son de mucha utilidad los ejercicios espirituales que se hacen en comunidad en muchos conventos, acompañados con las meditaciones y las instrucciones que da el predicador: mas tampoco puede negarse que para las religiosas que quieren crecer en el divino amor, es un gran medio hacer tambien en particular estos mismos ejercicios. Allí, en aquella total soledad, habla Dios á sus amadas con voces muy eficaces y

tiernas. No es posible que aquella monja que los practica con deseo de aprovechar, no salga de ellos cada vez otra de lo que era cuando los empezó. Los Santos para poder gozar mas de Dios, que en la soledad es donde se comunica mas familiarmente á quien le busca, fueron á internarse en las grutas y en los desiertos. Decia san Bernardo que habia aprendido mas de las cosas divinas puesto entre hayas y mestos en la soledad, que de los maestros y de los libros. Vos podeis tener este desierto, si quereis, en vuestro mismo convento: procurad saberos valer de él, á lo menos por ocho dias. Pero direis que las otras hermanas no practican estos ejercicios. Mas ¿qué importa? Si las demas no quieren hacerlos, hacedlos vos:

practicándolos vos, podreis con vuestro ejemplo excitarlas á que hagan lo mismo. Tales singularidades son agradables á Dios. Dice san Bernardo que nadie se hará santo, si no vive una vida singular en el ejercitar las virtudes y los medios que conducen á la santidad: *No puede ser perfecto sino lo que es singular.*

2. Pero para hacer bien estos ejercicios conviene que os absten-gais no solo de acudir al locutorio, sino tambien de ocuparos en quehaceres temporales y en pensamientos de cosas de la tierra; y á mas que observeis un silencio perpetuo, y que vuestra morada no sea en otro lugar que en el coro y en la celda. Podreis no obstante pasearos algun rato por el huerto, para tomar de esta manera un poco de alivio. A fin

de que podais hacer con fruto estos ejercicios, y así crecer en el divino amor, he reunido aquí las siguientes meditaciones, no extendidas á modo de discursos, sino solamente entretejidas de máximas eternas, y de sentimientos y afectos devotos, á fin de que mientras estareis meditando, os pareis en aquel punto donde vuestra alma encuentre pábulo, sin empeñaros á querer leer toda la meditacion. Tal vez el Señor se dignará daros luz en el primero ó segundo sentimiento que leereis: en tal caso paraos allí, sin pasar adelante mientras el alma y el corazon hallan con que apacentarse. Estad advertida de que no debeis emprender estos ejercicios con deseo de sentir ternuras y experimentar un fervor sensible; sino solamente

con el santo fin de conocer y practicar lo que el Señor quiere de vos. Emprendiéndolos con este fin puro, aunque sucediese que en todos ellos no experimentaseis otra cosa que tedios y sequedades, con todo no dejará él de iluminaros, y de inflammaros con su santo amor; y cuanto mayor habrá sido vuestra fidelidad durante la desolacion, tanto mayores serán las divinas gracias con que saldrá de ellos enriquecida vuestra alma.

3. En cuanto á la distribucion de los ejercicios y de las horas que debeis emplear en ellos, podeis valeros de la siguiente: pero no hay reparo en que cada una haga otra distribucion, acomodándola como mejor se pueda á los ejercicios que suele practicar la comunidad.

Por la mañana. Luego de levantarse media hora de oracion: las horas canónicas: prepararse media hora para la comunión: la comunión con una hora de acción de gracias, oyendo entre tanto una ó muchas misas. Trabajar media hora: media hora de lectura espiritual, el exámen particular, y la comida.

Por la tarde. Vísperas y completas: media hora de lectura de vidas de Santos: otra media hora de oracion: trabajar media hora: la visita al santísimo Sacramento y á María santísima: los maitines.

Por la noche. Otra media hora de oracion: notar los propósitos: el ejercicio penal: el rosario: la cena: el exámen general: las letanías de la santísima Virgen y otras oraciones vocales.

MEDITACION I.

De la importancia de la salvacion.

ENTRE todos los negocios no hay negocio mas importante que el de nuestra salvacion, del cual pende ó nuestra dicha ó nuestra ruina eterna.

Solo una cosa es necesaria.
No es necesario que seamos ricos, que seamos honrados, que gocemos de buena salud; pero sí es necesario que nos salvemos. Para este solo fin Dios nos ha puesto en el mundo: ¡ay de nosotros si lo erramos!

Decia san Francisco de Sales que en el mundo no hay sino un solo bien, que es el salvarse; y un solo mal, que es el condenar-

se. ¿Qué importa que seamos pobres y despreciados, y que estemos enfermos? Si nos salvamos, seremos siempre felices! Pero al revés, ¡ay! ¿de qué nos serviría que fuésemos ahora príncipes y monarcas, si habíamos de ser infelices por toda la eternidad?

¡Ay Dios! ¿qué será de mí? Puede ser que me salve, y tambien puede ser que me condene: y ya que es así que puedo condenarme, ¿porqué no me resuelvo á unirme estrechamente con Vos, siempre mas y mas, ó mi Dios?

Jesus mio! tened piedad de mí. Yo quiero mudar de vida; dadme vuestra ayuda. Vos muristeis para salvarme, y ¿yo querré condenarme?

¿Hemos por ventura hecho bastante para salvárnos? ¿Estamos por ventura seguros de

3..

que no caeremos al infierno?

¿Con qué cambio podrá el hombre rescatar su alma una vez perdida? ¹ Si perdemos el alma, ¿con qué otro bien podrá jamás ser recompensada una pérdida tan sensible? una pérdida de tanto interés?

¿Qué no han hecho los Santos para asegurar su salvacion eterna? ¿Cuántos reyes y cuantas reinas han renunciado sus reinos, y se han encerrado en los claustros? ¿Cuántos jóvenes han dejado sus patrias, y se han internado en los desiertos? ¿Cuántas doncellas no han querido admitir las bodas de grandes personajes, para irte á dar la vida por Jesucristo? Y nosotros ¿qué hacemos?

¡Ay de mí! ¡y cuánto no ha hecho Jesucristo para salvarnos!

¹ Matth. 16. 26.

Gastó treinta y tres años en sudores y trabajos ; dió su sangre y su vida ; y ¿ nosotros queremos perdernos ?

Señor ! os doy gracias de que no me hicisteis morir cuando yo estaba en desgracia vuestra. Si yo hubiese muerto entonces, ¡ ay Dios ! ¿ y qué sería de mí por toda la eternidad ?

Dios quiere que todos nos salvemos ^{1.} Si nos perdemos, nos perdemos solo por nuestra culpa ; y esta sería nuestra mayor pena en el infierno. ¡ Qué pena, Dios mio ! no menos que eterna !

Dice santa Teresa que la pérdida de alguna cosa, aunque sea de una vagatela, de un vestido, de un anillo, cuando es por nuestra culpa, nos da una pena insufrible. ¡ Qué pena tan terrible se-

1 1. Tim. 2. 4.

rá pues para los condenados haberlo perdido todo voluntariamente, haber perdido el alma, el paraíso, á Dios?

¡Ay de mí! se acerca la muerte, y ¿qué es lo que he hecho para alcanzar la vida eterna?

¡Ay Dios mio! ¿y cuantos años hace que mereceria verme en el infierno, donde no podria ni arrepentirme, ni amaros mas? ¡Oh! ya que ahora puedo, me arrepiento de veras, y os amo, Señor; os amo con todo mi corazon.

¡Ah! ¿y qué espero? espero ir á llorar con los condenados, y á clamar angustiada con ellos: *¡Ay que hemos errado! y ¡ay que para nosotros no hay ya remedio, ni lo habrá por toda la eternidad!*

En este mundo, si se cae en un error, se halla remedio, pue-

de corregirse: pero si se pierde el alma, ¡ay que es un error irremediable! nunca se podrá corregir.

¿De cuantos medios no se valen los hombres, y cuantos trabajos y fatigas no soportan, para lograr una ganancia, una dignidad, un divertimento? Y para salvar el alma ¿qué se hace? como si el perderla fuese cosa de poca importancia!

¡Cuántas diligencias para lograr la salud del cuerpo! Se buscan los médicos mas hábiles, se buscan los remedios mas eficaces, y los aires mas saludables: ¡y por la salud eterna tanta negligencia!... ¡qué ceguedad!

¡Dios mio! no quiero resistir mas á las voces con que los dignais llamarme: ¿quizá si estas palabras que ahora leo, son la úl-

tima llamada que me haceis?
 Podemos condenarnos para siempre, ¿y no temblamos? ¿y no procuramos remediar luego los desórdenes de nuestra conciencia? ¿qué esperamos?

¿Cuántas gracias, reflexionad hermana, no os ha hecho el Señor para veros salva? Os ha hecho nacer en el seno de la Iglesia: os ha dado unos padres honrados: os ha sacado del siglo, y os ha colocado en su casa. A mas de ello, ¿qué de proporciones no os ha dado para haceros santa? sermones, directores, buenos ejemplos de las compañeras. ¿Cuántas luces, cuántas voces de amor en los ejercicios espirituales, en la oracion, en las comuniones? ¿De cuánta misericordia no ha usado con vos? ¿Cuánto tiempo no os ha esperado? ¿Cuántas

veces no os ha perdonado? gracias que no ha hecho á tantas otras almas, almas que tal vez se hubieran aprovechado de ellas, mejor que vos.

¿Qué debía hacer mas á mi viña, que no lo haya hecho?

¿Qué debía hacer mas en gracia de tu alma, dice Dios, para verla dar buenos frutos? con todo en tantos años que estás en el mundo, ¿qué frutos me has dado? ¿qué otros frutos sino abrojos y espinas?

Si se nos hubiese concedido poder escoger nosotros mismos los medios para salvarnos, ¿qué medios hubiéramos pedido procurarnos mas seguros y mas fáciles que los que su bondad nos proporciona?

¡Ay! que si de tantas gracias

no nos aprovechamos, ellas mismas servirán para hacer mas infeliz nuestra muerte.

Para haceros santa no son necesarios ni éxtasis, ni visiones: bastan los solos medios que os suministra la religion. Frecuentad la oracion, despegaos de vos misma, observad las reglas aun en las cosas pequeñas, y os hareis santa.

¡Ay Dios mio! ya ha tantos años que estoy en el mundo, y tantos que me hallo en esta casa vuestra, y ¿de qué provecho he servido hasta ahora? Jesus mio, vuestra sangre y vuestra muerte son mi esperanza.

Si esta noche hubiese de morir, ¿moriria contenta de la vida que vivo? ah! que no. ¿Qué espero pues? espero que venga la muerte, y que tenga que exclam-

mar: ¡ay de mí que ya se ha acabado mi vida, y no he hecho nada!

Para un moribundo que se halla desahuciado ya de los médicos ¿qué gracia no sería el concederle un año mas, ó á lo menos un mes de vida? Dios me concede á mí este tiempo; pero ay! ¿en qué lo emplearé de aquí en adelante? solo Dios lo sabe.

Señor! ya que me habeis esperado hasta ahora, no quiero haceros mas el sordo. Aquí me teneis: decidme lo que quereis de mí, que yo quiero cumplirlo puntualmente. No quiero esperar á entregarme á Vos en aquel tiempo en que para mí será acabado el tiempo.

Y ¿qué es lo que he venido á hacer en el convento? ah! ¿de qué me servirá haber dejado al

mundo, si he de vivir como vivo?
 ¿Qué haré en adelante? He
 dejado los padres, las comodida-
 des de mi casa, me he encerra-
 do entre cuatro paredes, y des-
 pues de esto ¿querré ponerme en
 peligro de condenarme?

¡Jesus mio! basta el haberos
 tanto ofendido. La vida que me
 queda, no quiero emplearla, no,
 en disgustaros: quiero emplearla
 solamente en llorar los disgustos
 que os he dado, y en amaros con
 todo el corazon, ¡ó dueño del
 alma mia! dueño único de mi
 corazon!

Lo que conviene hacer, hagá-
 moslo luego, que la muerte se
 acerca. Lo que podemos hacer
 hoy, no guardemos á hacerlo ma-
 ñana: el dia de hoy pasa, y ¡ay
 que quizá no volverá mas! ¡ay
 que tal vez no llegará mañana!

En la hora de la muerte todos dicen: ¡ojalá me hubiese hecho santo! Pero ¿de qué sirven entonces estos suspiros, cuando está para acabarse el aceite de la lámpara? cuándo vamos á entrar en el caos insondable de la eternidad?

Diremos en la hora de nuestra muerte: ¿qué me hubiera costado huir de aquellas ocasiones, aguantar aquella persona, cortar aquella correspondencia, ceder de aquel puñtillo? Mas ¡ay que no lo he hecho! Y ahora ¿qué será de mí? Señor ayudadme. Yo os digo con santa Catalina de Génova y deseo decíroslo con todo el corazón: *Jesús mío, no mas pecar: no mas pecar, Jesús mío: todo lo renuncio de buena gana para daros gusto á Vos, á Vos me entrego enteramente.*

No pensemos que hacemos demasiado para lograr nuestra salvacion: *Ninguna seguridad hay que baste cuando se trata de evitar el infierno*, dice san Bernardo.

Para acertar el negocio de nuestra salvacion es preciso: *vayámonos de los medios*, haciendo una firme resolución de ponerlos en práctica. De nada valen ciertas veleidades: *de nada aprovecha decir lo haré luego*, si no se hace. Ay que el infierno está lleno de almas que decían *luego, luego*, y llegó entre tanto la muerte, y se condenaron!

Dice el Apóstol: *Procurad vuestra salvacion con temor y temblor*: el que tiembla al pensar que puede condenarse, se encomienda siempre á Dios, huye

1 Phil. 2:12. NO OLVIDES QUE

las ocasiones, procura obrar bien; y haciéndolo así, se salvará.

Si queremos salvarnos, es preciso nos hagamos violentos: el cielo no se da á los poltrones: *los violentos son los que lo arrebatan.*

¡Ay Señor! ¿cuántas promesas os he hecho? y ¡ay! que se han convertido en traiciones! No quiero ya hacerós mas traicion: ayudadme Vos; matadme, os lo pido con todo el corazon, matadme antes que os ofenda.

Dice el Señor: *Pedid y recibireis*¹: con esto mismo nos da á conocer el deseo tan grande que tiene de salvarnos. Si alguno dice á un amigo, *dame aquello que quieres darme*, no tiene mas que hacer para quedar servido: pidamos pues tambien nosotros

¹ Joan. 16. 24.

siempre á nuestro buen Dios que nos ama mas que un íntimo amigo á su amigo, y nos enriquecerá siempre de gracias, y ciertamente nos salvaremos.

-v. **Mi amado Jesus!** volved sobre mis miserias vuestros ojos, y tened piedad de mí. Yo me he olvidado de Vos, mas Vos no os habeis olvidado de mí. Os amo, amor mio, con toda el alma: abomino todas las ofensas que os he hecho, y las aborrezco mas que todo otro mal. Perdonadme, Jesus mio, y olvidad todas las amarguras que os he ocasionado. Y ya que sabeis mi debilidad, no me abandoneis: dadme luces, dadme fortaleza para vencerlo todo, para daros en todo gusto. Haced que de todo me olvide, y aun de mí misma, á fin de que solo me acuerde de vuestro amor, y

de tantas misericordias con que tanto me habeis obligado á amaros. María, Madre de Dios, rogad á Jesus por mí. Así sea.

MEDITACION II.

De la vanidad del mundo.

¿De qué le serviría al hombre ganar todo el mundo, (cosa imposible) si despues perdía el alma¹? ¡O máxima grande, que ha enviado tantas almas al cielo, y ha dado tantos Santos á la Iglesia! ¿De qué sirve ganar un mundo que acaba, y perder desgraciadamente el alma, que es eterna, que nunca acabará?

¡Mundo!... ¿Y qué cosa es este mundo sino una mera apa-

¹ Matth. 16. 26.

riepcia, una farsa, un acto de comedia (mejor diré tragedia), que presto pasa? *Pasa* en un momento *la escena de este mundo*, dice san Pablo ¹. Viene la muerte; tira la cortina, se cierra la escena, y cata ahí que todo queda acabado.

¡Ay de mí! en la hora de la muerte á la luz de aquella lúgubre candela ¿cómo se le presentarán á una monja las cosas de este mundo? aquellos vasos de plata, aquel dinero acumulado, aquellos muebles superfluos y vanos? entonces cuando tendrá que dejarlo todo, á pesar suyo.

¡Jesus mio! haced que mi alma de hoy en adelante sea toda vuestra: haced que yo no ame á otro que á Vos. Quiero desprenderme de todo antes que de to-

1 1. Cor. 7. 21.

do me arranque la muerte á viva fuerza.

Decia santa Teresa: *Ningun caso ha de hacerse de una cosa que acaba.* Procurémonos pues aquella fortuna que no acaba con el tiempo. ¿De qué le serviria á una persona ser feliz por algunos dias, (si es que pueda ser feliz verdaderamente el que ha perdido á Dios), si despues hubiese de ser desgraciado para siempre? no menos que por toda la eternidad?

Dice David que todos los bienes de la tierra en la hora de la muerte parecerán como sueño de uno que se despierta ¹. ¿Qué pena no siente aquel que ha soñado que lo han hecho rey, que ha hallado una rica bolsa, que ha logrado un grande empleo, cuan-

¹ Psalm. 72. 20.

do al despertarse se halla pobre como era antes? el mismo que antes?

¿Quizá, Dios mío, si esta meditación que estoy leyendo, es para mí la última llamada que me dareis? Dadme fuerza para arrancar de mi corazón todos los afectos á las cosas de la tierra antes no llegue el día de partirme de ella; y hacedme conocer el gran desatino en que caí al atreverme á ofenderos á Vos, y á dejaros por amor á las criaturas. *Padre, yo no soy digna de ser llamada hija vuestra. Me arrepiento de haberos vuelto las espaldas, y no me desechéis, os pido, ahora que vuelvo á Vos, ahora que vuelvo con el vivo deseo de ser toda vuestra.*

En la hora de la muerte no consuelan á una monja ni los ofi-

cios decorosos que ha ejercitado, ni la pompa de las fiestas que ha hecho, ni los divertimientos á que se ha entregado, ni los puntitos en que ha vencido; solo la consolará el amor que haya tenido á Jesucristo, y aquel poco que haya hecho y padecido por su amor.

Felipe II murió exclamando: *¡O si yo hubiese sido un fraile lego de alguna religion, y no un rey!* Felipe III murió exclamando tambien: *¡O si yo hubiese vivido en un desierto!* pues ahora compareceria con mayor confianza al tribunal de Dios! Así hablan en la hora de la muerte aquellos que en los dias de su vida han sido tenidos por los mas afortunados de la tierra. ¡Qué desengaño!

En suma, todas las ganancias

que se pueden hacer de cosas de la tierra, en la hora de la muerte van todas á terminar en remordimientos de conciencia y en temores de una eterna condenación. ¡Ay Dios! dirá aquella religiosa: yo dejé al mundo, y no obstante he amado despues las vanidades del mundo, y he seguido las máximas del mundo. ¡Qué necia he sido! dirá; ¿de qué me servia dejar al mundo, si habia de vivir despues una vida infeliz, apartada del mundo y apartada de Dios?

Dirá: ¡O qué loca he sido! Podia hacerme santa con tantos medios y con tanta facilidad! podia haber vivido una vida feliz, unida con Dios! y ¿qué me queda ahora de mi vida pasada? Mas ay! ¿cuándo exclamará de esta manera? cuando estará ya

para concluirse la escena, y próxima á entrar en la eternidad; cuando se hallará ya cerca de aquel gran momento del cual depende el ser por siempre feliz ó por siempre desgraciada: ¡terrible momento!

Señor! tened piedad de mí. En la vida pasada no he sabido amaros: pero de hoy en adelante Vos habeis de ser mi único bien: *Dios mio y todas las cosas*: solo Vos mereceis todo mi amor, solo á Vos quiere amar mi corazon.

¡Ó grandes del mundo! ahora que estais en el infierno, ¿qué os ha quedado de vuestras riquezas y de vuestros honores y pasatiempos? Ah! nada, responden ellos llorando: *nada, nada: nada nos ha quedado sino tormentos y desesperacion. Todo*

ha pasado; mas ay! que nuestra pena no se ha de acabar jamás! nunca pasará!

Dirán! los desdichados: *¿De qué nos ha servido nuestra soberbia, la ambicion de dominar? ¿de qué la jactancia y vanidad de las riquezas¹? ¡Ah! qué todo ha pasado como una sombra, se ha disipado como humo, y no nos ha dejado tras de sí sino dejos los mas amargos, tormentos eternos! ¡Ay de mí! que al venir la muerte la memoria de los bienes que se han gozado en este mundo, no inspira sentimientos de confianza, sino de espanto, de terror y de confusion al que ha abusado de ellos!*

¡Pobre de mí! despues de tantos años que estoy en el mundo y en el convento, ¿qué es la

¹ Sap. 5. 8.

que he hecho para Dios? Señor, tened compasion de mí; no me apartéis de vuestra presencia: *no me arrojéis de la vista de vuestra cara y de vuestras misericordias.*

El tiempo de la muerte es el tiempo de la verdad: entonces es cuando se conoce que todas las cosas de la tierra nada mas son que vanidad, humo y ceniza. ¡Ay, Dios mio! y ¡cuántas veces os he estimado en menos que un puro nada? Ah! despues de tanta vileza no tendria el atrevimiento de esperar el perdon, si no supiese que Vos murísteis para perdonarme. Ya os amo, Dios mio; os amo sobre todas las cosas, y aprecio vuestra gracia mas que todos los reinos del mundo.

La muerte se llama *ladron*¹;

1 1. Thess. 5. 8.

y con razon se llama tal; pues que ella nos despoja de cuanto tenemos, de las ropas, de la hermosura, de las dignidades, de padres y parientes, y aun de nuestra misma piel y de nuestra misma carne.

El dia de la muerte se llama tambien el *dia de las pérdidas* ¹, dia en que hemos de perder todo cuanto hayamos adquirido, y todas las esperanzas de este mundo.

Jesus mio! nada se me da el perder todos los bienes de la tierra, mientras no os pierda á Vos, bien infinito: piérdanse todos antes que perderos á Vos, que sois mi sumo bien.

Nosotros alabamos á los Santos, porque por amor de Jesucristo despreciaron los bienes de

¹ Deuter. 19. 21.

este mundo: ¿y porqué pues estamos tan pegados á ellos, con tan grande peligro de nuestra salvacion?

Amamos tanto las ventajas de esta vida, ventajas deleznales y perecederas: ¿cómo pues hacemos tan poco caso de las ventajas eternas? ventajas que nunca perecerán?

Dios mio! iluminadme; haced que conozca la nada que son todas las criaturas, y el todo que sois Vos, ¡ó infinito bien! Haced que yo lo renuncie todo para lograros solamente á Vos. Dios mio, solo á Vos quiero, y nada mas.

Decia santa Teresa que todas las faltas en que caemos, y todo el apego que tenemos á los bienes de la tierra, provienen de falta de fe. Avivemos pues la fe

de que un dia lo habremos de dejar todo, y tendremos que pasar á la eternidad: y por lo mismo dejemos ahora con mérito lo que un dia tendremos que dejar por fuerza. ¡Qué riquezas! ¡qué honores! ¡qué diversiones! ¡qué parientes! Dios, Dios y nada mas: busquemos solamente á Dios, y él nos bastará en lugar de todas las cosas.

La gran sierva de Dios son Margarita de santa Ana, hija del emperador Rodulfo II, y monja descalza, decia: *¿De qué sirven los reinos en la hora de la muerte?*

La muerte de la emperatriz Isabel dió el empujon á san Francisco de Borja paraque se resolviese á dejar el mundo, y á darse todo á Dios; pues que al ver su fétido y destigurado cadáver

exclamó: ¡Así pues acaban las grandezas y las coronas de este mundo!

¡Ojalá, Dios mío, os hubiese siempre amado! Haced, Señor, que sea del todo vuestra antes no me coja la muerte.

¡Gran secreto el de la muerte! ¡O y como hace ella desvanecer todos los deseos de mundo! ¡O como hace ver claramente que todas las grandezas de la tierra son humo y engaño! Las cosas que mas deseadas son de los mundanos, ¡ah! ellas pierden su fascinante esplendor miradas desde el lecho desengañador de la muerte: la sombra de la muerte oscurece todas las hermosuras de la tierra.

¿De qué sirven las riquezas y atavíos cuando ya no queda otra cosa que una andrajosa mortaja

con que cubrir el pálido cadáver?
 ¿De qué sirve la hermosura del
 cuerpo, que á tantos embelesa,
 si ha de reducirse á un monton
 de gusanos, de podre y ceniza?
 ¿De qué sirve haber mandado
 á otros, si no queda otra cosa
 que el ser echado en una sepul-
 tura, olvidado de todos, pisado
 de los demas?

Dice el Crisóstomo: *Preséntate delante de una sepultura, contempla el polvo y los gusanos, y suspira. Considera aquellos esqueletos que los gusanos han roído y reducen á polvo, suspira y exclama: ¡Ay que tambien yo he de ser reducida á lo mismo! ¿y no pienso en ello? ¿y no me entrego á Dios? ¡Ay de mí! ¿quizá si estos sentimientos que ahora leo, son la última llamada para mí? ¿Quizá*

si ya me dará otro aviso Dios?

Mi amado Redentor! yo acepto de buena gana mi muerte, y la acepto en aquel mismo modo que os placera enviármela: mas yo os pido que antes no llegue la hora de juzgarme me deis tiempo de llorar las ofensas que os he hecho. Os amo, Jesus mio, y me arrepiento de haberos despreciado: quiero mil veces morir antes que volver á pecar: esta es mi resolucion! bendecidla Vos.

¡Ay Dios! ¡cuántos infelices para alcanzar alguna cosa de la tierra, por un placer, por una vanidad, han perdido el alma! y ¡ay que perdiendo el alma lo han perdido todo! todo lo han perdido, y lo han perdido para siempre! ¡Creemos, ó no, que hemos de morir, y que hemos de morir una sola vez? ¡Y por-

qué pues no dejamos todas las cosas para lograr una buena muerte? dejémoslo todo, y lo haremos todo.

¿Cómo es posible saber que en la hora de la muerte, en aquella tan triste hora para el infeliz pecador, la vista de una vida desarreglada será una pena insufrible, y no obstante querer continuar á vivir desarregladamente?

Dios mio! os doy gracias de las luces que me dais. Mas, ¡ah Señor! ¿qué habeis hecho? Yo he aumentado los pecados, ¿y Vos habeis aumentado las gracias? ¡ay desgraciada de mí, si ahora no sé valirme de ellas!

Aquel vive sin duda despegado del mundo que piensa que dentro un corto tiempo ha de salir de él.

¡O con qué paz viven y muer-

ren aquellas religiosas, que despejadas de todo van diciendo contentas como san Francisco de Asis, *Dios mio y todas las cosas!*

Decia Salomon que todos los bienes de este mundo no son sino vanidad y afliccion de espíritu, pues que el que mas cargado está de ellos, mas padece.

Locos llamaba san Felipe Neri á aquellos que tienen su corazón pegado al mundo: locos, pues que tambien en este mundo viven una vida infeliz.

¡Ay Dios mio! ¿qué me queda ahora de tantas ofensas que os he hecho, sino sustos y zozobras, sino penas y remordimientos que me atormentan, y que aun me atormentarán mas en la hora, que quizá está muy cerca, de la muerte? Ea Señor, perdonadme luego. Vos me quereis to-

da para Vos, y yo quiero ser toda vuestra. Aquí me teneis: desde este momento me entrego toda á Vos. No quiero otra cosa de Vos, Dios mio, sino á Vos mismo.

¡Eh! no pensemos jamás que el vivir desprendidos de todo, que consiste en no amar otra cosa que á Dios, sea una vida triste y descontenta. ¿Y quién hay que viva en este mundo mas contento y alegre que una alma que ama de corazon á Jesucristo? Halladme entre todas las reinas del mundo una que viva mas contenta y tranquila que aquella monja que se ha entregado enteramente á Dios.

Alma mia! si hoy mismo debieses partir de este mundo, cosa que puede ser muy bien, ¿partirías satisfecha de la vida que

hasta ahora has vivido? ¿Y qué esperas pues? ¿Esperas tal vez que la luz que ahora Dios te da por su misericordia, haya de servir para echarte en cara tu ingratitud en el día de la cuenta?

Jesus mio! yo lo renuncio todo para entregarme toda á Vos. Vos me buscásteis cuando yo huía de Vos: no me rechazéis ahora que yo os busco. Vos me amábais cuando yo no os amaba, y ni siquiera deseaba que me amáseis: no me despreciéis ahora que ya no deseo otra cosa que amaros á Vos, y ser amada de Vos. Dios mio! ya veo que quereis alcance mi salvacion, y yo tambien quiero alcanzarla para daros gusto. Para daros gusto todo lo dejo, y toda me entrego á Vos. María, madre de Dios, rogad á Jesus por mí. Así sea.

MEDITACION III.

Del viage á la eternidad.

No tenemos aquí ciudad fija y permanente, sino que vamos en busca de la que está por venir, decía san Pablo ¹; en este mundo no somos ciudadanos, sino peregrinos; estamos en él de paso, viajando hácia la eternidad, pues dicho está que el hombre ha de ir á la casa de su eternidad ².

Dentro poco tiempo pues deberemos desalojarnos de este mundo: dentro poco será llevado nuestro cuerpo al cementerio, y nuestra alma pasará á la eternidad.

¿No sería un necio aquel via-

¹ Hebr. 13. 14.

² Eécle. 12. 3.

jante que quiesiese consumir todos sus caudales en fabricarse una casa en un lugar donde está solo de paso, y de donde, ha de partir luego?

**Dios mío! mi alma es eterna:
yo pues; ó he de gozar de Vos
para siempre, ó he de perderos
para siempre: ¿qué triste alter-
nativa! ay! ¿cuál será mi suerte?**

En la eternidad hay dos cosas, pero ¡ó cuán diferentes! una de toda especie de delicias; y otra de toda especie de tormentos; y ay! que estas delicias y estos tormentos serán eternos: Si el árbol cayere á la parte del medio día ó bien á la del norte, donde quiera que caiga, allí se quedará. 1. Si el alma va al lugar de su salvacion, allí será feliz para siempre; mas ay de

ella si cae al infierno! allí estará llorando y rabiando mientras Dios será Dios, no menos que por toda una eternidad.

No hay medio: ó siempre reina en el cielo, ó siempre esclava de Lucifer en el infierno: ó siempre en el paraíso dichosa, ó siempre en el infierno desesperada. ¡Qué alternativa tan triste, repito!

¿Cuál de estas dos casas tocará á cada uno de nosotros? aquella que cada cual se elige para sí voluntariamente. El que va al infierno, va á él con sus propios pies. Todos los que se condenan, se condenan porque quieren condenarse. ¡Qué locura!

Jesus mio! ¡dichosa yo si siempre os hubiese amado! Tarde os he conocido; pero vale mas tarde que nunca ¡ó Dios de mi co-

razon, Dios herencia mia por toda una eternidad!

Todos los cristianos, pero especialmente los religiosos, para vivir bien deben tener siempre delante sus ojos la eternidad. ¡Ó y qué bien arreglada es la vida de aquel que tiene siempre en la memoria la eternidad! qué recapacita á menudo los años eternos!

Si el paraíso, el infierno, la eternidad fuesen cosas dudosas, ¿qué no deberíamos hacer para no ponernos á peligro de condenarnos para siempre? ¿Cuánto más pues hemos de hacer para evitar un tal peligro, ya que no son cosas dudosas, sino verdades de fe?

Toda la fortuna de este mundo ¿á qué va á parar? ¡ah! á una mortaja, á un ataúd, á un

féretro, á algunos palmos de sepultura: todo parará á polvo, ceniza, nada. ¡Dichoso aquel que gana la vida eterna!

¡Jesus mio! Vos sois la vida mia, la riqueza mia, el amor mio. Dadme un vivo deseo de agradaros en los dias que me quedan de vida; dadme el auxilio que para ello necesito, que nada puedo sin Vos.

Un pensamiento de eternidad basta para hacer un santo. San Agustin llamaba al pensamiento de la eternidad *gran pensamiento*. Este pensamiento de tanta importancia es el que ha conducido tantos jóvenes á los claustros, tantos anacoretas á los desiertos, tantos Mártires á la muerte, y tantos Santos á la gloria.

Así convirtió el P. Ávila á una dama pegada al mundo, con so-

lo decirle: *Considere, señora, aquel siempre y aquel jamás: aquel siempre penar, aquel jamás gozar. Un monje se encerró dentro una sepultura, y allí no hacia otra cosa que repetir suspirando: ¡ó eternidad! ¡ó eternidad!*

¡Ay de mí! ¡y de cuanta importancia es aquel último instante de nuestra vida! De aquella última boqueada depende ó una eternidad de contentos, ó una eternidad de penas: depende una vida ó siempre feliz, ó siempre desgraciada. Jesucristo murió en una cruz, para que tengamos la dicha de hallarnos en gracia suya en aquel último instante.

¡Mi amado Redentor! pues si Vos no hubiéseis muerto por mí, ¿yo estaria perdida para siempre? ¡Ah! os doy gracias por tan-

ta bondad, amor mio; confío en Vos y os amo.

Dios mio! ó creemos en Vos, ó no creemos en Vos. Si no creemos en Vos, mucho es lo que hacemos por cosas que tenemos por fábulas. Mas si creemos en Vos, ¡ó cuán poco es lo que hacemos para lograr una eternidad dichosa, y evitar una eternidad infeliz!

Decia el P. Vicente Carafa que si los hombres considerasen seriamente las verdades eternas, y confrontasen los bienes y males presentes con aquellos bienes y males de la eternidad, que nos está esperando, la tierra se convertiria en un desierto, pues que no habria ya quien se ocupase en negocios de esta vida.

¡Ó qué espanto nos causará, cuando nos hallaremos próximos al último momento de nuestra

vida, el pensar: ¡Ay de mí! de este momento depende ó mi fortuna ó mi ruina eterna! El ser ó feliz para siempre, ó para siempre desgraciado!

¡Ay Dios! pasan los dias, pasan las semanas, pasan los meses, pasan los años, nos acercamos continuamente á la hora de entrar en la eternidad, y ¡no pensamos en ello! Y ¿quién sabe si este año ó este mismo mes es el último para mí? ¿quizá si este dia el último dia, si esta hora la última hora? ¿quizá si este es el último aviso que me da Dios? ¿quizá si hoy mismo tendré que comparecer á su tribunal?

Dios mio! no quiero abusar mas de vuestras gracias: aquí me teneis: hacedme saber lo que quereis de mí, que en todo quiero obedeceros.

Y ¿qué queremos esperar despues de tantas luces y voces de Dios? Que tal vez el ir á llorar con los condenados, y á clamar eternamente: *¡Ay que se ha acabado el verano, y nosotros no nos hemos salvado!* Ahora es el tiempo de remediar nuestro descuido, despues de la muerte ya no habrá mas remedio ni mas tiempo.

Tenia razon el P. M. Ávila cuando decia que los cristianos, ya que creen la vida eterna, si no obstante se atreven á vivir lejos de Dios, merecerian ser encerrados en una cárcel de locos.

Es un gran negocio el negocio de la eternidad: es el único negocio grande, el único negocio de importancia; pues que no se trata de tener una casa mas có-

moda ó mas clara , sino de ó habitar en un palacio de todas las delicias , ó rabiarse en un calabozo de todos los tormentos : se trata ó de ser bienaventurada entre los Ángeles y Santos , ó de vivir desesperada entre la chusma de los enemigos de Dios. Y esto ¿ para cuántos años ? ¿ para cuántos siglos ? ¿ por ciento ? ¿ por mil ? ¿ por un millon ? ¡ Ay que no ! sino para siempre , para siempre , por mientras Dios será Dios , por toda la eternidad.

¡ Es así , Dios mio , que si yo hubiese muerto cuando estaba en desgracia vuestra , os habria perdido para siempre ! qué desgracia en tal caso la mia !

¡ Ay Señor ! si no me habeis perdonado todavía , perdonadme ahora. Yo os amo con toda mi alma , y siento sobre todo mal el



haberlos ofendido. Yo no quiero perderlos mas. Os amo con todo el corazon, y quiero siempre amarlos. Jesus mio! tened piedad de mí; miradme con compasion.

A algunos mientras viven, les hace poca impresion el oír nombrar los novísimos, la muerte, el juicio, el infierno, la eternidad. Mas al llegar la muerte, aquella hora de tristeza, de zozobras y espanto, ¡ó qué terror les causan entonces estas verdades! pero ay! que con poco fruto! porque entonces ya no les servirán sino para aumentarles los remordimientos y la confusion, para hacer mas agoniosa su muerte.

Decia santa Teresa á sus monjas: *Hijas, una alma, una eternidad.* Y queria decir diciendo *una alma*, que perdida el alma, todo está perdido; y diciendo

una eternidad, que perdida el alma una vez, está perdida no para algunos años ó para algunos siglos, sino ¡ay! para siempre, por toda la eternidad.

Señor! esperadme un poco mas, dadme tiempo para llorar mis pecados. Bastantes años he perdido: el tiempo que me resta, quiero dároslo todo á Vos. Admitidme á vuestro santo servicio; Dios mío! no me recházeis, no me priveis de vuestro amor.

El Señor nos espera: pero sepamos apreciar mucho este tiempo que nos concede por su misericordia, paraque no tengamos que suspirar por él cuando ya se habrá acabado para nosotros.

¡Ay Dios! ¡y cuanto pagaria un moribundo de tener un dia mas de vida, ó á lo menos siquiera una hora! pero otro dia ú

otra hora con la cabeza clara, con el entendimiento despejado; pues que el tiempo que tienen los moribundos, es poco á propósito para ajustar la conciencia. El espanto, la calentura, los dolores, la fatiga del pecho, el cansancio de la cabeza, la proximidad de la eternidad, ah! que impiden entonces al entendimiento de hacer un acto bueno, y la voluntad se halla decaída con el peso de tantas fatigas. Entonces el alma, como encerrada en una fosa oscura, no ve otra cosa sino una gran calamidad que la amenaza, que va á desplomarse sobre ella, y á la cual no se ve capaz de resistir: quisiera tiempo, pero ay! que ya no hay mas tiempo!

La hora que menos pensaréis vendrá el hijo del hombre ¹.

¹ Luc. 12. 40.

Dios nos oculta expresamente el tiempo de la muerte paraque estemos siempre preparados para morir. *Estad preparados*, nos dice: no preparaos, sino estad preparados. El tiempo de la muerte ¡ah! que no es tiempo de prepararse para dar cuenta, sino de hallarse ya preparado. Decia san Bernardo: *Para morir bien conviene que nos hallemos siempre preparados para morir.*

Jesus mio! basta ya el haberos ofendido tantas veces. Es ya hora de que de hoy en adelante me disponga para la muerte. No quiero abusar mas de vuestra paciencia: quiero amaros cuanto me sea posible. Os he ofendido mucho, lo confieso, es verdad, y por lo mismo mucho ahora quiero amaros.

¡Ó qué pena tan grande el tener que arrepentirse del descuido en que se ha vivido, entonces cuando ya no hay tiempo de hacer lo que no se ha hecho!

Dice san Lorenzo Justiniano que los mundanos cuando se hallan en el lance de la muerte darian de buena gana todas sus riquezas para lograr una sola hora mas de vida. Mas ay! que se les dirá en aquella hora: *no hay mas tiempo*. Entonces les será intimado que han de partir sin demora: *parte, alma cristiana, de este mundo*.

Cuenta san Gregorio que cierto cristiano hallándose en la hora de la muerte, gritaba á los demonios: *dadme tiempo hasta mañana*. Y ellos le respondieron: *loco, lo has tenido, ¿y*

porqué lo has perdido? ahora no hay mas tiempo.

¡ Ay Dios mío! ¡ y cuantos años he perdido tambien yo, desdichada de mí! Pero, Señor, la vida que me queda, no ha de ser mas mia, sino toda vuestra. Haced Vos que abunde en mí vuestro santo amor, ya que ha abundado en mí el pecado.

Decia san Bernardino de Sena que tanto vale en esta vida un instante de tiempo, cuanto vale Dios; ¡ qué tesoro tan apreciable! pues que en cada instante con un acto de amor ó de contricion podemos adquirir nuevos grados de gracia.

Dice san Bernardo que el tiempo es un tesoro que solo se halla en esta vida. En el infierno este es el llanto de los condenados: *¡ó si tuviésemos una hora! ¡ó*

si lográsemos una hora para hacer una buena confesion! para poder remediar nuestra eterna ruina! En el paraíso, allí sí que no se llora: pero si pudiesen llorar los Bienaventurados, este seria su único llanto, el haber perdido aquel tiempo en que podian ganar otros grados de gloria.

Amado Redentor mio! yo no merezco piedad, pero no obstante yo confio en vuestra pasion. Yo quiero amaros mucho en esta vida, para amaros mucho en la otra. Ayudadme Vos; dad la mano á una miserable pecadora que ahora quiere ser toda vuestra.

Y ¿quizás si me sobrevendrá una muerte imprevista que me prive de todo tiempo para arreglar la cuenta? Tantos que han muerto de repente, no pensaban morir de esta manera; y si los

infelices se hallaban en pecado, ay! ¿qué será de ellos por toda la eternidad? qué desgracia tan fatal, no menos que eterna!

Los Santos, no obstante de trabajar toda la vida en aparejarse para la muerte, les parecia que hacian poco para no errar un paso de tanta importancia. El P. M. Ávila cuando le dieron la noticia de que iba á morir dijo: *¡Ó si tuviese un poco mas de tiempo para aparejarme para morir!*

Y nosotros ¿qué aguardamos? ¿aguardamos tal vez tener una muerte inquieta é infeliz? una muerte desastrada, que sirva á los otros de un ejemplar de la divina justicia?

No Jesus mio! no quiero obligaros á que me abandoneis. Decidme lo que quereis de mí, que

todo quiero cumplirlo. Haced que yo os ame, y nada mas os pido.

Lamará al tiempo contra mí ¹, decia Job. Temblemos, y no hagamos que el tiempo que nos da Dios ahora por su misericordia, haya de ser llamado un dia contra nosotros, como á juez de nuestra ingratitud. *Caminad mientras teneis luz*, dice el Señor ²; pues que al tiempo de la muerte *se hace de noche*, y no hay mas luz, y *no se puede trabajar mas para la salvacion*.

San Andrés Avelino temblaba diciendo: ¿Quién sabe si me salvo, ó si me condeno? Pero mientras así hablaba, se unía siempre mas estrechamente con Dios. Y nosotros ¿qué hacemos? ¿Cómo es posible que quien cree que ha de morir, y que ha de morir

¹ Thren. 1. 15.

² Jo. 12. 35.

la hora menos pensada, y que ha de pasar á la eternidad, no se entregue todo á Dios?

Amado Redentor mio! amor mio crucificado! no quiero esperar á abrazarme con Vos cuando me será presentada vuestra santa imágen en la hora de la muerte: desde ahora os abrazo, y os aprieto á mi corazon, y todo lo renuncio para no amar á otro que á Vos, mi único bien. ¡Ó María madre mia! atadme con Jesus, y haced que no me separe mas de su amor. Así sea.

MEDITACION IV.

Del pecado.

¿QUÉ cosa es el pecado mortal? Es un *apartarse de Dios*, como dice santo Tomás con san

Agustin : es volverle las espaldas : es hacer desprecio de su gracia y de su amor : es perderle el respeto en su misma presencia , diciéndole : yo no os quiero servir ; quiero hacer lo que me acomoda , y nada se me da que Vos os disgusteis de ello , y que me priveis de vuestra amistad . ¡ Qué vileza !

Para comprender cuan grande es la malicia del pecado mortal , convendria comprender quien es Dios , y quien es el hombre que desprecia á este Dios con el pecado . Delante de Dios todos los Ángeles y Santos son nada : y ¡ ay ! ¡ un gusano de la tierra tiene el atrevimiento de despreciar á un Dios !

Pero ¿ qué mas ? ¡ Ah ! el hombre pecando , no solo desprecia á un Dios de infinita magestad , sino tambien á un Dios que le ha

amado tanto, que ha llegado á morir por su amor: ¡qué ingratitud! Para llorar pues un solo pecado mortal no bastaría una eternidad.

¿Qué mas hace el que lo comete? ¡Ah! deshonra á un Dios, posponiéndolo á un humo, á un desahogo de rabia, á un vil interés, á una miserable satisfaccion: ¡á un Dios tan grande! ¡á un Dios tan bueno! ¡á un Rey de tremenda magestad! ¡Ay alma mia! ¡qué vileza repito!

Señor! si no os viese sacrificado en la Cruz por mi amor, perderia toda la esperanza de ser perdonada; pero ¡gracias á Vos mismo, Jesus mio! vuestra muerte me llena de confianza: *En vuestras manos encomiendo mi espíritu*: os encomiendo, Señor, esta alma en gracia de la cual

derramásteis la sangre y dísteis la vida. Os amo, Jesus mio, amor mio y esperanza mia! Y ¿cómo podré jamás volver á separarme de Vos, único bien mio, despues que me habeis hecho conocer lo mucho que me habeis amado?

¿Cuánta pena no nos causa á nosotros el vernos ofendidos de una persona á quien hemos hecho beneficios? Dios no es capaz de dolor; mas si fuese capaz de él, moriria de tristeza y de dolor al verse despreciado de una criatura en favor de la cual ha llegado hasta dar su vida, y no menos que en el patíbulo infame de una cruz.

Malditos pecados mios! mil veces os detesto y os maldigo: vosotros me habeis hecho disgustar á mi Redentor, á un padre que tan tiernamente me ha amado.

Almas desgraciadas que estais condenadas en el infierno! vosotras que en vida deciais que era un leve mal el pecado, ¡infelices! ahora confesais ingenuamente que toda la pena que sufrís, no llega á castigaros como mereceis.

Es preciso confesar que el pecado es un gran mal; pues que un Dios, que es la misma misericordia, un Dios todo bondad, se ve obligado á castigarlo con un infierno eterno. Aun mas: para satisfacer á la divina justicia por el pecado, ha debido un Dios sacrificar su misma vida.

¡Ay Dios! sabemos que el infierno es un castigo muy horrendo, y no obstante ¿no nos hace temblar el pecado, que puede conducirnos á él? Sabemos que un Dios murió para perdonarnos

los pecados cometidos, y ¿volveremos á pecar? ¡Ay! no lo permitais, Dios mio!

La pérdida de cualquier bien de la tierra, aunque mínimo, nos pone inquietos y tristes; y la pérdida que con el pecado hemos tenido de Dios, la desgracia de haber perdido á todo un Dios, ¿no nos llenará de dolor y de afliccion por toda nuestra vida?

Señor! os doy gracias por el favor que me haceis de darme tiempo para llorar las amarguras que os he ocasionado. Jesus mio! las aborrezco con el odio posible: dadme Vos mas dolor y mas amor, paraque lllore las ofensas que os he hecho, no tanto por la pena que he merecido, como por el disgusto que os he dado á Vos, amabilísimo Dios mio!

¿Qué inquietudes y temores

no tiene un cortesano que teme haber agraviado á su príncipe? Y nosotros que sabemos de cierto que agraviamos á Dios en otro tiempo, y que perdimos su amistad, ¿viviremos tranquilos, sin tener de ello un continuo dolor?

¿De cuántas precauciones no se valen los hombres para evitar el veneno, no obstante que solo mata al cuerpo? y con todo ¡ tanta negligencia en evitar el veneno del pecado, que mata al alma, y nos hace perder al mismo Dios!

Nosotros nos dejamos prender del demonio con aquel engaño que nos hace consentir en el pecado: *despues me confesaré de él.* Así el enemigo ha llevado tantos pecadores al infierno. ¡ Infelices! y ay! que su infelicidad ya no tiene remedio! ya

se han perdido para siempre! ¡Ay Dios mio! ¡cuántos años hace que yo merezco hallarme en el infierno! Vos me habeis aguantado para que yo bendiga para siempre vuestra misericordia, y os ame. Sí, Jesus mio! os bendigo, y os amo; y espero en vuestros méritos que nunca más me apartaré de vuestro amor. Mas, si despues de haberme dispensado tantas gracias volvía á ofenderos, ¿y cómo podría presumir que no me abandonaríais, sino que antes bien volveríais á perdonarme de nuevo?

Dios usa de piedad con aquellos que le temen, pero no con aquellos que le desprecian. El ofender á Dios porque usa de misericordia, es provocarle de un modo especial á castigarnos. Es aun mas, ultrajarle por eso mis-

mo que nos perdona, y querer burlarse de él; pero ay! que Dios nunca queda burlado: el pecador es el que queda burlado y perdido, si no se arrepiente de veras.

Dirá el demonio: *quizá si aun-que cometas este pecado, puede ser que tambien te salves.* Entre tanto, digo yo, si pecas, ya te condenas tu misma al infierno. *Quizá puede ser que aun me salve:* sí, pero puede ser tambien, y tal vez mas fácilmente, que te condenes; y el negocio de la salvacion eterna ¿es un negocio que haya de aventurarse á un *quizá*? entre tanto pecando mortalmente ya mereces el infierno: y ¿si en este entre tanto te venia la muerte? Si Dios te abandonaba, ¡ay! ¿qué seria de tí?

No, Dios mio, no quiero ofenderos mas; baste tanto que os

he ofendido... ¡Oh! ¡cuántos con-
 menos pecados que yo se hallan
 ya en el infierno! Señor! yo no
 quiero ser mas mia, sino vues-
 tra y toda vuestra. A Vos con-
 sagro toda mi voluntad y liber-
 tad. *Vuestra soy, salvadme.*
 Salvadme del infierno, y antes
 salvadme del pecado. Os amo,
 Jesus mio, y no quiero perderos
 mas.

Dicen los santos Padres que
 Dios tiene determinado el núme-
 ro de pecados que á cada cual
 quiere perdonar, y el de las gra-
 cias que nos quiere conceder. Por
 esto, no sabiendo nosotros cual
 es este número, ¡ó cuanto debe-
 mos temer que si nos atrevemos
 á cometer otro pecado, el Señor
 no nos abandone! Este temor,
quizá si Dios no me perdonará
mas, debe servirnos de un gran

freno para no volver á ofenderle; dichosos si nos valemos de él! pues que así nos salvaremos.

Y aquel que recibe de Dios mas luces y gracias, ¡ó cuanto mas debe temer que no se vea abandonado de él!

Una religiosa que cae en pecado mortal, se pone en un grande peligro de ser abandonada de Dios; pues que su pecado es pecado de malicia, cometido en medio de tantas luces, de tantos sermones, meditaciones, comuniones, de tantos avisos de superiores, de tantos buenos ejemplos que le dan las hermanas.

Dice el Angélico que tanto mayor es la malicia del pecado, cuanto es mas grande la ingratitude del que peca. ¡Ó que desgraciada es pues aquella religiosa que no obstante de hallarse en-

riquecida de Dios con tantas gracias, se atreve á ofenderle mortalmente! Del que cae de alto no se dice que cae, sino que se precipita, y se arruina.

¡Ay Jesus mio! podemos decir que nos hemos desafiado los dos: Vos á usar de misericordias conmigo, y yo á volveros injurias: Vos á hacerme beneficios, y yo á despreciaros. Mas, ahora que gracias á Vos, ya conozco el mal que he hecho, ya os amo con todo el corazon, y quiero compensaros con mi amor tantos disgustos que os he dado. Dadme Vos luces, y dadme fuerza para cumplir esta mi voluntad.

Decia la M. sor María Strozzi: *El pecado de una religiosa causa horror al paraíso, y obliga á Dios á volverle las espaldas: ¡cuán grande es pues su malicia!*

Quien no teme mucho el pecado mortal, no está muy distante de caer en él. Conviene pues huir cuanto sea posible las ocasiones peligrosas: *El que ama el peligro, perecerá en él.*

Conviene tambien evitar los pecados veniales deliberados. Decia el Padre Álvarez: *Las faltas pequeñas, aunque voluntarias, no matan al alma, pero no obstante la vuelven débil, en tanto que sobreviniéndole despues alguna grave tentacion, no tendrá fuerza para resistirla, y caerá miserablemente.* Dejó escrito santa Teresa: *De pecado advertido, por pequeño que sea, Dios nos libre: pues que, decia la misma Santa, nos hace mas daño un pecado cometido con advertencia, que todos los demonios del infierno.*

No, Jesus mio! no quiero disgustaros mas, ni poco ni mucho. Vos me habeis obligado mucho á amaros. Quiero pues antes morir que daros advertidamente algun disgusto, por pequeño que sea. Vos no merecíais que os disgustase, sino antes bien merecíais todo mi amor; con todo yo os disgusté, y solo Vos sabeis cuantas veces: pero en adelante ya quiero amaros, y amaros, amor mio, con todas mis fuerzas: dadme vuestra ayuda, que con ella todo lo puedo.

¡Ó cuan sin razon llaman algunos mal ligero al pecado venial! ¿cómo puede decirse ligero aquel mal que causa un disgusto al mismo Dios?

Aquel que comete pecados veniales sin reparo, dice: *me basta el salvarme*. Mas ay! yo no sé si

continuando á vivir de esta manera os salvareis! pues dice san Gregorio: *El alma no se queda á donde cae, sino que siempre va mas abajo.* Escribe san Isidoro que á aquel que no hace caso de los pecados veniales, le permite Dios que caiga en mortales, en pena del poco amor que le tiene. El Señor mismo dijo al beato Enrique Suson que aquellas almas que no hacen caso de los pecados veniales, están en mayor peligro de lo que ellas piensan; pues que, añadió, es muy difícil, viviendo así, el que perseveren en gracia.

Enseña el Concilio tridentino que no podemos perseverar en gracia sin una ayuda especial del Señor: y ¡oh quanto desmerece aquella especial ayuda el que le ofende con veniales voluntarios,

6.

sin pensar en enmendarse de ellos!

¡Ay Señor! no me castigueis como yo merezco. Olvidad tantos disgustos que os he dado, y no me priveis de vuestra luz y de vuestra ayuda. Yo quiero enmendarme, quiero ser toda vuestra. ¡Ó Dios omnipotente! aceptadme, y mudadme; mudad mi corazon: así os lo pido, así lo espero.

Dijo el Señor á la beata Juana de Foliño: *Aquellos que son excitados por mis luces á caminar hácia la perfeccion, y no obstante engrosando el alma quieren caminar por la via ordinaria, serán de mí abandonados y maldecidos: ¡qué desgracia la suya!*

El que sirve á Dios, pero sin temer disgustarle por sus propias satisfacciones, da á entender que

no merece ser servido con mas atencion. Declara, en suma, que no es digno de ser servido con un amor tal, que nos obligue á preferir su gusto á nuestras satisfacciones.

Los defectos habituales, dice san Agustin, son una cierta sarna que hace á nuestra alma de tal manera asquerosa, que la priva de los abrazos de Dios.

Veo, Señor, que todavía no me habeis abandonado, no obstante que lo merecia: dadme pues fuerza para salir de mi tibieza. No quiero ofenderos deliberadamente, quiero antes bien amaros con toda el alma: Jesus mio! ayudadme, en Vos confio.

Decia san Francisco que era traza del demonio atar las almas con un cabello, para atarlas despues con una cadena y hacer-

las esclavas tuyas. Guardémonos pues de dejarnos atar con alguna pasión. Una alma atada con cualquiera pasión, ó está ya perdida, ó está cerca de perderse.

Decia la V. M. Victoria Estrada: *El demonio cuando no puede lograr mucho, se contenta con poco, pero con aquel poco despues logra el mucho.*

Protesta el Señor que á los tibios los vomitará: *Porque eres tibio, empezaré á vomitarte*, dijo al obispo de Laodicea ¹ por medio de san Juan. Este vómito significa el abandono de ellos hace Dios, pues causa horror el volver á tragar lo que se ha vomitado.

La tibieza es una calentura ética, que apenas se conoce, y no obstante conduce sin remedio

¹ Apoc. 3. 16.

á la muerte; pues que hace al alma insensible á los remordimientos.

Jesus mio! por vuestra piedad os pido que no me vomiteis como merezco: no mireis mis ingratitudes, pero sí á las penas que sufristeis por mí. Me arrepiento de todos los disgustos que os he dado. Os amo, Dios mio! de hoy en adelante quiero hacer cuanto pueda para agradaros. ¡Ó amor del alma mia! yo os he ofendido mucho, haced que en la vida que me resta os ame tambien mucho. ¡Ó María, esperanza mia! socorredme con vuestra intercesion. Así sea.

MEDITACION V.

De la muerte.

SE ha de morir. ¡Qué verdad tan triste para el infeliz pecador! pero ¡qué verdad tan consoladora para el hombre de bien! No hay remedio: justos y pecadores todos moriremos. O presto ó tarde se ha de morir. En cada siglo las casas y las ciudades se llenan de gente nueva, y la vieja va á encerrarse en las sepulturas, va á engrosar los cementerios, va á reunirse con los antepasados.

Todos nacemos con el dogal al cuello, es decir, condenados á la muerte. Sea nuestra vida larga cuanto se quiera, ha de venir indispensablemente un día,

una hora que será la última para nosotros; y esta hora ya está determinada. ¿Quizá si es la presente?

Dios mio! os doy gracias por la paciencia que habeis tenido en aguantarme hasta ahora. ¡Ojalá hubiese yo muerto antes de pecar! ¡Ojalá que jamás os hubiese ofendido! Ya que me dais tiempo para remediar el mal que he hecho, decidme que quereis de mí, Señor, que en todo quiero obedeceros, todo lo haré de buena gana, si Vos me ayudais.

Dentro pocos años ni yo que escribo, ni vos que leéis, viviremos ya sobre la tierra. Así como hemos oído tocar las campanas á muerto por otros, así un dia otros las oirán tocar por nosotros. Así como ahora leemos escritos los nombres de otros en el

6..

libro de los muertos, así otros leerán en el mismo libro el nuestro.

En suma, no hay remedio, se ha de morir; y lo mas terrible es que se ha de morir una sola vez, y errada esta, ay! que está errada para siempre!

¡Qué espanto tendreis cuando se os avisará que recibais los Sacramentos, y que la necesidad insta, y no se puede perder tiempo! Vereis entonces que harán salir de la estancia las compañeras, las amigas, y quedareis sola con el confesor y la enfermera para asistiros.

¡Jesus mio! no quiero esperar la muerte para entregarme á Vos. Vos habeis dicho que no sabeis desechar á una alma que os busca: *Buscad, y hallareis*: yo desde esta hora ya os busco, Jesus

mio, haced os halle, y os halle para siempre.

Os amo, bondad infinita! á Vos solo quiero y nada mas.

Alguna en medio de sus enredos é intrigas con el mundo oirá que le dicen: *Hermana, estais mala: aparejaos para morir.* ¡Oh que impresion le hará esta intima! Quisiera entonces ajustar bien las cuentas; pero ay! el horror y la confusion en que se halla, la vuelven estólida y como fuera de sí, de manera que no sabe como lo haga.

Cuanto ella ve y cuanto oye entonces, todo le causa pena y terror. Entonces todas las cosas del mundo se le vuelven espinas que la afligen: espinas la memoria de los divertimientos que se tomó: espinas los puntillos con que se enardeció, las vanidades

que ostentó: espinas las amigas que la apartaron de Dios: espinas los vanos adornos de la celda: espinas en fin todas las cosas. ¡Qué tribulacion! ¡Ó que espanto no le causará el pensar entonces: *Yo dentro poco estaré ya fuera de la vida, y no sé que eternidad me tocará, si la feliz, ó si la desgraciada!* ¡Ay Dios! en aquella triste hora las solas palabras de juicio, de infierno, de eternidad, ¡qué horror no causan á los pobres moribundos!

Redentor mio! yo creo que Vos os dignásteis morir por mí, y en vuestra bondad está toda mi confianza. Espero en vuestra sangre que me salvareis. Os amo, bondad infinita! y me arrepiento de haberos ofendido. Jesus mio, esperanza mia, amor mio! tened

piedad de mí, principalmente en aquella última hora.

Figúrate que ves á una monja á quien ha acometido la última enfermedad. Antes andaba ella por el convento, siempre girando, burlando, dominando: mírala en breve sin fuerzas, aturdida, que no habla, no ve, no oye.

Ay! la pobre ya no piensa en sus enredos, en sus vanidades: solo tiene fijo delante los ojos el pensamiento de la cuenta que ha de dar á Dios. Las hermanas que están al rededor de la cama, de las cuales una llora, otra suspira, otra está en silencio, el confesor que asiste, los médicos que se consultan, todo son señales de espanto. La enferma en tal estado ya no ríe, ya no piensa en divertirse; ya no piensa en

otra cosa que en la fatal noticia de que su mal es mortal.

Mas no hay remedio: en medio de aquella confusion, en aquella tempestad de dolores, de aflicciones y de temores, es preciso disponerse para partir de este mundo y comparecer al divino tribunal. Pero ¿y cómo se dispondrá siendo el tiempo tan corto? estando el entendimiento tan ofuscado? hallándose la voluntad tan decaída? ¡Oh! no hay remedio, se ha de partir: lo dicho dicho; el tiempo urge.

¡Ay Dios mio! ¿cuál será mi muerte? No, no quiero morir con tanta incertidumbre de mi salvacion. Quiero mudar de vida: Jesus mio! dadme vuestra ayuda, que resuelvo amaros de hoy adelante con todo el corazon. Ea, unidme fuertemente á

Vos, y no permitais que jamás me separe de Vos.

Si esta noche debiéseis morir, ¿cuánto pagaríais de un año mas, ó á lo menos de otro mes de vida? Es preciso os resolvais á hacer ahora aquello que ya no podreis hacer al llegar la muerte.

¿Quizá si este año, si este mes, y tal vez tambien este mismo dia, es el último para vos? Ay! quizá si esta hora? si este cuarto?

Vos no quisiérais morir en el estado en que os hallais ahora, y ¿os atreveréis á continuar á vivir en el mismo estado? Vos teneis compasion de aquellas personas que mueren de repente, porque no han tenido tiempo para aparejarse para la muerte, y vos que teneis tiempo, ¿no os aparejais para morir?

¡ Ah Dios mio! no quiero obli-

garos á que os olvidéis de mí. Os doy gracias por las misericordias que habeis usado conmigo; dadme vuestros auxilios para mudar de vida. Veo que Vos quereis me salve, y yo quiero salvarme, para alabaros y amaros por toda la eternidad.

Al acercarse la muerte os presentarán el Crucifijo, y os dirán que Jesucristo en aquella hora ha de ser vuestro único refugio, vuestra única consolacion.

A los moribundos que habrán amado poco al Crucificado, ¡ah! que les servirá entonces su vista no de consuelo, sino de espanto. Pero al revés; ¿oh de que consuelo tan grande no servirá á aquellas almas que lo habrán renunciado todo por su amor? que se habrán abrazado de buena gana con su cruz?

Amado Jesus mío! Vos habeis de ser mi único amor en la vida y en la hora de la muerte: Vos, *Dios mío y todas las cosas.*

¡Ó que terror tan grande causa á los moribundos de mala conciencia el solo nombre de *eternidad!* Por esto en aquella hora no quieren oír hablar de otra cosa que de sus dolores, de los médicos y de los remedios; y si se les habla de la alma, luego se enfadan, mudan de conversacion, y dicen: *Por caridad dejadme descansar.* ¡Qué indicio tan fatal!

¡Qué espanto mayor que el que experimentará una religiosa que no ha vivido como tal al mirar el sagrado velo y el hábito de la religion, el cual le recordará que ha sido una religiosa solo de nombre y en el vestido, pero no en la realidad!

Dirá la infeliz: *¡Ó si tuviese tiempo para reformar mi vida!* Mas ay! que le dirán: *Sal de este mundo. Llamad mas médicos, dirá ella, probad otros remedios.* Pero *¡qué médicos ni que remedios!* ha llegado la hora, no hay remedio, ha de partir de este mundo y pasar á la eternidad.

Este parte de este mundo no aterra, antes bien ¡ó cuánto consuela al que ama á Dios, pensando que con la muerte sale de los peligros de perder el bien que ama!

Le dirán tambien: *Hoy sea en paz tu lugar, y tu morada en la santa Sion:* sea en paz el lugar donde vas á habitar, y sea tu casa el paraíso. ¡Bello anuncio para aquel que muere con alguna certeza de estar en gracia

de Dios! le esperan las mansiones de la gloria.

¡Ea Jesus mio! confio por los méritos de vuestra sangre que me conducireis al lugar de la paz, donde podré deciros: *Amado mio! ya no tengo temor alguno de perderos.*

Dirán tambien: *Tened compasion, Señor, de sus gemidos, apiadaos de sus lágrimas.* Dios mio! no quiero esperar á llorar en la hora de la muerte las ofensas que os he hecho: desde ahora las detesto todas, las siento, las abomino: me arrepiento de ellas con todo el corazon, y quisiera morir aquí mismo de dolor de haberlas cometido. Os amo, bondad infinita! Dios mio! os amo; y así quiero siempre vivir y morir llorando y amando.

Añadirán: *Reconoced, Señor,*

esta vuestra criatura, que no han criado dioses agenos, sino Vos solo, Dios vivo y verdadero. ¡Ó Dios que me habeis criado para Vos! no me echeis lejos de Vos. Si en otro tiempo os desprecié, ahora os amo de mí misma, por eleccion de mi voluntad, y no á otros, sino solo á Vos quiero amar.

Al comparécer el sacerdote con el santísimo Viático, temblará la que ha amado poco á Jesucristo. Pero al contrario, quien no habrá amado á otro que á Jesucristo, ¡ó cuánto abundará entonces de confianza y de ternura, viendo á su Señor que viene para acompañarle y fortalecerle en el paso á la eternidad! Al recibir la Extremauncion el demonio nos recordará todos los pecados que hemos cometido con

los sentidos. ¡Qué recuerdos para quien no habrá llorado! Pro-curemos pues llorarlos antes no venga la muerte. Me arrepiento, Dios mio, de haber pecado; siento vivamente el haberos ofendido: ¡ojalá se partiese mi corazón de dolor!

En habiendo recibido la moribunda todos los sacramentos, se retirarán las parientas, las amigas, y la dejarán sola con el Crucifijo.

¡Ay Jesus mio! cuando entonces todos me habrán abandonado, no me abandoneis Vos: *en Vos, Señor, he esperado, no quedaré confundida eternamente*: Vos sereis entonces mi amparo.

Ay! ya comienza á salir el sudor frio; se oscurecen los ojos; se afila la nariz; se ponen mora-

dos los labios; se levanta el pecho; es cansada la respiracion; faltan las pulsaciones; se vuelven frías las manos y los piés; se estira la enferma en forma de cadáver, y comienza la agonía. ¡Ay de mí! que se halla ya la pobre cerca del paso á la eternidad! cerca de tan terrible paso!

Falta despues el aliento; la respiracion es mas rara; ved ahí las señales de que está cerca la muerte. Entonces el confesor enciende la candela, y la pone en las manos de la moribunda, y comienza á sugerirle los actos propios para la hora de espirar. ¡Ó candela! ¡ó lúgubre candela! alumbra ahora nuestras almas, pues que entonces tu luz de poco servirá, cuando será acabado ya el tiempo de remediar lo mal obrado.

¡Ay Dios! á la triste luz de esta funesta candela ¡ó cómo se le representarán las vanidades de este mundo y las ofensas hechas á Dios!

Mira como finalmente espira ya la moribunda, y ay! al espirar, en aquel último instante acaba para ella el tiempo, y comienza la eternidad! ¡Ó momento crítico! ó momento decisivo, no menos que, ó de una eterna felicidad, ó de una desdicha eterna!

Jesus mio! misericordia. Dios mio! perdonadme, y unidme estrechamente con Vos, paraque al llegar aquel momento no tenga la fatal desgracia de perderos: ¡ay de mí! que os perderia para siempre!

Muerta que será, volviéndose á las circunstantes el sacerdote, dirá: *Salud á vuestras Reve-*

rencias: ha pasado ya. ¿Es muerta? sí, es muerta: descansen en paz. ¿Descansen en paz? Descansen en paz, si ha muerto en paz con Dios: pero si ha muerto en desgracia de Dios, ¡infeliz! no tendrá jamás paz! mientras Dios será Dios. ¿Qué desgracia la suya! ¡desgracia irremediable! ¡desgracia no menos que eterna!

... Luego que ha muerto la campana hace señal, y se sabe su muerte también fuera del convento. Quien dice: era cortés, pero poco devota: quien dice: ¿quizá si se ha perdido? Las parientas y las amigas por la pasión que le tenían no quieren oír hablar de ella; y si alguna persona mueve conversacion sobre ella, dicen: por caridad no me la nombreis mas.

Mira á que para: ¡ah! ella

que era la diversion del convento, es ahora el horror de todas. Entrad despues en su celda; ella ya no está: su estancia á no tardar será ocupada por otra: su cama, sus hábitos, sus muebles van á ser repartidos entre las demas: y ella ¿dónde está? ah! el cuerpo en la sepultura, y el alma en la eternidad.

Si quereis verla, abrid aquella sepultura, y miradla; no ya pulida y con el busto ajustado, sino hecha una podre, de la cual nacen los gusanos, y estos harán despues que le caigan á pedazos los labios y las mejillas, de manera que dentro poco tiempo no quedará mas que una triste calavera, un fétido esqueleto, el cual vendrá un dia que se desunirá, separándose la cabeza del tronco, y unos huesos de otros

huesos. ¡Qué triste desengaño!

Mira pues á que ha de reducirse algun dia este nuestro cuerpo, este saco de inmundicia, este manjar de gusanos, para complacer al cual tanto ofendemos á Dios. ¡Qué desatino!

¡Ó Santos! vosotros sí que lo acertásteis, pues tuvísteis siempre mortificados vuestros cuerpos, y ahora vuestros huesos son venerados sobre los altares, y vuestras bellas almas están gozando de la vista hermosa de Dios, esperando el dia final, en el cual vuestros cuerpos vendrán á participar de la gloria que gozais, así como participaron de las penas que padecísteis.

Si yo me hallase ya en la eternidad, ¿qué no querria haber hecho por Dios? San Camilo de Lelis asomándose á las sepultu-

ras de los muertos, decia: ¡*Ó si estos fuesen vivos, que no harian ahora para la vida eterna! Y yo que soy vivo, ¿qué hago? Y nosotros que hacemos?*

Señor! no me reprobeis á causa de mis ingratitudes. Los demas os han ofendido en las tinieblas, yo os he ofendido en medio de la luz. Bastante Vos me habeis iluminado paraque conozca el agravio que os hacia cuando pecando y despreciando vuestras luces y gracias, os volvia las espaldas. ¡Ay Jesus! *Vos, que sois mi única esperanza, no seais mi espanto en el dia de mis angustias, que será el dia de mi muerte. Así sea.*

De la muerte de los justos.

San Bernardo dice que la muerte de los justos se llama

7.

preciosa porque es el fin de los trabajos y la puerta de la vida. Para los Santos la muerte es un premio; y primeramente porque es el término de los sufrimientos, de las pasiones, de los combates y de los temores de perder á Dios.

Aquel *Parte* que tanto atormenta á los mundanos, no atormenta á los Santos, pues que á ellos no les da pena el dejar los bienes de la tierra, ya que solo Dios ha sido toda su riqueza: no el dejar los honores, pues que ellos mismos los despreciaron; no el dejar los padres y los parientes, pues que solo los ha amado en Dios. Y por lo mismo así como en vida iban diciendo siempre, *Dios mio y todas las cosas*; así lo repiten con mayor alegría en la hora dichosa de su

muerte. ¡Qué suerte tan feliz la suya!

Tampoco les afligen los dolores de la muerte; antes bien ¡ó cuanto se complacen en ofrecer á Dios aquellas últimas reliquias de la vida en señal del amor que le tienen, uniendo el sacrificio de ella con el que de sí mismo hizo Jesucristo muriendo por su amor!

¡Ó que consuelo causa á los Santos el pensamiento de que acaba el tiempo de poder pecar, y el peligro de perder á Dios! ¡Ó que gozo el poder decir entonces abrazando y adorando el Crucifijo: *Yo dormiré en paz, yo descansaré para siempre!*

Es verdad que el demonio procurará entonces inquietarnos con la vista de nuestros pecados: pero ¿qué podrá él contra nosotros? ¡ah! si los hemos llorado, y des-

pues de arrepentidos hemos amado de corazon á Jesucristo, él nos consolará. Mas desea él nuestra salvacion que el demonio nuestra condenacion.

A mas, la muerte es puerta de la vida. Dios es fiel; bien sabe su bondad consolar entonces á las almas que le han amado. En medio de los dolores de la muerte les hará probar ciertos gustos anticipados del paraíso. Aquellos actos de confianza y de amor de Dios, aquellos deseos de verle luego en las mansiones de la gloria, les harán comenzar el goce de aquella paz que durará por toda la eternidad. ¡Qué alegría principalmente causará el santísimo Viático á quien podrá decir entonces con san Felipe Neri: *Aquí está el amor mio, ved aquí mi amor!*

Debemos pues temer, no la muerte, sino el pecado, que es el que la hace infeliz. Decia un gran siervo de Dios, á saber, el P. La-Colombiere: *Es moralmente imposible que tenga mala muerte el que en vida ha sido fiel á Dios.*

El que ama á Dios, desea la muerte paraque lo una eternamente con él. Es señal de amar poco á Dios el no desear verle luego.

Aceptemos ya desde ahora la muerte, despojándonos de todas las cosas de la tierra: ahora será para mérito nuestro el aceptarla; entonces tendremos que aceptarla á la fuerza y con peligro de perdernos.

Vivamos siempre como si el dia de hoy fuese el último de nuestra vida. ¡O como vive bien

quien vive siempre á vista de la muerte!

¡Ay Dios mio! ¿cuándo llegará aquel dia en que os veré y os amaré cara á cara? No lo merezco, es verdad; pero vuestras llagas ¡ó Redentor mio! son mi esperanza. Os diré con san Bernardo: *Vuestras llagas son mis méritos*: y por esto me atrevo á deciros con san Agustin: *Ea, muera, Señor, paraque os vea*. Dios mio! enviadme la muerte luego, paraque luego os vea, y me abrace con Vos, cierta ya de que no tendré mas que separarme de Vos. ¡Ó María madre mia! primeramente en la sangre de Jesucristo, y despues en vuestra intercesion, pongo la confianza que tengo de que me salvaré, y de que vendré á alabaros, á daros gracias y á amaros eter-

namente en el paraíso. Así sea.

MEDITACION VI.

Del juicio.

FIGURAOS, hermana mia, que estais ya moribunda y agonizando, de manera que ya no os queda mas que una hora, ó tal vez menos, de vida. Imaginaos pues que dentro poco debereis presentaros delante de Jesucristo, Rey de tremenda magestad, juez inexorable de vivos y muertos, para darle cuenta de toda vuestra vida. ¡Ay! entonces no tendreis cosa que mas os aterre que vuestra mala conciencia. Conviene pues tener ajustada la cuenta antes que venga el dia de darla.

Entonces, cuando estaremos para pasar á la eternidad, en

aquel crítico lancee, la reprension que harán los pecados cometidos, la desconfianza que excitará el demonio, la incertidumbre de la suerte que nos ha de tocar, ¡ó Dios! y en que tempestad no nos sumergirá de sustos, de congojas y temores! Qué confusion la nuestra! Abracémonos con Jesucristo y con María santísima desde ahora, paraque al llegar aquel punto no nos abandonen. Si nos abandonaban ¡ó que desgracia seria la nuestra!

¡Qué espanto causará entonces el pensamiento de que dentro pocos momentos deberemos ser juzgados por Jesucristo! A santa María Magdalena de Pazzis, hallándose enferma, le preguntó el confesor porque temblaba; y ella respondió: *¡Ah. Padre, que es una cosa de grande importan-*

cia el tener que comparecer delante del juez Jesucristo!

Ea, Jesus mio! recordaos que yo soy una de aquellas vuestras ovejas que Vos redimísteis con vuestra sangre: *Subvenid pues, os pedimos, á vuestros siervos que redimísteis con aquella sangre preciosa.*

Es sentencia comun que el alma es juzgada por Jesucristo en aquel mismo lugar donde espira, y en el mismo punto de su muerte; de manera que en aquel mismo momento se forma el proceso, se da la sentencia y se ejecuta.

¡Ó momento fatal! ¡ó crítico momento, en que se decide la suerte feliz ó infeliz que tendrá cada uno de nosotros por toda la eternidad!

El V. P. Luis de la Puente cuando pensaba en el juicio tem-

blaba de tal manera, que hacia temblar tambien el aposento donde estaba. .

¡Ay Jesus mio! si en esta hora quisiéseis juzgarme, ¿qué seria de mí? *Eterno Padre!* no mireis mis pecados: *mirad si al rostro de vuestro Ungido;* aquel rostro que desean contemplar los Angeles. Yo me arrepiento de todas las ofensas que os he hecho: mirad la sangre y las llagas de vuestro Hijo estimado, y tened piedad de mí, y perdonadme.

Separada ya el alma del cuerpo, á veces dudan aun los que asisten si ha espirado ó no; mas ella ya ha entrado en la eternidad. Asegurado ya el sacerdote de la muerte, esparce agua bendita sobre el cadáver, é invoca á los Santos y á los Angeles para que vengan al encuentro de

aquella alma, y la socorran: *Sub-
venid, Santos de Dios, ocurrid,
Ángeles del Señor.* Mas si ella
se ha perdido, los Santos y los
Ángeles ya no pueden mas so-
correrla.

Vendrá Jesus á juzgarnos, apa-
reciéndosenos con las mismas lla-
gas que padeció por nosotros en
su pasión. Estas llagas ¡de cuanta
consolacion no llenarán á los pe-
nitentes que en vida habrán llo-
rado sus pecados con un verda-
dero dolor! pero ay! que llenar-
rán de espanto á los infelices pe-
cadores que habrán muerto en
pecado!

¡Ay de mí! y que pena tan
grande la que tendrá un alma la
primera vez que verá á Jesucris-
to como juez, si ha de verle in-
dignado! Esta será una pena mas
terrible que el mismo infierno!

Librádmnos de ella, Jesús mio, por piedad.

Verá entonces el pecador la tremenda magestad del Juez: verá cuanto padeció él por su amor: verá tantas misericordias que usó con él, y los grandes medios que le dió para salvarse. Verá entonces la caducidad é insubsistencia de los bienes tan deleznables del mundo, y la grandeza y realidad de los bienes eternos. Verá en fin todas estas verdades; pero ay! sin fruto! Entonces ya se habrá acabado el tiempo de reparar los errores: lo hecho, hecho: ya no tendrá remedio.

Amado Redentor mio! haced que tenga el consuelo de veros apacible y risueño la primera vez que os veré; y por esto dadme ahora luces y dadme fuerza para reformar mi vida. Si en la vida

pasada desprecié vuestra gracia, ahora conozco mi error, ya la aprecio mas que á todos los reinos del mundo.

¡Qué consuelo tan grande no tendrá en la hora del juicio aquel que por amor de Jesucristo se habrá desprendido de todas las cosas de la tierra, que habrá amado los desprecios, que habrá mortificado el cuerpo, y que, en suma, no habrá amado á otro que á Dios!

¡Qué alegría no experimentará al oír que le dicen aquellas palabras: *Entra, sierva mia, sierva buena y fiel, entra en el gozo de tu Señor: alégrate, pues te has salvado, y ya no hay mas temor de que te pierdas!*

Al revés, el alma que sale de esta vida en pecado, ¡ay la infeliz! ya antes que Jesus la con-

dene, se condena ella misma, y se declara rea del infierno.

¡Ó María! ¡ó mi grande abogada! rogad á Jesus por mí. Ayudadme ahora que podeis ayudarme: entonces me veríais perecer sin poder socorrerme.

Lo que habrá sembrado el hombre, esto es lo que segará¹: en el juicio se coge lo que se ha sembrado en vida. Veamos que es lo que hemos sembrado hasta ahora; y por lo mismo hagamos ahora lo que querremos haber hecho entonces.

Si hoy mismo, y no menos que dentro una hora, debiésemos ser presentados al juicio, ¿cuánto pagaríamos de un año mas de vida? Y no obstante ¿en qué emplearemos los años que

1 Gal. 6. 7.

nos restan?... ¿en trabajar para el importante negocio de la salvación?... Ojalá sea así.

El abad Agaton despues de muchos años de penitencia, pensando en el juicio, decía: *¿Qué será de mí cuando seré juzgado?* Y el santo Job exclamaba: *¿Qué haré cuando se levante Dios para juzgar? y cuando me pregunte, ¿qué le responderé?*¹ Y nosotros ¿qué responderemos cuando Jesucristo nos pedirá cuenta de tantas gracias que nos ha hecho, y de la mala correspondencia que hemos tenido?

¡Ay Dios mio! *no entregueis á las bestias las almas que os confiesan.* Yo no merezco ser perdonada; pero Vos no quereis que yo desconfie de vuestra misericordia; y yo tampoco quiero

¹ Job. 51. 14.

desconfiar: á los agravios que os he hecho, no quiero añadir este, que tanto os ofenderia. Salvadme, Señor; arrancadme del lodazal de mis miserias. Yo quiero enmendarme, ayudadme Vos. La causa que se tratará en el punto de la muerte, ¿ó que causa tan importante! es una causa de la cual pende nuestra eterna fortuna ó nuestra ruina eterna. ¡Cuánto conviene pues que pongamos todo cuidado para conseguir la victoria en tal causa! Todos, considerando esto, dicen que es así. Ya pues que es así, ¿porqué no lo dejamos todo para darnos del todo á Dios?

Buscad al Señor mientras se puede hallar.¹ Aquel que en el juicio halla que ha perdido á Dios, ya no puede hallarle mas:

¹ Isa. 55. 6.

pero en vida el que le busca, le halla, pues él se hace encontrado á los que le buscan.

Jesus mio! si en el tiempo pasado desprecié vuestro amor, si tuve la desgracia de ofenderos, ahora ya no busco otra cosa que amaros á Vos, y ser amada de Vos. Haced que os halle, ¡ó Dios del alma mia! ó Dios de amor!

¡O necios secuaces de un mundo embaucador! al valle de Josafat os aguardo: ah! allí mudareis de modo de pensar. Allí llorareis vuestra locura; mas ay! que será sin esperanza de remedio! ya será tarde!

Y vosotras, almas atribuladas en este mundo, alegraos, alegraos. En aquel dia final todas vuestras penas se convertirán en delicias y alegrías del paraíso: *vuestra*

tristeza se convertirá en gozo, en un gozo eterno.

¡Ó que bello espectáculo el que presentarán entonces los Santos, que en este mundo son ahora tan despreciados! Pero ¡qué espectáculo tan horrendo el de tantos infelices, príncipes y reyes, que se habrán condenado!

Jesus mio, crucificado y despreciado! yo me abrazo con vuestra cruz. ¡Qué mundo! ¡qué placeres! ¡qué honores! Dios mio! solo á Vos quiero y nada mas: solo á Vos.

¡De que horror se llenarán en aquel día los réprobos al verse repelidos de Jesucristo con aquella pública condenacion, *Apartaos de mí malditos!* ¡Ay Jesus mio! yo tambien merecí en otro tiempo la misma sentencia: pero ahora confio que me habeis

perdonado. ¡Ah! no permitais que yo me separe de Vos. Os amo, y confío os amaré siempre.

Al contrario, ¿de qué júbilo no se llenarán los escogidos al oír que Jesucristo los convida al paraíso con aquellas dulces palabras, *Venid, benditos de mi Padre?* Amado Redentor mio! por vuestra sangre espero que tambien yo tendré la dicha de ser contada en el número de estas almas afortunadas para amarnos eternamente, besando contenta y gozosa vuestros piés sagrados.

Avivemos la fe, y pensemos que un dia hemos de hallarnos en aquel famoso valle, ó á la derecha entre los escogidos, ó á la izquierda entre los condenados. Echémonos pues á los piés del Crucifijo; demos una ojeada

á nuestras almas; y si hallamos que no están todavía bien aparejadas para comparecer delante de Jesucristo, remediémoslo ahora que hay tiempo. Desprendámonos de todo lo que no sea para Dios; y unámonos estrechamente con Jesucristo, cuanto sea posible, con oraciones, con comuniones, con la mortificación de los sentidos, y sobre todo con peticiones. El poner en práctica estos medios que nos da Dios para salvarnos, ¡ó qué señal tan grande de nuestra predestinacion!

Jesus mio y Juez mio! yo no quiero perderos, sino que antes bien quiero amaros siempre. Os amo, amor mio! yo os amo, y así espero decíroslo la primera vez que os veré como mi juez. Os dije: *Señor, si quereis castigarme como he merecido, cas-*

tigadme, pero no me priveis de vuestro amor: haced que yo os ame siempre, y que siempre sea amada de Vos, y despues haced de mí lo que querais. Así sea.

MEDITACION VII.

Remordimientos que tendrá en el infierno una religiosa que se condene.

EL mayor tormento que tendrá el condenado en el infierno, será él mismo; á sí mismo será insufrible, agitado por los remordimientos de su propia conciencia: *Su gusano nunca muere* ¹, dijo Isaías. Este gusano que nunca morirá, antes bien siempre estará royendo, significa el remordimiento eterno que tendrán

¹ Marc. 9. 47.

en el infierno los condenados. Pero ¡ay de mí! ¡qué gusano tan cruel será el de una religiosa que se condena el pensar por cuan poca cosa se ha perdido! ¿Es así pues, dirá ella, que por unas pocas satisfacciones pasajeras y envenenadas he perdido el paraíso y á Dios? y que me he condenado á estar en esta cárcel de tormentos para siempre? ¡Ay ne-
cia de mí!

-Yo dejé al mundo, me encer-
ré entre cuatro paredes, me pri-
vé de mi libertad: mas ay! que
despues por haber dejado á Dios
he vivido una vida infeliz, para
parar finalmente á este encendi-
do horno de fuego á tener una
vida mucho mas infeliz! Dios
me dió tantas luces, tantos me-
dios para salvarme, y yo, ¡infeliz
de mí! he querido condenarme!

¡Ay Jesús mio! así estaría yo en estas horas clamando en el infierno, si me hubiéseis hecho morir en aquel día en que estaba en pecado. Os doy gracias por las misericordias que habeis usado conmigo, y detesto de veras las ofensas que os he hecho. Si me hallase en el infierno, no podría amaros mas: pero ya que ahora, gracias á Vos, puedo amaros, quiero amaros con todo el corazón. Os amo, mi Dios! mi amor! mi todo! os amo con el mas vivo amor.

Al presente ¿qué nos parece nuestra vida pasada sino un sueño, sino una sombra, sino un momento? ¿Qué le parecerá pues al condenado la vida de cuarenta ó cincuenta años que habrá vivido en este mundo? ¿Qué le parecerán los años del infierno?

Ah! despues que se habrán pasado cien millones y mil millones de millones de años, verá que su eternidad infeliz será para él como si entonces comenzase. ¿Qué le parecerán entonces aquellos miserables deleites por los cuales se habrá perdido eternamente? ¿Es así, dirá, que por aquellos malditos gustos, que desaparecieron casi en un instante, habré de estar ardiendo siempre en este horno voraz, abandonado de todos, por toda la eternidad?

¿Qué otro remordimiento tan cruel para el condenado será el pensar cuan poco debía hacer para salvarse? Dirá: si yo hubiese perdonado aquella injuria, si hubiese vencido aquel respeto humano, si hubiese huido aquella ocasion, no me habria perdido.

¿Qué me hubiera costado apartarme de aquella conversacion? privarme de aquel placer maldito? ceder de aquel puntillo? Y aunque me hubiese habido de costar mucho, ¿no debia hacer cualquier sacrificio para salvarme? pero ay! que no lo hice, y ahora ya no tiene remedio mi ruina eterna!

Si hubiese frecuentado los Sacramentos, si no hubiese dejado la oracion, si hubiese continuado la lectura espiritual, si me hubiese encomendado á Dios, no habria vuelto á caer. Tantas veces he propuesto hacerlo, y con todo no he cumplido: alguna vez comenzaba; pero porque no continuaba, ay! que por eso me veo condenada!

¡Ó Dios del alma mia! ¡cuántas veces os he prometido que os

amaria, y no obstante de nuevo os he vuelto las espaldas! Ea, por aquel afecto con que me amásteis pendiente en la cruz muriendo por mí, dadme dolor de mis pecados, dadme vuestro amor, dadme la gracia de recurrir puntual á Vos, siempre que me veré en la tentacion.

¡Qué saetas tan crueles para una religiosa que se ha condenado, las luces, las llamadas, y todas las demas gracias que Dios le concedió estando en el convento, cuando dirá desesperada: *¡infeliz de mí! yo podia hacerme santa, y ser para siempre feliz, y ¡ahora he de ser infeliz para siempre!*

La pena mayor del condenado será el ver que se ha perdido voluntariamente y por su propia culpa, no obstante que Jesucris-

to llegó hasta morir para salvarle. *Pues un Dios*, dirá él, *dió la vida para salvarme, y ¡yo necio he querido por mi misma voluntad echarme á arder en esta fragua de fuego eterno! ¡Ó paraíso perdido! ¡ó Dios perdido! ay desgraciada de mí!* Estos son los lamentos que continuarán por toda la eternidad los infelices condenados en medio de su rabiosa desesperacion.

¡Ó Dios mio, de mí despreciado y perdido! haced que yo os hallé de nuevo, ahora que para mí hay todavía tiempo para volver á hallaros. A este fin hacedme participar, amado Redentor mio, de aquel dolor que de mis pecados sentísteis Vos en el huerto de Getsemaní. Me arrepiento de ellos, Dios mio! siento mas que todo otro mal el habe-

ros ofendido. Admitidme á vuestra gracia, Jesus mio! mientras protesto que quiero amaros á Vos, y que no quiero amar á otro que á Vos.

Representaos un enfermo que padece acerbos dolores de entrañas, y que no hay quien se apiade de él; y que antes bien de los que están á su alrededor, quien le injuria, quien le echa en cara sus desórdenes, quien le pisa con rabia: pero ay! que mucho peor es tratado el condenado en el infierno! Padece todos los tormentos, y los padece sin que haya ni siquiera uno que tenga compasion de él.

Pudiese á lo menos el condenado en medio de aquel fuego amar á su Dios, que justamente le castiga... Mas ay! que esto no es posible! Al mismo tiempo que

conoce que Dios es sumamente amable, se ve forzado á pesar suyo á aborrecerle. Esto es el infierno, no poder amar al sumo bien, á un Dios que es infinitamente amable: ¡ó que tormento!

Si los condenados pudiesen conformarse con la voluntad de Dios, como se conforman ahora en medio de sus trabajos las almas buenas, el infierno no seria mas infierno. Pero ay! rabiara el infeliz condenado como escuerzo rabioso bajo el látigo de la divina justicia; y su rabia no le serviría sino para aumentar su pena.

Pues, Jesus mio! si yo estuviese en el infierno, ¿no podria amaros mas, y tendria que aborreceros para siempre? Y ¿qué mal me habeis hecho para que yo haya de aborreceros? Vos me habeis criado, Vos habeis muerto

por mí, Vos me habeis hecho tantas gracias particulares: aquí está el mal que me habeis hecho. ¡Ay Señor! castigadme como querais, mas no me priveis de poder amaros. Os amo, Jesus mio! y quiero amaros siempre, por toda la eternidad.

Pensad que horror experimentará un alma al entrar en el infierno. ¡Ay de mí! dirá, *¿ya estoy condenada? ¿ya me he perdido?* Irá la infeliz pensando si habrá remedio para ella, y verá que su mal será irreparable para siempre: *ay! que ya no hay remedio!*

Pasarán mas millones de siglos que gotas de agua no hay en el mar, que granos de arena no hay en la tierra, que letras no hay en los libros, que hojas no hay en los árboles: pe-

ro ay! qué para el pobre condenado será el infierno como si comenzase aquel día! A lo menos pudiese lisonjearse el infeliz diciendo: *¿quizá si un día acabará este infierno para mí?* Mas no, no hay *quizá* en el infierno. Está cierto el condenado de que todas aquellas penas que padece en cada instante, las ha de padecer por toda la eternidad, para siempre, para mientras Dios será Dios. ¡Oh Dios! se cree en el infierno, ¡y hay quien peca? ¡Qué atrevimiento! qué insensatez!

Mayor será la pena de aquellos que han considerado muchas veces el infierno, y no obstante pecando se han condenado voluntariamente. Ea, no perdamos tiempo; dejémoslo todo, y abracémonos con Jesucristo. Para evitar el infierno, todo cuanto

hagamos es poco. Temblemos: el que no tiembla, no se salvará.

¡Ay Jesus mio! vuestra sangre, vuestra muerte son mi esperanza. Que me abandonen todas las criaturas con tal que no me abandoneis Vos. Veo ya que Vos no me habeis abandonado, pues todavía me convidais con el perdón, si quiero arrepentirme de mis pecados, y me ofreceis vuestra gracia y vuestro amor; si quiero amaros. Sí, Jesus mio! vida mia, tesoro mio, amor mio! sí que quiero llorar siempre las ofensas que os he hecho, y quiero amaros con todo mi corazón. Dios mio! si os he perdido alguna vez, ya no os quiero perder mas. Decidme que quereis de mí, que en todo quiero contentaros. Haced que viva y muera en gracia vuestra, y disponed de mí

como querais. ¡O María! ¡ó esperanza mia! tenedme siempre bajo vuestro manto, y no permitais que yo tenga jamás la desgracia de perder á Dios. Así sea.

MEDITACION VIII.

Del amor á Jesus crucificado.

¡Ay Jesus mio! ¿y qué prueba mayor podiais darme del amor que me teneis, como mejor hacérmelo conocer, que sacrificando vuestra vida en el patíbulo infame de una cruz para satisfacer por mis pecados, y conducirme con Vos al paraíso?

Se humilló hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz ¹. Pues el Hijo de Dios por amor á los hombres, obedecien-

¹ Phil. 2.

do al eterno Padre, que le quería muerto por nuestra salvacion, ¿se humilló hasta morir, y morir crucificado? Y ¿habrá hombres que crean esto, y no amen á este Dios?

¡Ay Jesús mio! ¿cuánto os ha costado el hacerme comprender que Vos me amais mucho? y ¡yo os he correspondido no obstante con ingratitudes! Ea, admitidme ahora á amaros, pues que no quiero abusar mas de vuestro amor. Os amo, sumo bien mio, y quiero amaros siempre. Vos, Señor, excitad siempre en mí la memoria de las penas que sufrísteis á mi favor, paraque yo me acuerde siempre de amaros.

¡Ay Dios! hablan algunas personas de la pasion de Jesucristo, ú oyen hablar de ella, sin sentimiento alguno de amor ó de agra-

decimiento, como si ella fuese una fábula, ó bien como si fuese la pasión de una persona desconocida, que poco nos importa! ¿Cómo es posible?

¡Ó hombres! ¿porqué no amais á Jesucristo? Decidme, ¿qué mas podía haber hecho este nuestro Redentor para hacerse amar de vosotros, que morir en un mar de desprecios y de dolores? que morir en una cruz?

Si el mas vil de todos los hombres hubiese padecido por nosotros los tormentos que padeció Jesucristo, ¿podríamos escusarnos de tenerle afecto y de mostrarle toda nuestra gratitud?

Mas, Jesus mio! ¿porqué hablo á los otros, y no á mí misma? ¿Cuál ha sido hasta al presente mi gratitud para con Vos? ¡Infeliz de mí! no he pagado

vuestro amor sino con los desprecios que de Vos he hecho, y con los disgustos que os he dado.

Ea, Señor! perdonadme; de hoy en adelante quiero amaros, y quiero amaros mucho. ¡Cuán ingrata os seria, si despues de tantas finezas vuestras, despues de tantas misericordias que habeis usado conmigo, os amase poco!

Consideremos que este hombre de dolores, clavado en aquel árbol de oprobio, es nuestro verdadero Dios, y que en él no por otra causa está padeciendo y muriendo, sino por nuestro amor.

Creemos, pues, que Jesucristo crucificado es nuestro Dios, y que muere por nosotros, y ¿podremos amar otra cosa que á Jesucristo?

¡Ó bellas llamas de amor! vo-

sotras que consumisteis la vida del Salvador en el Calvario, venid, y consumid en mí todos los afectos terrenos. Haced que yo arda siempre de amor para con este Dios, que quiso morir y sacrificarse todo entero por mi amor.

¡Qué espectáculo fue para los Ángeles ver al Verbo divino pendiente de un patíbulo, y que moría para salvarnos á nosotros, miserables criaturas suyas!

¡Ah Salvador mio! Vos no me habeis negado la sangre y la vida, ¿y yo os negaré mi afecto? ¿os negaré ninguna cosa que Vos me pidais? No: Vos os habeis entregado todo á mí, yo tambien me entrego toda á Vos: sin reserva alguna á Vos me entrego ¡ó mi Dios y Señor!

Alma mia! mira sobre el Calvario á tu Dios crucificado y

moribundo; observa cuanto padece, y despues dile: Vos Jesus mio, porque me habeis amado mucho, mucho sois affligido y atormentado en esa cruz; menos affligido seriais, si menos me hubiéseis amado.

¡Ay amado Redentor mio! ¡y qué multitud de dolores, de ignominias y de aflicciones internas os atormentan sobre esa cruz! Vuestro sacrosanto cuerpo está pendiente de tres clavos de hierro, y no descansa sino sobre vuestras llagas: la gente que os rodea no hace sino burlarse de Vos y blasfemaros: vuestra bella alma en vuestro interior está mucho mas affligida que el cuerpo. Decidme, ¿y porqué tanto padeceis? Vos me respondeis: todo lo padezco por tu amor: acuérdate pues del afecto que te he tenido;

y ama á quien tanto te ama.
 Sí, Jesus mio! quiero amaros.
 ¿Y qué quiero amar, sino amo
 á un Dios muerto por mí? En el
 tiempo pasado, amor mio, os
 desprecié; mas ahora no tengo
 mayor pena que acordarme de
 los disgustos que os dí, y no de-
 seo otra cosa que ser toda vues-
 tra. ¡Ay Jesus mio! perdonadme,
 y atraed á Vos mi corazón; ha-
 gadlo, heridlo, é inflamadlo to-
 do de vuestro amor.

Consideremos cuan amorosos
 fueron los sentimientos de Jesu-
 cristo cuando presentó sus ma-
 nos y piés para ser clavado en la
 cruz, ofreciendo en aquel enton-
 ces su divina vida al eterno Pa-
 dre por nuestra salvación. Mi
 amado Salvador! cuando pienso
 lo mucho que os cuesta mi al-
 ma, ¿cómo puedo desconfiar del

perdon? Por grandes y muchos que sean mis pecados, no quiero desconfiar de salvarme, viendo que Vos habeis satisfecho superabundantemente por mí. ¡Jesus mio! esperanza mia y amor mio! cuanto os he ofendido, tanto quisero amaros: os he ofendido mucho, quiero amaros mucho. Vos que me dais este deseo, Vos mismo habeis de ayudarme.

Padre eterno! *mirad el rostro de vuestro Hijo*. Mirad á vuestro Hijo moribundo sobre aquella cruz: mirad aquella cara cárdena, aquella cabeza coronada de espinas, aquellas manos taladradas, aquellas carnes despedazadas: aquí teneis la víctima sacrificada á mi favor: á Vos la presento, tened piedad de mí.

Nos amó, y nos limpió de nuestros pecados con su san-

~~ghe~~ ~~hoy~~ ¿Porqué hemos de ~~temer~~
que nuestros pecados nos impi-
dan el hacernos santos, si Jesu-
cristo de su misma divina sangre
hizo un baño para limpiar de
ellos á nuestras almas? Basta que
nos arrepintamos de ellos, y que
ramos enmendarnos.

Jesucristo pendiente de la cruz
pensaba en nosotros, y desde ella
nos preparaba todas las gracias
y misericordias que despues nos
ha dispensado, con tanto amor,
como si no tuviese que salvar si-
no á cada alma en particular.
¡Ó bondad!

Así es, Salvador mio! Vos
desde la cruz veíais ya las ofen-
sas que yo habia de haceros; y
en vez de castigarme aparejábais
luces, llamadas amorosas y per-
don. ¡Ay Jesus mio! ¿y deberá

suceder jamás que después de tantas gracias haya de volver á ofenderos, y á separarme de Vos? ¡Ay Señor! no lo permitais. Si no os he de amar, enviadme la muerte. Os diré con san Francisco de Sales: *Ó morir ó amar; ó amar ó morir.* Así sea.

COLOQUIO ENTRE EL R. LIGORIO Y UNA ALMA
DESOLADA QUE LE PIDE CONSEJO.

BEATO LIGORIO. Dejadme oír
cuales son esas angustias de con-
ciencia que tan afligida os tier-
nen, según decís.

ALMA. ¡Ay Padre! hace cer-
ca dos años que no hallo á Dios,
ni en la oracion, ni á la presen-
cia del sagrado tabernáculo, y
ni aun en la misma comunión.
Me parece que soy una alma que
ni tiene amor, ni tiene esperan-
za, ni aun fe; una alma dejada
enteramente de la mano de Dios.
Ya no experimenta mi corazón
ternura alguna, ni en el tiempo
de meditar la pasión de Jesucris-
to, ni al recibir ó venerar á es-

te Señor en la sagrada Eucaristía: soy insensible á toda especie de devocion. Es verdad que esto merecen mis pecados, con los cuales ¡ay de mí! merecí el mismo infierno.

B. LIG. Y decidme: ¿estos pecados de que hablais los habeis ya confesado?

ALMA. ¡Oh! sí Padre: hice una confesion general de todos ellos, y muchas veces los he vuelto á confesar.

B. LIG. ¿Y qué os dice sobre esto el director?

ALMA. Mi director me ha privado el hablar palabra de la vida pasada; mas yo, ¡pobre de mí! siempre me hallo inquieta, siempre temo que no me espiqué bastante. A mas de que me veo atormentada de mil tentaciones: tentaciones contra la fe,

tentaciones contra la pureza, tentaciones de soberbia: yo procuro apartarlas; mas ¡ay! que siempre me queda el temor de que tácitamente no las haya consentido algun tanto.

B. LIG. ¿Y qué os dice vuestro director sobre esto de los malos pensamientos?

ALMA. No quiere que me confiese de ellos sino cuando yo pueda jurar ciertamente y á primera vista que los he consentido. Y vd. Padre, ¿qué me dice sobre esto? ¡Ah! tenga la bondad de darme algunas instrucciones que puedan servirme de consuelo.

B. LIG. Qué os digo? os digo que tengais mas confianza y mas obediencia á vuestro director. ¿Habeis leído aquello que enseñaba san Felipe Neri? Él de-

cia ¹ que quien obedece al confesor, queda seguro de que no dará cuenta á Dios de lo que hace. Decia tambien que se tenga confianza con el confesor, porque Dios no le dejará errar; y que no hay cosa mas segura, y que rompa mas los lazos que arma el demonio, como el obedecer en las cosas de Dios la voluntad del padre espiritual: así como al contrario, no hay cosa mas peligrosa que querer gobernarse por su propio parecer.

Leed asimismo á san Francisco de Sales ², y vereis que hablando de la obediencia al director pone estas memorables palabras: *Este es aviso de avisos: por mas que busqueis, dice el devoto Juan de Ávila, ja-*

¹ Vida de san Felipe Neri, lib. 1. cap. 20.

² Introduc. á la vida devota, cap. 4.

más hallareis tan seguramente la voluntad de Dios como por el camino de esta humilde obediencia, tan recomendada y tan practicada de todos los antiguos devotos. Lo mismo escribe santa Teresa, la cual dice ¹: Escója el alma un confesor con la determinacion de no pensar mas en su parecer, sino de esperar enteramente en la palabra del Señor, el cual dijo á sus ministros: el que os escucha á vosotros, me escucha á mí. Y estima Dios de tal manera esta humilde sumision, que cumplimos su voluntad cuando, con pena ó sin pena, procurando violentarnos, aunque con mil batallas, hacemos la voluntad del confesor aunque nos parezca un despropósito.

¹ Fundac. cap. 10.

Dice tambien san Juan de la Cruz ¹ hablando en boca de Jesucristo: *Si eres infiel á los confesores, tambien lo eres á mí, que les he dicho á ellos; el que os desprecia á vosotros, me desprecia á mí mismo.* Y añade despues ² las palabras que siguen: *El no aquietarse con lo que dice el confesor es un acto de soberbia y una falta de fe.* Así habla este Santo apoyado en aquellas palabras ya citadas de Jesucristo: *El que os oye á vosotros, me oye á mí* ³. A esto pueden añadirse dos máximas utilísimas que persuadia san Francisco de Sales ⁴; primera, que no se ha perdido jamás un verdadero obediente; segunda, que

1 Tract. de las espin., t. 3. col. 4. § 2. n. 2.

2 Num. 8.

3 Luc. 10. 16.

4 Vido de S. Franc. de Sales in fine. Max. 27.

conviene contentarnos con saber de nuestro padre espiritual que vamos bien, sin querer saber en que razones se funda. Verdaderamente que es este un gran documento, el cual debe llenar de una santa confusion á aquellas personas escrupulosas que pretenden saber la razon de lo que les dice ó manda su padre espiritual. Otra máxima no menos digna de atencion podemos añadir á las precedentes, la cual es tambien de un Francisco, á saber, el de Asis, y es como una consecuencia de ellas. Decia este gran Santo que en medio de las tinieblas y de las perplejidades de esta vida, lo mejor es caminar á ciegas, descansando siempre en la divina providencia.

Esta misma ciega obediencia al padre espiritual en las dudas

9.

de conciencia han enseñado también todos los Doctores de la Iglesia y todos los Santos Padres. Valga por todos san Bernardo, el cual dejó escrito que todo lo que mandan los superiores con autoridad de Dios, debe tomarse del mismo modo que si lo mandase realmente el mismo Dios, supuesto que no conste de cierto que es pecado ¹. En fin, la obediencia á los sagrados ministros es el único remedio, ó á lo menos el mas seguro, que nos ha dejado Jesucristo para aquietar las dudas de conciencia, dispensándonos con esto un beneficio por el cual le debemos quedar sumamente agradecidos; pues á no ser ello así, ¿cómo podria jamás quedar perfectamente tranquila un alma escrupulosa? Qué

¹ San Bern. de Precept. et Disc. cap. 11.

tribulacion tan terrible la de los escrúpulos? ciertamente que ni las enfermedades, ni las persecuciones, ni ninguna otra de cuantas acrisolan la virtud de los que aman á Dios, tiene comparacion con ella. Por ella han pasado no obstante casi todos los Santos: una Teresa de Jesus, una Magdalena de Pazzis, una Fremiot de Xantal gimieron mucho tiempo bajo tan dura prensa. Y ¿cómo se quietaron todos ellos? no ciertamente de otro modo que con la obediencia. Ahora pues, ¿qué decís vos sobre esto? ¿Estais bien persuadida de que si hacéis la voluntad del confesor, estais segura de que vais bien, y hacéis la voluntad del Señor?

ALMA. Sí, Señor; estoy persuadida de ello: pero ¿porqué pues, ya que hace dos años que

le obedezco, no obstante: no halla ningun consuelo, ninguna devocion?

B. LIG. Eh bien! ahora conozco vuestro defecto, pues que decís no encontráis la paz que desea vuestro corazón. Decidme, hija: ¿qué es lo que buscáis vos? ¿Buscáis la voluntad de Dios, ó bien consolaciones y dulzuras espirituales? Si quereis ser santa; de hoy en adelante buscad solamente la voluntad de Dios, el cual os quiere santa sí, pero no consolada en esta vida. Si no experimentáis consolaciones, consolaos con la esperanza de tener con vos al que es el mismo consuelo y el mismo consolador. ¿Os lamentáis de que vos halláis seca y árida hace ya dos años? Y ¿qué compone esto si se compara con lo que han padecido

los Santos? Poned los ojos en una santa Francisca Fremiot, y la vereis sufrir una aridez de no menos que cuarenta años. Mirad á una santa Magdalena de Pazis, y la vereis que por el espacio de cinco años pasa por la fuerte legía de penas y tentaciones terribles, y al fin de ellos pide á Dios una gracia, y es la de que mientras dure su vida no le conceda ninguna otra consolacion sensible. Mirad á un san Felipe Neri, aquel Santo cuyo corazon era, digámoslo así, un volcan de amor al Señor; y le oireis que ya exclama: *Jesus mio, ¿por nunca os he amado; quisiera si verdaderamente amaros: ya dice otras veces: Aun no os conozco, Jesus mio, porque no os busco: ya añado, en fin: Yo quisiera amaros, Jesus mio;*

mas ¡ay! que no sé hallar el modo de hacerlo: yo os busco, y ¡ay de mí! que no os hallo. Así hablaban, hija mia, los Santos; y vos ¿estais tan espantada, y todo aturdida, porque os hallais árida y desolada, y no encontráis á Dios como quisiérais?

ALMA. Pero bien, ellos eran santos: mas yo ni siquiera sé si Dios me ha perdonado aun tantas ofensas con que le agravié, pues que tampoco sé aun si he tenido verdadero dolor de haberlas cometido.

B. LIG. Pero que, pregunto, ¿aun teneis complacencia de los pecados cometidos?

ALMA. Eso no: los detesto de veras, y los aborrezco, mas que á la misma muerte.

B. LIG. ¿Porqué temeis pues que aun Dios no os ha perdonado?

do! ¿Qué motivo tenéis para ello? ¿No sabéis que dicen los santos Padres que aquel que aborrece el mal que ha hecho, ya está seguro del perdón de Dios? Ello es cierto, dice santa Teresa, que aquella alma que está resuelta á padecer la misma muerte antes que ofender á Dios, está sin duda arrepentida de haber pecado contra su divina magestad. Decidme, ¿estais vos en el firme propósito de pasar por cualquier trabajo antes que perder la divina gracia?

ALMA: Sí, Padre mio: con los auxilios del Señor, estoy en la firme resolución de dejarme antes hacer mil pedazos, que cometer un pecado, aunque no sea mas que venial, con plena advertencia.

B. LIG. Y pues, siendo ello
9..

así, ¿porqué Dios os ha de aborrecer? Vos temeis que Dios os aborrece, y ¡ay cuan al revés! ; Ó si viéseis el amor que en esta misma hora os tiene! ciertamente que seria tan grande la consolacion que experimentaríais, que aquí mismo caeríais muerta. ¿No sabeis vos, hija mia, que Jesucristo es aquel Buen Pastor que del cielo bajó á la tierra á dar la vida para cada una de sus ovejas, y salvarlas á todas, aun á aquellas que voluntariamente se han extraviado de su rebaño? ¿Y como será posible pues que abandone á aquellas que le aman? ¿Cómo podrá abandonar á una oveja que está pronta á morir antes que darle el mas pequeño disgusto con advertencia?

ALMA. Pero ¿quizá si yo he consentido en algun pecado gra-

ve; y por eso Dios me ha abandonado?

B. LIG. No, no decís bien. El pecado mortal es un monstruo tan horrendo, que no es posible se halle en el alma y que ella no lo conozca. Ningun pecador que está en desgracia de Dios duda, regularmente hablando, sino que está cierto, de que ha perdido la divina gracia: y por esto es máxima cierta de todos los maestros de espíritu que cuando una persona que teme á Dios duda si ha perdido la divina gracia, es moralmente cierto que no la ha perdido, por lo mismo que por lo regular nadie pierde á Dios sin conocerlo ciertamente. Por esto siempre que vos estais en duda de si habeis perdido á Dios, estad cierta de que no habeis tenido la desgracia de perderlo.

ALMA. ¿Porqué pues me siento sin confianza?

B. LIG. Oid. La verdadera confianza debeis saber que no consiste en sentirla, sino en quererla. Decidme, ¿quereis confiar en Dios? pues si quereis confiar en él, ya teneis la confianza que tanto deseais.

ALMA. Pero ¿y dónde tengo yo amor á Dios?

B. LIG. Oid otra vez. En cuanto al amor de Dios se debe guardar la misma regla que en cuanto á la confianza. Tambien el amor está en la voluntad. Pregunto pues. ¿Quereis amar á Dios? pues sabed que ya le amais. Vos quisiérais la dulce consolacion de sentir esta confianza y este amor: mas Dios para mayor provecho vuestro no quiere que la tengais: contentaos

pues con tener confianza y amor, aunque no tengais el consuelo de sentirlo. Lo mismo os digo en cuanto á la fe: basta que querais creer cuanto la Iglesia os enseña, sin querer experimentar que realmente creéis. Ya vendrá un día en que desaparecerán las sombras, y se dejará ver la luz, que os consolará. Entre tanto estad contenta de estar en oscuridad, y de vivir dejada enteramente en las manos de la divina voluntad y misericordia.

Confortémonos al mismo tiempo con la Escritura santa. Dice Dios por Zacarías ¹ estas palabras: *Convertíos á mí, dice el Señor de los ejércitos, y yo me convertiré á vosotros.* Si queremos pues á Dios, dejemos las criaturas: volvámonos con el

¹ Zach. 1. 3.

amor hacia él, y él se volverá luego con el amor hacia nosotros. A todos nos dice aquellas palabras de consuelo ¹: *Venid á mí todos los que estais cargados de trabajos, y yo os reanimaré; yo os consolaré. Venid, (añade por boca de Isaías ²) venid y redargüidme, dice el Señor; si vuestros pecados fueren como la grana, quedarán blancos como la nieve. Llega, digámoslo así, su bondad hasta decirnos: venid pecadores, pero venid arrepentidos, y si yo no os perdono, reprendedme y tratadme de mentiroso: mas no, porque por negras que sean vuestras conciencias, yo con mi gracia las haré volver blancas como la misma nieve. Aun mas: va cerca del pecador, y como quien llora de*

1 Matth. 11. 23.

2 Is. 1. 18.

compasion su desgracia, le está diciendo ¹: ¿Y porqué morirás, casa de Israel? que es como si dijese: ¿y porqué os queréis condenar, hijos míos, teniéndome siempre tan pronto á salvaros, si recompreis á mí? Y si con tanta ternura, con tanto cariño y amor habla nuestro buen Dios á los pecadores obstinados, ¿será posible que aparte de sí á una alma que quiere amarle?

Pero vos decidme con sinceridad: ¿está vuestro corazón pegado á alguna cosa de la tierra? ¿Teneis algun apego desordenado á alguna persona, ó á algun mueble de los que usais, ó á la ropa que vestís? Porque atended lo que dice san Juan de la Cruz, á saber, que cualquier apego, cualquier hilo que os ate á las

¹ Ezech. 18. 31.

cosas de la tierra, puede impediros de volar á Dios, y de ser del todo suya.

ALMA. No, por gracia que me hace Dios: me parece que mi corazón no está pegado á cosa alguna de la tierra, de manera que por ella quiera cometer una falta deliberadamente: con todo yo me veo llena de defectos: me sabe mal el que me desprecien, y á veces me resiento de ello.

B. LIG. Y despues de este sentimiento ¿qué haceis?

ALMA. Me humillo, pido á Dios que me perdone, y propongo no caer mas, confiando en Jesucristo que me dará fuerza para cumplir este propósito: pero á pesar de todo ello me quedo toda espantada é inquieta, y entonces me parece que es imposible que me haga santa, y que por

lo mismo es una soberbia el pretenderlo.

B. me. Todo va bien, y continuad siempre así, menos el inquietaros; esto no, que no va bien: si cien veces, digámoslo así, caeis al dia, cien veces haced lo mismo, á saber, arrepentíos; proponed de no volver á caer con la ayuda de Dios, y confiad en Jesucristo, y despues quedaos tranquila. Y advertid que no es soberbia el esperar ser santo aun despues del defecto; antes bien seria defecto el desanimarse y perturbarse por haber caido, como si por haber hecho propósitos ya quedásemos seguros de que no caeremos mas. Humillaos pues, y confiad en Dios.

ALMA. Ya que Vd., Padre, usa conmigo de tanta caridad, tenga la bondad tambien de in-

dispar me algunos avisos con que consolarme en medio de mis angustias cuando no me será fácil hablarle personalmente.

B. N. Me parece bien. Yo os dió por escrito algunas reflexiones, aunque en confuso; simplemente y sin orden, que podreis leer cuando tendreis mas optimismo vuestro espíritu, las cuales os animarán á sostener el combate que debe soportar todo hombre que vive en este valle de lágrimas, sin exceptuar uno, hasta la muerte.

La primera cosa que os encargo, es que obedezcáis exactamente á vuestro director; estad atenta á obedecerle en todo aquello en que no conozcáis hay ya pecado. Tened presente lo que dice santa Teresa, como os he explicado ya; á saber, que

haciendo lo que nos ordena el confesor, sea con pena ó sea sin ella, estamos seguros de que hacemos la voluntad de Dios. Escribe san Bernardo que el remedio mas eficaz contra los escrúpulos es sujetarnos al juicio de nuestra guia, ya que Dios mismo ha puesto este remedio, para que aquel que en sus dudas no puede aquietarse con su propio juicio, se aquiete con el juicio del director; pues que aunque él puede errar, como piensan los escrupulosos, no obstante no errarán ellos obedeciéndole, ya que es la guia que les ha dado Dios.

2.ª Luego despues quando os sobreviene alguna cosa contraria, estad atenta á recibirla, sea qual sea, como venida de la mano de Dios; especialmente quando os halleis enferma, obedeced pun-

tualmente abrumado, tomando los remedios que os prescriba; hacelle presentes los dolores que sufrís sin exageracion, y despues quedaos quieta. No procureis pedir que se apiaden de vos aquellos que tengan la caridad de visitaros; y si alguno manifiesta á favor vuestro una compasion excesiva, respondedle, como decia Jesucristo: *El cáliz que me dió mi Padre, ¿no lo beberé?*¹ Decidle: este mal Dios es quien me lo envia, y me lo envia, no porque me quiera mal, sino porque me quiere bien; y ¿yo no lo aceptaré con paz? En tiempo de enfermedades es cuando se conoce si una persona es espiritual ó no. Algunas personas devotas hay que cuando están con salud son todo dulzura y ha-

¹ Joan. 18. 11.

mildad; mas luego que les acomete algun mal, se vuelven impacientas y soberbias, y se quejan de todos, mayormente si no se les sirve ó no se les ministran los remedios con toda puntualidad. Cuando pues estareis enferma, sufridlo todo sin quejaros. En las cosas mas contrarias decid con el santo Job: *Se ha hecho como Dios ha querido, bendito sea su santo nombre*. Estad tambien atenta á sufrir los desprecios que hagan de vos sin dar muestras de resentimiento: qué señal tan verdadera de ser una persona humilde el recibir los desprecios con paciencia!

3.^a A mas de esto, ensanchad vuestro corazon, y llenaos de una viva confianza en Jesu-cristo, que es todo bondad en

gracia de aquel que le busca: *Bueno es el Señor para el alma que va en busca suya. Nadie ha puesto jamás su confianza en Dios que se haya visto de él abandonado* ¹. *Él se hace contradicho aun á aquellos que no le buscan*, como dice san Pablo ² citando á Isaías: ¿cuánto mas fácilmente pues se dejará hallar de aquel que lo va buscando? Por lo mismo guardaos bien de hoy en adelante de decir que Dios os ha abandonado: al Señor no abandona sino á los pecadores obstinados, que quieren vivir en el pecado; y aun á estos no los abandona desde luego, sino que siempre va cerca de ellos socorriéndoles con algunas luces para no verlos perdidos.

4.^a Asimismo, cuando una

¹ Eccle. 2. 11.

² Rom. 10. 20.

alma desea de veras amar á Dios, no puede menos que ser amada de él, pues que él mismo lo ha protestado así con aquellas palabras: *Yo amo á los que me aman* ¹. Y cuando se estande de estas almas que le aman, no lo hace sino para su mismo provecho, para que así las vea mas solícitas de hallar su gracia, y de unirse mas estrechamente con él. Notad lo que decia santa Catalina de Génova quando se sentia muy árida, de manera que le parecia que Dios la habia abandonado, y que ya no tenia que esperar con él: *¡Qué feliz soy decia ella, en un estado tan deplorable! hállese mi corazon entre tribulaciones, mientras que mi amor sea glorificado. Amado Redentor mio, si de este mi*

¹ Proverb. 18. 17.

*infeliz estado os ha de redan-
dar aunque no sea mas que una
porcioncita de gloria, yo os pi-
do que me dejeis perseverar en
él por toda la eternidad. Y ha-
blando así, se desahucia en lágri-
mas en medio de su desolacion.*

*-05.ª Sabed que las almas aman-
tes del Crucificado en el tiempo
de desolacion es cuando se unen
mas estrechamente con Dios en
su corazon. Ninguna cosa obliga
tanto á buscar á Dios como la de-
solacion; y ninguna cosa atrae
tanto á Dios al corazon como la
desolacion; pues que en aquel
triste apuro los actos de confor-
midad con la voluntad de Dios
son mas puros y mas perfectos;
y por lo mismo cuanto es mas
grande la desolacion, tanto mas
crece la humildad, tanto mas pu-
ra es la resignacion, tanto mas*

pura la confianza, tanto mas puras las súplicas á Dios; á lo que se sigue que son tanto mas abundantes las gracias y los socorros divinos.

6.^a Para caminar á la perfeccion atended sobre todo al ejercicio del divino amor: el solo amor de Dios es el que en llegando á emposesionarse de nuestro corazon, lo despoja de todo afecto desordenado. Por lo tanto procurad repetir á menudo actos de amor divino, diciendo: *Dios mio, yo os amo, yo os amo; sí, yo os amo, Dios mio; y confio morir diciendo, yo os amo, Dios mio.* Dicen los Santos que una alma no debe menos amar que respirar.

7.^a A mas de lo dicho, en el tiempo de la oracion ofreceos sin reserva repetidas veces á Dios.

Decidle de corazon: *Jesus mio, sin reserva alguna me entrego toda á Vos. Quiero ser toda vuestra, toda, toda: y si yo no sé entregarme á Vos como debiera, prendedme Vos mismo, Jesus mio, y hacedme toda vuestra.* Santa Teresa cada dia se ofrecia toda á Dios cincuenta veces; y esto mismo lo podeis practicar vos. Dadle pues siempre vuestra voluntad, diciéndole muchas veces con san Pablo: *Señor, ¿qué quereis que haga* ¹? Este solo acto bastó paraque san Pablo de un perseguidor de la Iglesia se viese convertido en un vaso de eleccion. Decidle con frecuencia como David: *Enseñadme, Señor, á cumplir vuestra voluntad* ². Al logro de esta gracia dirigid todas las oraciones que

¹ Act. 9. 6.

² Psalm. 142. 10.

hagais á Dios, á la Virgen santísima, al Ángel de vuestra guarda, y á todos los Santos que tenéis por abogados. En fin, esta sola expresión, *hágase vuestra voluntad*, os sirva de remedio en todos vuestros males.

8.^a En las ocasiones en que os sintais mas árida, ejercitaos en actos de complacencia, alegrándoos de veras de que goza de un gozo infinito aquel Dios á quien amais: este es el acto de amor mas perfecto que ejercitan en el cielo los bienaventurados; los cuales no tanto se complacen de la bienaventuranza que ellos gozan, como de la que goza Dios, pues que aman á este Señor inmensamente mas que á sí mismos.

9.^a En cuanto al sugeto de vuestra oracion, no dejeis, os digo, de meditar la pasion de Jesu-

cristo. Jéscristo que padece por nuestro amor, es el objeto que con mas eficacia atrae nuestros corazones. Al meditar los misterios de la pasion, si el Señor os favorece con alguna ternura, recibidla con accion de gracias: pero si algunas veces no experimentais ternura alguna, con todo advertid que tambien sacará vuestra alma gran socorro de aquella oracion. Id con especial frecuencia al huerto de Getsemaní, como lo hacia santa Teresa diciendo que allí lo encontraba solo: y al contemplarle tan afligido, que agoniza, que suda sangre, que dice que está triste, que su tristeza basta á darle la muerte, hallareis vos aliento y consuelo en medio de vuestras aflicciones, viendo que todo aquello lo sufre él por vuestro amor. Y

al ver á Jesus que se prepara para morir por vos, aparejaos tambien vos á morir por él; y cuanto mas os veais afligida y angustiada, decid entonces lo que santo Tomás Apóstol á los otros discípulos: *Vamos tambien nosotros y muramos con él* ¹: muramos con Jesus, que murió por nosotros.

10.^a Subid al Calvario, y allí le encontrareis espirando en una cruz, acabando la vida á la violencia de los dolores; y contemplándole en un estado tan lastimoso, ¿será posible que no quedeis confortada para sufrir sin queja cualquiera pena por un Dios que muere de dolor por vuestro amor? San Pablo protestaba que él no sabia ni queria saber otra cosa en esta vida que á Jesus cru-

1 Joan. 21.

cificado ¹. Dice san Buenaventura que el que quiere tener una continua devocion á Jesucristo, debe con los ojos de la mente mirarle moribundo en la cruz. En todos vuestros temores mirad pues al Crucificado, y tomad coraje, y animaos á padecer por su amor.

11.^a Os encomiendo sobre todo la oracion: y cuando no supiéseis decir otra cosa, bastará que digais: *Señor, ayudadme; ayudadme, Señor; venid presto á ayudarme*. Ya sabeis que esta misma oracion la Iglesia santa la hace repetir tantas veces en el rezo del oficio divino á todos los sacerdotes y religiosos: y san Felipe Neri enseñaba á decir la como una especie de corona hasta sesenta y tres veces. El

1 1. Cor. 2. 2.

Señor ha prometido que nos dará cuanto le pidamos. San Bernardo quedaba pasmado cuando pensaba que diciendo los hijos del Zebedeo á Jesucristo: *Maestro, queremos que nos concedas todo lo que te pidamos*, él les contestó, *¿qué quereis que os conceda* ¹?

12.^a Y todas las gracias que pidais á Dios, pedídselas siempre en nombre de Jesucristo. Por sus méritos recibimos todo cuanto recibimos de Dios. Nuestro mismo Redentor nos tiene prometido que todo cuanto pidamos á su Padre en nombre suyo, nos lo concederá ². Cuando pues os viene temor de que Dios no os quiera condenar al infierno, pensad luego si será posible que tenga voluntad de condenaros el que

1 Matth. 10. 36.

2 Joan. 16. 23.

os ha dicho, *pídeme lo que quieras, y te lo daré.*

13.^a Pero ¿y porque por veros desolada habeis de pensar que Dios os aborrece? No solo no debeis afligiros por ello, sino que antes bien os debe servir de consuelo y satisfaccion el ver que Dios os trata como á las almas que mas estima entre sus siervos, y lo que es mas, como trató á su mismo Hijo, del cual dice la Escritura santa que quiso el Señor consumirle con trabajos ¹; lo quiso ver consumido y oprimido bajo la prensa de dolores y padecimientos.

14.^a Cuando os atormente el pensamiento de que Dios os quiere abandonar á causa de vuestras ingratitudes, tened presente lo que hicieron aquellos dos Dis-

¹ Isa. 53. 10.

cípulos con quienes se acompañó Jesucristo en traje de peregrino cuando iban á Emmaus: al acercarse á aquel lugar hizo el Señor como que queria pasar adelante; mas ellos dice el Evangelio que le forzaron á detenerse, diciéndole: *Quedaos, Señor, con nosotros, pues que se hace ya de noche*; y entonces él se dignó entrar á aquella casa y quedarse en su compañía. Así lo refiere san Márcos ¹. Ved ahí lo que habeis de practicar vos. Os parecerá que el Señor quiere dejaros; obligadle vos á que no se mueva: *quedaos conmigo*, decidle: Jesus mio, no quiero que me dejes: si Vos me dejais, ¿á quién debo acudir paraque me consuele y me salve? ¿á *quién iremos, Señor?* como decia san Pedro ²:

¹ Marc. 10. 28 y 29. ² Joan. 6. 69.

y continuad á hablarle de esta manera , con amor y con ternura , y no temais que ciertamente no os dejará. No os pareis aquí, decidle tambien con el Apóstol: *Ni la muerte, ni la vida, ... ni criatura alguna podrá jamás apartarme del amor á mi Dios*¹. Sí, Salvador mio; mostraos indignado contra mí cuanto querais; sabed que ni el temor de la muerte, ni el amor de la vida, ni criatura alguna del mundo podrá jamás separarme de vuestro amor. Ó bien, decid lo que en cierta ocasion san Francisco de Sales, el cual cuando jovencito hallándose árido un dia y desolado, viendo que el demonio aprovechaba esta ocasion oportuna para perturbarle; procurando sugerirle que estaba destinado al

1 Rom. 8. 38 y 39.

infierno, le respondió estas memorables palabras: *Ya que no podré amar á Dios en la eternidad, quiero amarle á lo menos en esta vida, y amarle cuanto pueda: y con esta respuesta recobró la alegría.*

15.^a Por lo demas siempre que tengais intencion de amar á Dios, dilatad vuestro corazon: *Dilata tu boca, dice Dios ¹, y yo te la llenaré;* que es decir que cuanto mas esperaremos de Dios, tanto mas recibiremos de él. Él mismo nos ha asegurado que llena de favores á aquellos que confían en él: *Él es el protector*, dijo David ², *de los que esperan en él.* Y cuando vos pensais que tal vez no os siente, figuraos entonces que os reprende, y que os dice como á san

1 Psalm. 80. 11.

2 Psalm. 17. 31.

Pedro: *Hombre de poca fe, ¿porqué dudaste ¹?* Porqué temes que yo no te oiga, sabiendo la palabra que he dado de oír á quien me ruega? Por eso mismo que quiere oírnos, quiere que creamos que nos oirá cuando le pidamos las gracias: *Todo lo que me pidiéreis en vuestras oraciones, creed que lo recibiréis, y os sucederá como deseais, nos dice por san Márcos ².* Notad las palabras *creed que lo recibireis*: conviene pues pedir las gracias con cierta confianza, sin titubear, como nos lo advierte Santiago ³. Tratando con un Dios tan bueno, llenaos de confianza, y apartad de vos la melancolía. Aquel que sirve á Dios y está triste, en lugar de hon-

¹ Matth. 14. 31.

³ Jac. 1. 6.

² Marc. 11. 24.

rarle, antes bien le deshonra. Dice san Bernardo ¹ que aquel que se representa á Dios áspero y severo, le hace agravio, pues es la misma bondad y misericordia. ¿Cómo podreis dudar, dice el Santo, de que Jesucristo os perdone los pecados, si con los mismos clavos de sus manos los ha enclavado en la cruz donde murió por vos?

16.^a Dios declara que tiene sus delicias en estar con nosotros: *Mis delicias*, dice ², *son estar con los hijos de los hombres*. Si pues las delicias de Dios son tratar con nosotros, justo es que todas nuestras delicias sean tratar con Dios. Y este pensamiento debe animaros á tratar con él con toda confianza, procurando pasar todo el tiempo que

1 Bern. Cant. serm. 28. 2. 2 Prov. 8. 31.

os resta de vida con este nuestro buen Dios, que tanto nos ama, y de cuya compañía esperamos gozar en el cielo por toda la eternidad.

17.^a Tratémosle pues con toda confianza y amor, como al amigo que mas nos aprecia, y á quien mas apreciamos. ¡Oh! muchas almas escrupulosas tratan á Dios como á un tirano que no exige de sus súbditos otra cosa que pavor y temor; y por esto temen que á cada palabra que les escapa inconsideradamente, que á cada pensamiento que les pasa por la mente, ya se llena de cólera, y ya quiere precipitarlas al infierno. No, Dios no nos priva de su gracia sino cuando á ojos abiertos y deliberadamente la despreciamos, y queremos volverle las espaldas. Y

cuando le damos algun ligero disgusto con algun pecado venial, es verdad que este le desagrada, mas no por esto nos priva de aquel amor que nos tenia; y por lo mismo con un acto que hagamos de arrepentimiento ó de amor, desde luego se aplaca.

18.^a Su infinita Magestad merece, no hay duda, todo respeto y toda humillacion: con todo en cuanto á aquellas almas que le aman, mas le agrada que le traten con una amorosa confianza que no con una tímida sujecion; y por esto vos no le trateis mas como á tirano. Tened presentes las gracias que os ha hecho, aun despues de haberle ofendido y haberle sido tan ingrata: no olvidéis los medios amorosos de que se valió para arrancaros de vuestra vida desordenada, las luces

extraordinarias que os dió, y con que tantas veces os llamó á su amor: y por lo tanto de esta hora en adelante tratad con Dios con gran confianza y ternura, como al objeto mas amado que tenéis. Pasemos adelante.

19.^a No ocurre cosa especial que encomendaros en cuanto á la frecuencia de sacramentos, pues vos ya los frecuentáis. Confesaos á lo menos dos veces á la semana, y si tanto no podeis á lo menos una. En cuanto á las comuniones no os apartéis de lo que prescriba el director: pero aunque os sintais árida, por eso no dejeis de pedirle la licencia para comulgar; porque los directores en cuanto á permitir mas ó menos comuniones se rigen tambien por el deseo de comulgar que ven en el penitente. Si él ve

que no la pedís, ni manifestais que la deseais, rara vez os dirá por sí mismo que comulgueis: y cuando no podais comulgar realmente, suplid con la comunión espiritual, que podeis hacer con frecuencia, y que conviene hagais muchas veces cada día.

Sean en fin continuamente los objetos mas caros de vuestro amor estos dos grandes misterios del Sacramento del altar y de la pasión de Jesucristo. Si el amor de todos los corazones se reuniese en un solo corazón, ciertamente que ni entonces podria este corresponder ni siquiera á la mas mínima parte del amor que nos ha manifestado Jesucristo en estos dos misterios de la Pasión y del santísimo Sacramento del altar. Procurad pues en el tiempo que os queda de vida amar y confiar:

y cuando os halleis en aflicciones y angustias, no os congojeis; pues ellas son señales del amor que os tiene Dios, no de que os aborrezca. En confirmacion de esta verdad quiero al concluir este pequeño tratado ponerlos á la vista el ejemplo de santa Liduina, la cual padeció tanto, y se vió tan afligida y atribulada, que no sé si se lee cosa igual en la vida de los demas Santos.

Nació de pobres padres en una tierra de Holanda que se llama Scedan. Un dia, siendo aun jovencita, caminando sobre hielo, cayó y se rompió una costilla. No cuidando de curarla sus padres á causa de su pobreza, se le formó sobre la costilla rota una apostema, la cual, abriéndose paso, le inficionó todo el cuerpo, y de resultas ella quedó paraliti-

cada. Sus padres la abandonaron sin cuidar de que se le aplicasen remedios, y la pobre doncella llena de dolores quedó tullida de todos los miembros, menos de la cabeza y del brazo izquierdo. El brazo derecho se le hizo inútil, porque se le cubrió del mal que llaman *fuego de san Antonio*, el cual le royó hasta los huesos: y en medio de tantas dolores ni siquiera se atrevía á hablar de ellos á sus padres, por temor de no verse atropellada con injurias.

Su cabeza estaba atormentada de continuos y agudos dolores: en la frente tenía una grande llaga; y la barba la tenía medio abierta hasta la boca, y llena de sangre cuajada, que la impedía de hablar y de comer. El uno de los ojos se le habia entrado dentro, y el otro estaba tan lle-

no de humores malignos, que no podia soportar la luz del sol, y casi ni la de un velon. Sentia tales dolores de dientes, que la reducian á punto de morir. Pade-
cia tambien un continuo flujo de sangre, cuando por la boca, na-
riz y ojos, y cuando por las ore-
jas. Tenia en la garganta una an-
gina que casi no la dejaba respi-
rar. La atormentaba una conti-
nua calentura, y padecia un vó-
mito continuo, que la hacia echar
gran cantidad de agua mezclada
con sangre, siempre que tomaba
alimento, por poco que fuese.
Era á un mismo tiempo hidró-
pica y tísica, y se veia faltada de
lo necesario, y sin ayuda alguna.
Si alguna vez alguna persona
compasiva le daba alguna medi-
cina, no servia esta sino para
doblarle el martirio; con todo la

tomaba obediente como una corderilla, sin quejarse de nada. Sus padres porque se veían pobres y estaban fastidiados de tantos males prorumpían en quejas contra ella, y le decían que no había nacido sino para su tormento, y para gastar lo poco que tenían, y que mejor era que se la llevase la muerte. Lloraba ella; pero no por sus males, sino por la incomodidad y molestia que causaba á los demas.

Como no podia moverse, tenia que estar echada siempre boca arriba, y de ahí provino que se le pudrió la parte de detrás; de manera que la piel estaba pegada al lecho, es decir á aquellas pobres pajas sobre que estaba abandonada, á las cuales quedaba unida siempre que procuraba levantarla alguna persona movi-

da á compasion, y el cuerpo quedaba como desollado. En suma, ver aquella pobre doncella de quince años, que apenas respiraba sobre aquella cama, era casi lo mismo que ver un cadáver sobre el féretro. Y de esta manera, en un estado tan infeliz, vivió esta santa Virgen por el largo espacio de treinta y ocho años, siempre resignada á la voluntad del Señor. A tantos dolores ha de añadirse el mal trato de cuatro soldados insolentes, que habiendo entrado un dia en su estancia, despues de haberla llenado de injurias, hasta decirle atrevidos que era una hipócrita y una hechicera, y que con el tiempo ya se llegaria á saber quien era ella, le robaron la pobre manta de lana que cubria su cuerpo medio muerto, y antes de partirse

le dieron de palos, y aun la hirieron con el sable.

Pero no pararon aquí los trabajos de la paciente Liduina. A tantos males exteriores se añadian unas desolaciones interiores que la afligieron por algun tiempo; pues que Dios, á fin de purificarla principalmente, portándose con esta sierva suya como suele portarse con las almas que mas aprecia, retiró de ella su asistencia sensible, y la pobre se vió destituida de aquella amorosa confianza que tenia en él; y el demonio entonces la atormentaba fieramente, y le decia que tantos males de que se veia oprimida, eran una señal cierta de que el Señor la habia abandonado, y de que moriria desesperada. Pero no por eso se desalentaba ella: aunque apretada con

tantas enfermedades y con tantas angustias internas, todo lo sufría con resignacion, bendiciendo á Dios que así la trataba; y á fin de aplacarle se ciñió un cilicio de cerdas, que se le metian dentro sus carnes llagadas.

Vivió la Santa en aquella desolacion por el espacio de cuatro años; y ella lo sufría todo resignada á la divina voluntad, y bendiciendo siempre á Dios que la trataba de aquel modo: unia todos sus sufrimientos con los que soportó Jesucristo en su passion; y animada de esta manera sostuvo por todo aquel tiempo tan horrible tempestad. Mas despues Dios cuidaba de consolarla; y aunque ella continuaba á sentir sus dolores, era de manera que decia: *Cuando yo miro á mi Señor Jesucristo pendiente*

de una cruz, ya no siento mas penas. Mis dolores me hacen levantar la voz, mas mi corazon me hace decir: Jesus, amor mio, aumentad las penas, pero aumentad tambien el amor. A los que la compadecian les decia: Todo mi mal es nada, pues estoy en manos de una bondad infinita, cual es mi Dios, que tiene entrañas de piedad mas que ningun padre ni madre.

ORACION

de una alma amante desolada.

Mi Jesus crucificado: Vos sabeis bien que por vuestro amor he dejado todas las cosas: mas despues que Vos me habeis hecho dejarlo todo, ¡ay! que hallo que tambien Vos me habeis de-

jado á mí. Pero ¿qué digo, amor mio? ah! apiadaos de mí, Señor, que no sé lo que profiero, y mi debilidad es la que me hace hablar así. Yo de mí misma merezco todas las penas, á causa de tantas faltas que he cometido. Vos me habeis dejado, como yo lo tenia merecido, y me habeis privado de aquella amorosa asistencia con que tantas veces me habíais consolado: con todo por mas que me vea desconsolada y abandonada de Vos, os protesto que no obstante quiero amaros y bendeciros siempre. Con tal que no me priveis de la gracia de poder amaros, tratadme como querais. Yo os diré como os decia aquella estimada esclava vuestra: *yo os amo por mas que me vea enemiga á vuestros ojos: apartadme de Vos cuanto querais, yo*

siempre os seguiré. Señor, no me priveis de Vos, y despues privadme de todo, si así lo quereis. Amor mio, atraedme hácia Vos, y nada me importa que me priveis del consuelo de conocerlo: atraedme con fuerza, y arrancadme del lodazal de mis defectos. Subvenid á vuestra esclava, que redimisteis con vuestra sangre preciosa. Yo quiero ser toda vuestra, cueste lo que costare; yo quiero amaros con todas mis fuerzas. Mas ¿qué puedo yo de mí misma? Vuestra sangre es mi esperanza. Madre de Dios y refugio mio, María, en todas mis tribulaciones no me dejeis, ni ceseis de rogar por mí. Primeramente en la sangre de Jesucristo y despues en vuestras súplicas pongo la confianza que tengo de mi salvacion eterna. En

*Vos, Señora, he esperado, os
diré con san Buenaventura, no
quedaré confundida eternamen-
te. Alcanzadme la gracia de amar
siempre á mi Dios en esta vida,
y despues en la eternidad, y na-
da mas os pido. Amen.*

**VIVA JESUS NUESTRO AMOR, Y VIVA
MARÍA NUESTRA ESPERANZA.**

AMEN.

PARA ACERCARSE

A LOS SANTOS SACRAMENTOS

DE LA

PENITENCIA Y EUCARISTÍA.

DESEOSO de acercarme otra vez al sacramento de la Penitencia; con cuya institucion inapreciable se dignó favorecernos vuestra bondad, os doy en primer lugar las mas afectuosas gracias, amabilísimo Jesus mio, por la piadosa dignacion con que tantas veces me habeis admitido á él. Siempre amoroso, siempre con los brazos abiertos para abrazar á este hijo pródigo, pronto siempre Vos á olvidar enteramente mis iniquidades, yo confio que

me habeis perdonado las de mi vida pasada. Yo con todo las detestaré de nuevo á los piés del venerable Ministro, y sujetaré con confianza á las llaves de la Iglesia las que hallaré tal vez haber cometido desde la última confesion. No permitais, Salvador mio, que este Sacramento de perdon me sea ocasion de caer en nuevos pecados; antes bien favorecedme con vuestra gracia, paraque tenga la dicha de acercarme á él siempre bien preparado. Alcanzádmela, Virgen santísima, mi dulcísima madre, Vos á quien con tanta razon aclama *refugio de los pecadores* la Iglesia santa: Así sea.

Antes del exámen.

Lo repito: Vos estais pronto á perdonarme, Dios mio, si yo

hago una ingenua confesion de mis flaquezas á vuestro Ministro, y ya estoy pronto á hacérsela humillado á sus piés, confiando en los auxilios de vuestra gracia. Pero ¿cómo podré yo confesarlas debidamente, si no procuro examinar antes seriamente en que he faltado? Esta es la ocupacion importante á que voy á dedicarme en esta ocasion. A este fin me he separado del bullicio de las criaturas, y he buscado mi retiro en este solitario lugar. Vos, Dios mio, que me habeis llamado á él, dignaos iluminar mi entendimiento paraque sepa conocer las faltas en que haya caido, y hablarme al corazon paraque sepa detestarlas. Conozca en primer lugar y deteste de veras las faltas graves, si en alguna he tenido la desgracia de caer; y co-

nozca y deteste tambien de veras las veniales, que tan fácilmente cometo; pues que por ligeras que parezcan, no dejan de ser cada una de ellas una ofensa contra Vos, Dios mio, Dios infinitamente amable, Dios de infinita grandeza y magestad. Conozca aun mas: si he hecho todas las obras buenas que podia hacer; y si las que he hecho, las he hecho con la debida pureza de intencion; no por vanidad, no por un sórdido interés ó por algun respeto humano, sino con la viva y pura intencion de agradaros á Vos, ¡ó Dios siempre dignísimo de todo nuestro amor! Conozca en fin el verdadero estado de mi alma. Virgen santísima, dulcísima madre mia, alcanzadme á este fin de vuestro divino Esposo la luz que necesito. Dignaos dispensármela,

¡ó dispensera de las gracias del Altísimo! que despues de él todas mis confianzas están en vuestro poderoso patrocinio: Así sea.

Despues del exámen.

Con todo el afecto de que soy capaz agradezco, Señor y Dios mio, los auxilios que habeis tenido la bondad de dispensarme para sondear los escondrijos de mi corazon y conocer el estado de mi pobre alma. ¡Ay de mí! ¡y cuán infiel soy en el cumplimiento de vuestra ley santa! de esa divina y siempre adorable ley, toda justicia y equidad, que Vos mismo os dignásteis grabar en el corazon del hombre! Ahora que tengo presentes mis infidelidades, no puedo menos que detestarlas desde luego; no espe-

raré para ello la hora de confesarlas. Desde luego, Dios mio, aquí mismo, postrado aun á vuestras plantas, confieso, Padre, que he pecado contra el cielo y en vuestra presencia, y que no soy digno de llamarme hijo vuestro, ó á lo menos que soy un hijo el mas infiel y desagradecido: pero no por eso habeis dejado Vos de ser mi padre: padre mio sois, y padre el mas amoroso y compasivo, padre todo ternura, todo cariño y bondad. Yo confio, Señor, que tambien en esta ocasion me perdonareis. Aceptad piadoso la confesion que hago ahora de que he pecado, y aceptadla tambien cuando la repetiré humillado á los piés del venerable Ministro del Sacramento de perdon. Aceptadla obligado de vuestra bondad, y dadme gracia siem-

pre mas y mas para conocer la malicia de mis pecados, y para llorarlos amargamente con lágrimas hijas del mas vivo dolor. Virgen santísima, dulcísima madre mia, Vos que sois el refugio de los pecadores, dignaos alcanzar esta gracia á un pecador que tan vivamente confia en Vos: Así sea.

Antes de la confesion.

No para explicar virtudes que no tengo, sino para confesar pecados que realmente he cometido, acudo, Dios mio, al sagrado tribunal. A Vos, que todo lo veis, y que escudriñais hasta los mas ocultos escondrijos del corazon humano, son notorias no solo mis acciones y palabras, sino tambien mis deseos é intenciones: á vues-

tro Ministro, que las ignora, voy á hacerle patentes las que no hayan sido arregladas á vuestra ley santa. Yo me confesaré reo, Dios mio, y Vos me perdonareis. Yo confesaré ingenuamente que he tenido la desgracia de ofenderos, á Vos que sois mi padre, mi criador, mi redentor, mi adorable bienhechor: procuraré arrepentirme á lo menos porque me podeis castigar, y propondré de veras la enmienda: vuestro Ministro me dispensará el beneficio de la absolucion, y Vos tendreis la bondad de ratificar en el cielo la sentencia que sus labios pronunciarán acá en la tierra. Vos habeis prometido el perdon al que confiesa sus pecados arrepentido, y vuestra palabra se cumplirá infaliblemente. Dad, Señor, luz á mi entendimiento para conocerlos, y

dad á mi lengua palabras para confesarlos : ablandad y compungid mi duro corazon , paraque de veras sepa aborrecerlos : auxiliadme para ello con vuestra gracia, sin la cual sé bien que nada puedo. Haced en fin que como al Real Profeta David salga del fondo de mi corazon arrepentido un *he pecado*, paraque el Ministro de este Sacramento de perdon pueda decirme con confianza *el Señor te ha perdonado*. Vírgen santísima, dulcísima madre mia, dignaos interceder por este pecador , y alcanzadme de vuestro Hijo la gracia que acabo de pedirle : Así sea.

Despues de la confesion.

Vos habeis jurado , Dios mio, que no quereis la muerte del pecador , sino que reconozca sus

miserias, se convierta y viva. Vos
 habeis dicho por boca de vues-
 tros Profetas que en cualquier ho-
 ra que se convierta el pecador,
 olvidareis sus pecados, y que los
 echareis al fondo del mar, y los
 hareis desaparecer como desapa-
 recen las nubes, para no acorda-
 ros más de ellos; y que no le da-
 ñarán por muchos que hayan si-
 do. Vos habeis añadido por boca
 de san Gregorio que una vez con-
 vertido el pecador le tratais con
 el mismo cariño que si nunca hu-
 biese pecado. El día en fin de la
 conversión de un pecador es el
 día de la alegría de vuestro cora-
 zon; y el cielo la celebra con mas
 júbilo que la perseverancia de no-
 venta y nueve justos. Aquí te-
 neis, Dios mío, postrado aun á los
 piés de vuestra soberana Mage-
 stad, un pecador que ha recono-

cido sus infidelidades, y las ha
 confesado ingenuamente al vene-
 rable Ministro. Yo las he detes-
 tado con vivo dolor, y he pro-
 puesto de veras la enmienda: to-
 do ha sido con los auxilios, que
 agradezco, de vuestra gracia. Ol-
 vidad pues, Dios mio, todas mis
 iniquidades: echadlas al fondo
 del mar, y no penseis mas en
 ellas, ó á lo menos no sea sino
 para perdonármelas siempre mas.
 Sea este dia un dia de alegría pa-
 ra vuestro corazon, y para todos
 los ciudadanos de la gloria. No
 me sean en adelante mis peca-
 dos ocasion de algun daño; antes
 bien ellos mismos exciten siem-
 pre mas mi corazon á amar con
 el debido fervor á un padre tan
 piadoso, á un padre que yo mis-
 mo tanto mas experimento mise-
 ricordioso y compasivo cuanto

mas he pecado. Tratad en fin, dulce Jesus mio, á este arrepentido pecador con aquel amoroso cariño con que tratábais á los pecadores arrepentidos en los dias de vuestra vida mortal, y dadme siempre mas y mas vuestra gracia, paraque no muera, sino que antes bien viva, y viva para celebrar vuestras misericordias sin número por toda la eternidad. Así sea, santísima Virgen María, dulcísima madre de Jesus y mia, en cuyo poderoso patrocinio descanse confiado mi corazon.

Antes de la comunión.

Te acercas, en fin, alma mia, á la mesa santa del Señor. Está preparado ya el divino convite, aquella cena grande á que te llama el gran padre de familias, y

tú vas á tomar asiento en él. Ya está esperándote el Cordero sin mancha que ha de ser tu comida; los Ángeles le rodean postrados ante el sagrado tabernáculo. Mas ay! ¡*O profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios!* ¡*O finezas incomprendibles, ó excesos inexplicables los del divino amor!* Un Dios... ¿y qué podrá decirse jamás de tan grande?... un Dios, el mismo Dios, Dios de infinita magestad y grandeza, quiere esta mañana hacerme un favor que nunca se ha dignado dispensar ni al mas encumbrado de los Serafines: á impulsos de su bondad quiere venir á habitar dentro mi pecho, y á unirse íntimamente conmigo, tan miserable criatura que soy. ¡Qué dignacion! Ah! páreceme que oigo ya á los Ánge-

les del cielo que me están convi-
dando, y me dicen con una san-
ta envidia: *Mira que viene el
Esposo; sal á recibirle con
lámparas de caridad, con el co-
razon abrasado todo de amor.*
¡Ó qué favor tan sin igual es
este! Verdaderamente que con
gran razon la enamorada santa
María Magdalena de Pazzis lla-
maba el *día del amor* al día de la
comunión; pues que él es el día
en que nuestro buen Jesus nos da
á ver con especialidad los últimos
excesos de su tan ardiente cari-
dad para con los hombres, á quie-
nes, *habiéndoles amado siempre,*
al fin de su vida les manifestó
principalmente su amor. Ea,
¿qué haces pues, alma mia? ¿Có-
mo no te derrites toda en amor
á vista de tanto amor? ¿Cómo á
lo menos no te humillas, y no te

anonadas, y no reconoces cuán indigna eres de tan grande favor? Prepárate á lo menos con todo el fervor que puedas; sea diligente y devota tu preparacion, pues vas á recibir no menos que al mismo Dios. Pero ¿y dónde está, alma mia, tu santidad? ¿dónde la pureza de corazon? ¡Ay de mí! á Moisés para acercarse á ver el prodigio de la zarza que ardia sin consumirse, le mandó Dios que se quitase el calzado de los pies: á los Apóstoles antes de acercarse á esa misma mesa santa quiso el Redentor lavarles él mismo los pies con sus propias manos: y yo ¿me atreveré á acercarme á la mesa eucarística, á ese mismo sagrado convite, teniendo ensuciado el corazon con tantos pecados? ¡Ah Señor! permitidme que atónito, lleno de una santa admira-

cion, os pregunte con el serafin Francisco: ¿Quién soy yo, y quien sois Vos? ¿quién soy yo que he de recibiros á Vos, mi Dios y Señor, y quien sois Vos que habeis de ser recibido de mí? de mí, que soy un vil gusano de la tierra, un ingratisimo pecador? Ah! yo me confundo al solo pensar en ello; y ciertamente que nunca me atreveria á acercarme á ese altar sagrado, si Vos mismo dulce Jesus mio, no me convidáseis con tanta bondad, con expresiones de tanto amor. Ah! *venid*, nos decís obligado de vuestro amor, *venid y comed mi pan*, este pan de Angeles, este pan celestial que yo mismo os he preparado.

Pero ¿y verdaderamente te atreverás á acercarte á la sagrada mesa, alma mia? ¡Ay Señor!

confieso ingenuamente que soy indignísimo de vuestras gracias. ¿Cuándo la criatura será digna de recibir á su Criador? y sobre todo ¿una criatura tan miserable y tan pecadora como yo? Con todo yo me acercaré animoso, pues á pesar de mi indignidad, Vos me convidais á ella, y yo soy uno de aquellos no menos afortunados que ingratos pecadores á quienes Vos con una dignacion infinita quereis colmar de beneficios, hospedándoos en su interior, y apacentándoos y alimentándoos con vuestra propia carne y con vuestra propia sangre; y esto á pesar de su ingratitud. ¡Qué bondad, Dios mio, la vuestra! ¡Qué excesos, Jesus mio, los de vuestro amor!

... ¡Ó divino Espíritu! Vos que preparásteis á vuestra amadísima

esposa, mi dulcísima madre la santísima vírgen María, paraque diese buena acogida al Verbo divino al humanarse en sus entrañas, dignaos prepararme tambien á mí: preparad tambien, os pido, mi corazon, paraque con el debido afecto sepa recibir y obsequiar al mismo Dios-hombre sacramentado. Ángeles del paraíso, uno con vuestros afectos todos mis afectos. Santos todos del cielo, con especialidad los de mi devocion y los señaladamente enamorados de mi Jesus en su sacramento y sacrificio, prestadme algun tanto de vuestros amores, mientras yo con los auxilios de su gracia procuro encender lo mejor que pueda mi foísimo corazon, preparándole para la venida de tan grande Huésped, huésped no menos que divino.

Dios mio y Esposo del alma mia, yo os amo, os adoro, os bendigo, os ensalzo y glorifico con todos los Ángeles y Santos del paraíso. Alentado por vuestra bondad tengo una viva confianza de que á no tardar me dispensareis la gracia de recibirlos en mi interior; y espero al mismo tiempo que con vuestra venida os dignareis santificar mi pobre alma. Y ya que Vos tendreis la bondad de entregaros todo á mí, permitidme me entregue tambien yo ya desde luego todo á Vos; á Vos, dulcísimo Jesús mio, á quien doy de buena gana mi corazón con todos sus afectos, mi alma con todas sus potencias y mi cuerpo con todos sus sentidos; á Vos á quien amo sobre todas las cosas, pues Vos sois el sumo, el único y el infinito bien. Solo siento, amor

mio y vida mia, que os doy un corazon tan frio, un corazon afeado con la mancha de tantos pecados y reo de tantas ingratitudes. Pero ¿qué puedo hacer, Señor? Ay! el mal ya está hecho, y solo me queda el pedirlos humildemente perdon. Perdonadme, Dios mio; perdonad, Señor, á este pobre pecador, que ya confieso ingenuamente que he pecado contra el cielo y en vuestra presencia: me he portado con Vos, padre mio, como un hijo desagradecido, peor que con su padre el hijo pródigo del Evangelio: pero Vos portaos conmigo como padre, padre tan amoroso que sois: portaos como aquel buen padre con su hijo humillado y arrepentido, pues tambien de veras me humillo, me arrepiento y os pido perdon. Olvidad mis iniquidades,

y admitidme, Jesus mio, al solemnísimó banquete de la comunión; y al venir á mi interior dignaos lavar mi alma con vuestra sangre; adornadla siempre mas con la estola hermosa de vuestra gracia; santificadla con vuestras bendiciones, y apartad de ella todo lo que desagrade á vuestros purísimos ojos.

Venid pues, Jesus mio: amor mio, venid, y venid presto, pues que, aunque indignísimó de que me dispenseis tanta gracia, yo os estoy esperando, y os espero con las mas vivas ansias, os espero con mas anhelo que la cieva herida y sedienta la fuente cristalina de las aguas. Venid, Esposo mio, y no tardeis, que mi pobre alma os busca á Vos, suspira por Vos, anhela por Vos, desfallece y se muere por Vos.

Venid, y llevad con Vos vuestra gracia, vuestros dones, vuestras virtudes y méritos. Venid luego, que yo no puedo vivir mas, si he de vivir lejos de Vos. Ah! *mil y mil veces os deseo, os diré suspirando con el enamorado Bernardo. ¡Ay Jesus mio! ¿cuándo vendreis á mí? ¿cuándo me llenareis de una santa alegría? ¿cuándo me saciareis de Vos? Ah! cuándo tendré la dicha de recibiros devotamente?*

Vírgen santísima, dulcísima madre mia, yo deseo recibir de vuestras manos purísimas á vuestro Hijo sacramentado: yo me atrevo á decíroslo: y repito con confianza: *Madre nuestra, que estais en los cielos, dadme hoy nuestro pan de cada dia.*

Así, Jesus mio y vida mia, lleno de amor, de confianza, de

dolor y de una santa confusion, con un santo atrevimiento me acerco á vuestro altar sagrado: perdonad Vos mi atrevimiento, y dignaos venir á mi corazon, el qual con el mas vivo afecto suspira por Vos. Sí, Jesus dulcísimo, Jesus amantísimo, bondadosísimo Jesus, tan vivamente enamorado de vuestras criaturas, oid los suspiros de mi anhelante corazon, y dignaos venir á él: ah! venid, Señor, á mí aunque tan pobre corazon: venid á él, morad en él, descansad en él. Mi alma, Bien mio, suspira por Vos, anhela por Vos, desfallece por Vos. Unios, pues á ella, ó Esposo dulcísimo de las almas: unios ahora á mi pobre alma, que desea vivir eternamente unida á Vos. ¡Ó si yo supiese amaros como debo, Vida

mia!... ¡Ó si yo no anhelase ni
 suspirase sino por Vos, centro
 mio!... ¡Ó si yo no respirase ni
 viviese sino por Vos, aliento
 mio!... ¡Ó si mi corazón no es-
 tuviese pegado sino á Vos, tesoro
 mio, y única riqueza mia!...
 Dulcísimo amor mio, ¡ó si yo
 tuviese la dicha de morir aquí
 mismo de amor á Vos!... ¡Ah!
 sea absorbido todo mi amor, Se-
 ñor mio y Dios mio, por la an-
 diente y melíflua fuerza de vues-
 tro amor. Dulcísimo Jesus mio,
 que muera yo por amor de vues-
 tro amor, ya que Vos os dig-
 násteis morir por amor de mi
 amor. Desde ese tabernáculo sa-
 grado venid, amor mio siem-
 pre dulcísimo, y con una vi-
 va llama de amor inflamad y
 abrasad enteramente mi cora-
 zon. Vengo á Vos, Dios mio;

Venid Vos á mí, mi Dios.

Despues de la comunión.

Has recibido finalmente, alma mia, á tu Dios y Señor: él ha oído benignamente tus amorosos suspiros, y ha tenido la bondad de venir á tí. Quédate un rato en silencio, alma afortunada: oye su voz, que es dulce y suave; él te hablará en esta ocasión.... En esta dichosa hora, Jesus dulcísimo, en que tengo la dicha de poseeros, en esta sin duda para mí del todo feliz hora en que Vos morais en mi interior, páreceme como que oigo vuestra voz, y que me haceis aquella misma pregunta que en la noche santa á los Apóstoles: *¿Sabeis lo que he hecho con vosotros?* ¿Conoces, hijo mio, la gracia

que te he dispensado? ¿Conoces cuán grande, cuán inmenso es el beneficio que mi bondad acaba de hacerte? ¿lo comprendes? Tú de tí mismo eres *un desdichado, y un infeliz, y un pobre, y un ciego y un desnudo*; y con todo yo te he hecho ahora un templo de Dios vivo, te he hecho un hijo mio amadísimo; te he hecho, hijo mio, hijo de este tan buen Padre, que more contento y gozoso en esta hora en tu interior. Ya los Ángeles del cielo miran con una santa envidia tu felicidad. ¡Qué dicha la tuya, alma mia! ¿Qué bienes no puedes esperar de la visita que te está haciendo el Señor, todo cariño y todo bondad? ¿Qué gracias, Dios mio, no puedo esperar de Vos?

Dichoso fue ciertamente La-

ban al entrar en su casa Jacob, pues de pobrecito que era, lo hicisteis, Dios mio, luego rico, porque echásteis vuestra bendición entonces sobre aquella afortunada casa. Pero ¡ó cuánto mas rico y feliz, cuanto mas dichoso me habeis hecho á mí dignándos hospedaros ahora en mi interior, ahora que os dignareis calmarme, como espero, de bendiciones y gracias, sobre todo espirituales! ¿Qué podré yo, pues, hacer para quedar agradecido como debo á un tan grande bienhechor, y recompensar á lo menos algun tanto un tan grande beneficio? *Alma mia*, diré con san Agustin, *alma mia*, ¿qué haremos al Señor, de quien hemos recibido tantos bienes? ¿cómo podremos agradecer un beneficio que sin duda es inestima-

ble? Mas ay, Dios mio! cuando yo fuese dueño del cielo y de la tierra, y os lo diese todo en cambio; cuando yo tuviese la lengua de todas las criaturas, y os alabase con todas las lenguas; cuando yo fuese absoluto dueño de su corazon, y os amase con todos los corazones; cuando se convirtiesen en lenguas para alabaros y en corazones para amaros, y realmente con todo el afecto posible os alabasen y amasen incessantemente, todas las estrellas que hay en los cielos, y todas las hojas que hay en los árboles, y todas las letras que hay en los libros, y todos los granos de arena que hay en la tierra, y todas las gotas de agua que hay en los pozos, lagunas, rios y mares: ¡ay de mí! cuando vuestras criaturas nos ocupásemos, to-

das continuamente día y noche en daros gracias, ay! repito, ¿y qué sería todo esto? nada, ciertamente nada, á vista de un beneficio que sin duda no tiene ponderacion, que es sin duda incomprendible.

¿Qué haré, pues, dulce amor mio? ¿qué haré? Ah! yo me confundo, y reconozco ingenuamente que nada soy y nada tengo de mí mismo: con todo yo me atrevo á ofreceros una dádiva, dádiva no obstante que es ya vuestra. Mi amado Jesus! yo bien sé que *Vos no necesitais de mis bienes*: Vos no obstante pedís al hombre, miserable que él es, el corazon: *Dame, hijo mio, nos decís con lengua de amor, dame tu corazon*. Yo me rindo de buena gana á vuestra amorosa voz, dulce Jesus mio;

esta es la dádiva que, aunque tan pobre y ya vuestra, me atrevo á ofreceros. Yo obedezco, bien que con el debido rubor, y os ofrezco gozoso mi pobre corazón, el cual ojalá se deshiciese ahora en afectos de humildad, de gratitud, de alabanza, de rendimiento y de amor. Creo firmemente que os habeis dignado venir á él, Dios eterno é inmortal: no un poco de pan, sino á Vos mismo escondido bajo sus especies, os he recibido, Señor. Os doy una y mil veces las gracias por un favor tan singular: os abrazo dentro de mi pecho, y os adoro humillado y confuso, y llamo á las criaturas todas para que también ellas os alaben, os adoren, os amen y bendigan con todo fervor: á todas las convido á adoraros, á Vos que sois su

Señor. Sentidos míos y potencias del alma mía, *venid, adoremos al Señor, y postrémonos ante su divina Magestad.* Ángeles que estais á mi alrededor, especialmente Vos, mi Ángel custodio, Santos que morais en las mansiones de la gloria, Virgen santísima, que sois la reina de todos ellos, criaturas todas cuantas hay en el universo, á todas os llamo, á todas os convido; venid todas á alabar y bendecir al Señor que nos ha criado: alabadle, bendecidle y magnificadle: *magnificad todas al Señor juntamente conmigo, y exaltemos su santo nombre.*

Salvador mio y mi Dios! yo confío que con vuestra venida me traeis la salud eterna, y que mi alma será feliz aun mas que Zaqueo, á quien al entrar Vos

en su casa por vuestra misma
 divina boca, le fueron dichas
 aquellas palabras de bendición:
*Hoy es el día de salud para
 esta casa.* ¿Qué gracia podrá
 pedirnos mi corazón que no sea
 inferior á la que he recibido?
 Todo lo puedo esperar de vues-
 tra bondad: ¡ojalá supiese yo cor-
 responder como debo á tanta fi-
 nenza! ¡ojalá supiese corresponder
 con el debido amor á tanto amor!
 Ah! quisiera, Señor, no tener
 en el pecho este corazón tan frío:
 quisiera antes bien tener un co-
 razón abrasado todo en amor, el
 corazón de un Serafín, para ama-
 ros sin medida. Y ya que no sé
 ni puedo amaros como quisiera
 y debo, quiero á lo menos abra-
 zaros, dulce amor mío, con to-
 do mi afecto, confesando y pro-
 testando una y muchas veces que

soy un miserable pecador, y pidiéndolos otras tantas perdon de mis pecados. ¡Ay de mí, Jesus mio! ¿y cómo es posible que haya disgustado tantas veces á un Dios tan benéfico? á un Dios que sois todo ternura, todo cariño y amor?

Siempre dulcísimo Jesus! ya que estais dentro de mi interior, no os apartéis jamás de mí, *ni permitais que yo me aparte jamás de Vos*; sobre todo no os apartéis privándome de vuestra gracia; y al privarme de vuestra presencia corporal, no lo hagais, Señor, sin que santifiqueis antes mi pobre alma, y la colmeis de bendiciones y gracias: *no os dejaré ir, Señor, sin que antes me bendigais*. Si, bendecid, amor mio, mi cuerpo y alma: bendecid mis potencias y sentidos:

benedicid mis pensamientos, mis palabras y obras: benedicid mi corazon con todos sus afectos; y haced que á Vos se dirijan siempre, que nunca jamás se aparten de Vos.

Y Vos, Virgen santísima, dulcísima madre mia, ayudadme, os ruego, con vuestra intercession. Y permitidme os diga que yo no os restituiré este vuestro Hijo estimado, que ahora guardo en mi pecho, si no me alcanzais de su bondad las gracias que acabo de pedirle. Alcanzádmelas, amantísima Madre mia: dispensádmelas, Vos que sois la dispensera de las gracias del Altísimo, que todo lo espero de vuestro maternal corazon.

Vos empero, Jesus dulcísimo, Jesus amantísimo, bondadosísimo Jesus, tan vivamente ena-

morado de vuestras criaturas;
 Vos, Esposo dulcísimo de mi alma, que os habeis dignado oír benignamente los suspiros de mi anhelante corazon, y habeis tenido la bondad de venir á él, no obstante mi tibieza y frialdad, tengais tambien, os pido, la bondad de morar en él y descansar en él. Principalmente en esta, para mí tan dichosa hora, unios, ó Esposo dulcísimo, á mi pobre alma, que desea vivir eternamente unida á Vos. ¡Ó si yo supiese amaros como debo, vida mia!... ¡Ó si yo no anhelase ni suspirase sino por Vos, centro mio!... ¡Ó si yo no respirase ni viviese sino por Vos, aliento mio!... Ó si mi corazon no estuviese pegado sino á Vos, tesoro mio y única riqueza mia!... Dulcísimo Jesus mio, ¡ó si yo tuviese

se la dicha de morir aquí mismo de amor á Vos!... Jesus mio, Salvador mio, Redentor mio, dulzura mia, amor mio y vida mia, yo no permitiré os apartéis jamás de mí, ó á lo menos no os dejaré ir sin que me deis antes vuestra bendicion. Vuestro Cuerpo sacratísimo, Señor mio Jesucristo, guarde mi alma hasta la eternidad: ese sacratísimo Cuerpo que he tenido la dicha de recibir, él sea la prenda de mi salvacion: Así sea.

Alma de Cristo santísima, santificadme: Cuerpo de Cristo, salvadme: Corazon de Cristo, inflamadme: Sangre de Cristo, inebriadme: Agua del costado de Cristo, lavadme: Sudor de Cristo, vivificadme: Pasion de Cristo, confortadme. Ó buen Jesus, oidme: no permitais me separe

de Vos. Dentro vuestras llagas escondedme: del enemigo maligno defendedme. En la hora de la muerte llamadme, y mandadme venir á Vos, y ponedme cerca de Vos, para que con los Santos y Ángeles os alabe por los siglos de los siglos: Así sea.

En seguida se hará la estación del santísimo Sacramento en acción de gracias por tan grande beneficio; y para alcanzar las gracias que acabán de pedirse.

El alma fervorosa y agradecida, cuando sus ocupaciones se lo permitan, podrá añadir la siguiente Corona de actos de amor, y las Bendiciones, Súplicas y Jaculatorias, con que podrá ganar muchas indulgen-

cias: pero ninguna ocasion mas oportuna para romper en bendiciones, en súplicas y en actos de amor, que cuando estamos para recibir, y cuando hemos recibido ya, al dulce Esposo de nuestras almas, que viene á nosotros á impulsos del amor que nos tiene, y con el vivo deseo de colmarnos de gracias. Acuda pues á su alma la persona agradecida, y convidándola á amar y bendecir de nuevo al Señor, dígame fervorosa:

Alaba, alma mia, y bendice de nuevo á tu Dios y Señor, de cuya bondad te vienen tan grandes beneficios. Alaba, bendice y ama con nuevos y repetidos actos de amor al que te ama con tanto amor. Reíne todas tus potencias: no olvides sus finezas:

recapacita su bondad, prorumpa tu voluntad en actos fervorosos de un vivo amor. No el logro de tantas indulgencias que puedes ganar, sino principalmente la gratitud, una fina correspondencia, el amor, te exciten á tales actos de amor. Mi alma pues, os ama, Señor, os bendice, y al mismo tiempo suplica. Ella os dice:

CORONA.

1. ¡O Dios mio y sumó bien mio! ¡ojalá os hubiese amado siempre!

2. ¡Ó Dios mio! yo detesto de veras el tiempo en que no os amé.

3. ¡Ay Señor! ¿y cómo pude vivir tanto tiempo sin vuestro amor?

4. Y Vos, Dios mio, ¿cómo me pudisteis sufrir?

5. Gracias os doy, Dios mio, por tanta paciencia en sufrir á este pecador.

6. Desde ahora os quiero siempre amar.

7. Quiero morir, Dios mio, antes que dejar de amaros.

8. Quitadme la vida, Señor, si no he de amaros siempre.

9. Esta es la gracia que os pido, que siempre os ame.

10. Con vuestro amor solo seré feliz: dadme amor.

Gloria Patri, etc.

1. Deseo vivamente, Dios mio, que todos os amen.

2. ¡Dichoso yo si pudiese dar mi sangre para que todos os amasen!

3. Los que no os aman, ¡infelices! que verdaderamente están ciegos!

4. Iluminadlos, Dios mio, y
haced que tambien os amen.

5. Esta sí que es verdadera
desgracia, no amaros á Vos,
siendo Vos el sumo bien.

6. Yo, Dios mio, de ningun-
na manera quiero ser del núme-
ro de estos miserables ciegos que
no os aman.

7. Vos, Dios mio, sois toda
mi alegría y todo mi bien.

8. Yo quiero ser todo vues-
tro, y para siempre.

9. ¿Y quién, Dios mio, po-
drá separarme de vuestro amor?

10. Venid, criaturas todas,
y amad á mi Dios.

Gloria Patri, etc.

11. ¡Ojalá, Dios mio, tuviera
yo mil corazones para amaros
con tantos corazones!

2. ¡Ojalá tuviere los corazones de todos los hombres para amarnos con todos ellos!

3. ¡Ojalá hubiese mas mundos, paraque así fuéseis mas amados!

4. ¡Ó que dichoso fuera yo si os pudiese amar con los corazones de todas las criaturas posibles!

5. Pues que Vos, Dios mio, así lo mereceis.

6. ¡Ojalá que mi corazon no fuese tan pobre y frio para amarnos!

7. ¡Ó languidez fatal de los mortales para amar al sumo bien!

8. ¡Ó terrible ceguedad de los mundanos, que no reconocen el verdadero amor!

9. Dichosos vosotros, habitantes del cielo, que le conocéis y le amais!

10. ¡Dichosa precision la de amar á Dios!

Gloria Patri, etc.

1. ¿Cuándo llegará el día, Dios mio, en que me abrase en vuestro amor?

2. ¡Ó qué dichosa y feliz suerte será esta para mí!

3. Mas ya que no sé amaros como debo, me gozará lo menos de que haya tantas otras personas que os aman con todo su corazon.

4. Yo me gozo de que os amen todos los Angeles y Santos del cielo;

5. Y uno al de todos ellos mi pobre corazon.

6. Yo quiero amaros con aquel particular amor con que os aman los Santos que mas amantes fueron de Vos.

7. Quiero amaros con aquel mismo amor con que os amaron una santa María Magdalena, una santa Catalina de Sena y una santa Teresa de Jesús:

8. Con el mismo amor con que os amaron un san Agustín, un santo Domingo, un san Francisco Javier, un san Felipe Neri, el angélico san Luis Gonzaga y el beato Liguorio:

9. Con el mismo amor con que os amaron los santos Apóstoles, y en particular un san Pedro y el evangelista san Juan:

10. Con el mismo amor con que os amó el gran patriarca san José.

Gloria Patri, etc.

1. Yo quiero amaros; Dios mio, con el mismo amor con

que os amó en el mundo mi dulcísima madre la santísima Virgen María:

2. Y en particular, con aquel amor que os tuvo cuando concibió en sus virginales entrañas á vuestro divino Hijo, y cuando le parió, crió y vió morir:

3. Y con el amor que os tiene ahora y os tendrá siempre en el cielo.

4. Mas para amaros ¡ó Dios de bondad! como es debido, ni aun esto basta.

5. Y por esto quisiera, si posible fuese, amaros como os amó, Dios mio, el Verbo encarnado: y señaladamente

6. Como os amó cuando nació:

7. Como os amó cuando espiró en una cruz:

8. Como os ama sin cesar

en los sagrarios en donde se digna estar oculto:

9. Con el mismo amor, en fin, con que os ama y os amará en el cielo por toda la eternidad.

10. Finalmente, aun mas, Dios mio: quisiera amaros con el amor con que os amais Vos mismo. Mas ya que todo esto es imposible, haced Vos, por vuestro amor, Dios y Señor mio, que os ame lo mas que sepa y pueda, que os ame, en fin, como sea de vuestro mayor agrado: Así sea:

Gloria Patri, etc.

ORACION.

Ó Dios, que en gracia de los que os aman teneis preparados bienes invisibles: infundid en nuestros corazones el afecto de

vuestro amor; paraque amándooos en todas las cosas y sobre todas las cosas, alcancemos las promesas que nos teneis hechas, las cuales exceden á todo cuanto podemos desear. Os lo pedimos por nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina con Vos en unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos: Así sea.

BENDICIONES.

Bendito sea Dios. Bendito sea su santo nombre. Bendito sea Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Bendito sea el santísimo nombre de Jesus. Bendito sea el santísimo Sacramento del altar. Bendita sea la gran madre de Dios, María santísima. Bendito sea el santo nombre de María, Virgen y madre. Bendito

sea Dios en sus Ángeles y en sus Santos: Así sea.

SÚPLICAS.

¡O Padre! ¡ó Hijo! ¡ó Espíritu Santo! ¡ó santísima Trinidad! ¡ó Jesus! concededme, ¡ó María! Angeles del Señor, Santos y Santas del cielo, alcanzadme, la gracia: de hacer siempre la voluntad de Dios: de estar siempre con Dios: de no pensar en otra cosa que en Dios: de amar solamente á Dios: de hacer todas las cosas por Dios: de buscar solo la gloria de Dios: de hacerme santo solo por Dios: de conocer bien cuan miserable soy yo y cuan bueno es Dios: y finalmente (*á más de lo que cada uno quiera*) de gozar para siempre de Dios en los gozos eternos de la gloria: Así sea.

Ofreced, ó. Virgen santísima, al eterno Padre la sangre preciosísima de Jesucristo vuestro hijo por mi alma, y por las Almas benditas del purgatorio, por las necesidades de la santa Iglesia, por la conversion de los pecadores y por todo el mundo: Así sea.

JACULATORIAS.

Os adoro en todo momento, del cielo vivo pan, gran Sacramento.

Corazones de Jesus y de María, os ruego bendigais al alma mia.

Á Vos, Señor, os doy mi corazón, á Vos que sois mi Jesus, mi Salvador.

Seais de todos conocido, adorado y glorificado en todo mo-

mento, ¡ó santísimo y divinísimo Sacramento!

Corazon de mi amable Salvador, haz que arda y siempre crezca en mí tu amor: Así sea.

TODO A MAYOR GLORIA DE DIOS
Y DE SU SANTÍSIMA MADRE.
ASÍ SEA.



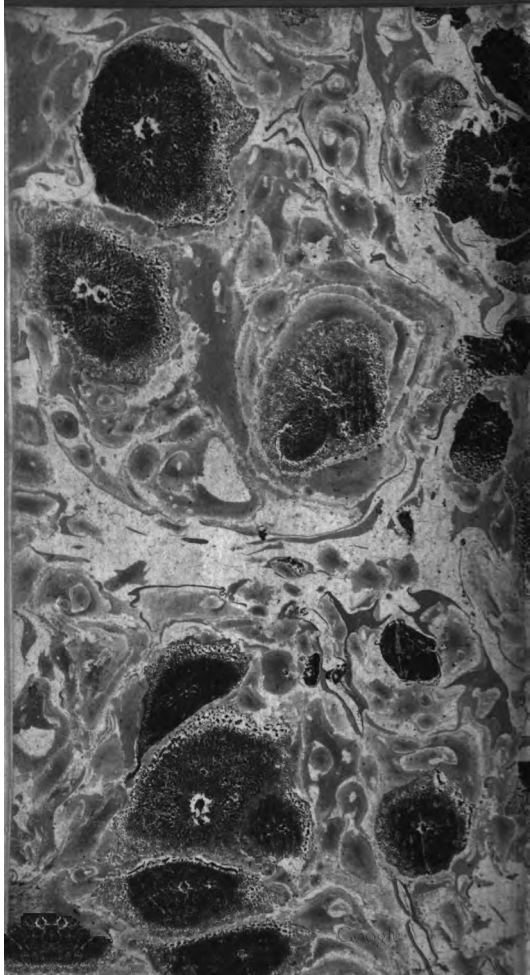
ÍNDICE.

<i>El traductor</i>	iii
<i>Del divino amor, y de los</i>	
<i>medios para adquirirlo.</i>	9
<i>Medios para adquirir y</i>	
<i>conservar el divino</i>	
<i>amor.</i>	22
<i>Oracion de san Buenaven-</i>	
<i>tura á Jesus crucificado</i>	
<i>para alcanzar su santo</i>	
<i>amor.</i>	47
<i>Oracion á Maria santísi-</i>	
<i>ma para que nos alcance</i>	
<i>el amor de Jesucristo y</i>	
<i>una buena muerte.</i>	48
<i>Meditaciones para los ejer-</i>	
<i>cicios sobredichos.</i>	50
<i>MEDITACION 1. De la impor-</i>	
<i>tancia de la salvacion.</i>	56

MEDITACION II. <i>De la vanidad del mundo.</i>	71
MEDITACION III. <i>Del viaje á la eternidad.</i>	90
MEDITACION IV. <i>Del pecado.</i>	109
MEDITACION V. <i>De la muerte.</i>	128
<i>De la muerte de los justos.</i>	147
MEDITACION VI. <i>Del juicio.</i> .	153
MEDITACION VII. <i>Remordimientos que tendrá en el infierno una religiosa que se condene.</i> . . .	167
MEDITACION VIII. <i>Del amor á Jesús crucificado.</i> . . .	179
<i>Coloquio entre el B. Ligerio y una alma desolada que le pide consejo.</i>	189
<i>Oracion de una alma desolada.</i>	241
<i>Para acercarse á los santos Sacramentos de la</i>	

<i>Penitencia y Eucaristía.</i>	245
<i>Antes del exámen.</i>	246
<i>Despues del exámen. . . .</i>	249
<i>Antes de la confesion. . .</i>	251
<i>Despues de la confesion. .</i>	253
<i>Antes de la comunión. . . .</i>	256
<i>Despues de la comunión. .</i>	269
<i>Corona de actos de amor con que podrá el alma ganar muchas indulgen- cias.</i>	283





BIBLIOTECA DE CATALUNYA



1001906460

BIBLIOTECA CENTRAL

24-80

856

12-
DIPUTACIÓN PROVINCIAL
DE BARCELONA

BIBLIOTECA CENTRAL



